





**Muerte**  
***en la azotea.***

Novela

**Carlos Bracho**



# **Muerte** ***en la azotea.***

Novela

## **Carlos Bracho**



**BENMA**  
grupo editorial

MÉXICO, 2016

# **MUERTE EN LA AZOTEA.**

**CARLOS BRACHO**

Obra editada por:

GRUPO EDITORIAL BENMA, S. A. DE C. V.

benma.editores@gmail.com

www.ditorialbenma.com

Primera edición, febrero de 2016

© Fotografía cubierta y fotografías en interiores: Carlos Bracho

© Diseño de la cubierta: Elizabeth Log

elizabethlogg@gmail.com

© Muerte en la azotea

© Carlos Bracho

Derechos Reservados

Registro SOGEM No. 06292o

12 Oct. 2006 (Revisada 2015)

Impreso y hecho en México

ISBN: 978-607-96832-9-0

Queda prohibida la reproducción total o parcial de esta obra –incluido el diseño tipográfico y de portada–, sea cual fuere el medio, electrónico o mecánico, sin el consentimiento por escrito de las editoras. El autor de Muerte en la azotea, Carlos Bracho, conserva sus derechos intelectuales y artísticos, así como el trabajo de fotografías en cubierta y en interiores y el diseño en general.

*Recuerdos de un militante  
del movimiento armado  
de los años sesenta.*





*En México los buenos  
siempre vamos a perder.*

*José Vasconcelos*



# Índice

Prólogo	1
El Popocatépetl	11
No le temo a la muerte	15
Recordar es vivir	19
El libro	43
La compañera «Lidia»	51
Cedillo	73
La revolución traicionada	83
El escondite	93
El béisbol	99
Don Pascual	113
El banquete	129
Muerte en la azotea	135
El Presidente Wilson	139
La intervención norteamericana	143
El número 33	149
Ceci	161
La Virgen de Guadalupe	171
La realidad	183
Índice onomástico	189



# Prólogo

Un país en el que «nunca pasa nada» es el escenario para el crimen y para la serie de crímenes que se dan cita en esta novela. Y haciendo gala de que: «la vida no vale nada», como reza la vernácula canción del siglo pasado, los personajes comandados por «Pedro» barruntan entre el caos de un México que ha sido arrojado por el silencio impune de gobierno tras gobierno.

Carlos Bracho, un nombre indiscutible e imprescindible en las letras mexicanas de este siglo XXI, esgrime el ideal de la movilización de conciencias hacia un mundo mejor, como su mayor baluarte, pero lo más importante de su postura es que esta esperanza, este ideal es hacia un México mejor.

Caballero, amante de la descripción de paisajes naturales y urbanos, vibrante, apasionado, generoso, auténtico, denodado soñador, constructor de nuevos mundos, nacionalista –en la mejor de las acepciones–, digno representante de las masas y de la acción civil y honesta del ser humano, rebelde y líder de conciencias, sensible e iracundo a la vez encuentra, sin ambages, la culminación de sus avatares en esta *Muerte en la azotea*, que bien podría titularse Muerte sin fin o Muerte clandestina. Sin embargo, con precisión singular, esta *Muerte en la azota* plantea los innumerables temores y vicisitudes que amagan a Pedro/Carlos/Raúl/Pascual o a cualquier hombre o mujer: Lidia/Martha/Juana que se precie de auténtico defensor de las causas sociales.

«Pedro» puede ser el alter ego de Carlos Bracho. Quizá sea ésta su novela autobiográfica en la cual sale a la luz la masacre, la lucha armada, el silencio ante lo inadmisibile. Este «Pedro» lector –pasivo y activo– carga a sus espaldas una historia de marcas indelebles en la cual la justicia brilla por su ausencia.

Este personaje, «Pedro», cuya vida se encuentra en la cima/sima del pundonor y la tristeza, halla su verdadero yo en *Muerte en la azotea* y vibra y llora y sufre y se envalentona y lanza las páginas como palomas al viento, las cuales fueron escritas con sangre, la sangre de un valiente.

Carlos es «Pedro» y tal como el otro «Pedro» (Páramo), el de Cumala, el de Rulfo: «Pedro» somos todos. Es así como Pedro/Carlos se vuelca en el horror de la decadencia y en el temor de la iniquidad y la injusticia.

«México lindo y querido».

El personaje se separa del autor, pero no sucede al revés. En este caso, es el autor quien cabalga en aras del personaje. No puede dejarlo solo. No ahora. Pedro/Carlos sufre el dolor de la humanidad, el temor de los desprotegidos, el clamor de los sordos que sobreviven a la masacre esperpéntica de nuestros tiempos, de este México nuestro en el que nos tocó vivir y en el que «nunca pasa nada».

«Se aplicará la justicia, caiga quien caiga». Frase lapidaria que permea el texto con un lacerante olor a muerte. Y nadie cae.

«México surrealista». «México mágico. México del nopal y la serpiente».

Y el discurso prosigue y el discurso cae como la voz del poeta: «Y mi voz que madura / Y mi voz quema dura / Y mi bosque madura / Y mi voz quemadura»: (Xavier Villaurrutia). Y la voz de Pedro/Carlos cae como lluvia, como tormenta y relámpago, como trueno, como los roncós y sordos truenos de los tanques y de las metrallass.

Raúl/Pedro/Carlos/Pascual, son más que personajes de esta novela, son seres comprometidos social y políticamente con este nuestro México, con la responsabilidad de hombres sinceros y honestos.

Raúl/Carlos es el hacedor de un discurso que nos lleva de la mano hacia el confrontamiento, la lucha de clases, la fuerza inequívoca de la palabra justa y convincente.

Y aparece así la idea de «la Revolución traicionada». Para estremecemos más tarde al leer que los sucesos se desencadenaban y que: «En realidad, era la guerra».



*Eran, en trágico balance, las bazucas contra las resorteras, las bayonetas contra las mentadas de madre, los rifles contra los ladrillos, las molotov contra los obuses, las granadas contra los puños.*

Y fue así, limpiamente. Y el cuadro «edificante» de la realidad mexicana: gobernantes cínicos, insensibles, recodos de dolor y sufrimiento lo que ha sido brillantemente retratado por la pluma artera de Bracho.

*La mujer representa el amor, el amor es para que los románticos gocen, el amor de una mujer es para entregarse a plenitud sin medir las consecuencias.*

Y como agua de mayo los pasajes del amor verdadero se hacen presentes en la narración de esta historia con la complejidad de la separación de los amantes debida al espíritu de lucha y a la búsqueda constante de la defensa de los derechos humanos.

Metáforas nuevas que inauguran sentidos y surgen como parte inexorable de los tiempos reales y sublimes: «Sonrisas aladas»; y otras auténticamente dolorosas: «acaricia la nada como si acariciara a su hija violada». O, más adelante: «La vida no tiene frenos en sus correrías».

Amor filial, amor pasional, amor encendido, amor celestial, amor infernal y todos los tipos de amor se dan cita en la historia de esta novela que ha sido contada con fuerza y bravura. *Muerte en la azotea* invita a los lectores a no cerrar los ojos ante la realidad y además a admirar la valentía de los combatientes:

*Tanta lucha, tanto dolor, tanta desesperación, tantos días de hambre, tantos días metidos en esa oscuridad sin saber nada de nada, sin saber de nadie. Tanto huir. Tanta muerte. Tantos desaparecidos, tantos estudiantes torturados, tantos guerrilleros asesinados. Tanta represión, tanto odio hacia los humildes, tanta vejación, tanta prepotencia, tanta maldad, tanta impunidad. Pero al salir Rosa salía el sol.*

Enumeraciones, metáforas, sinécdoques, metonimias, paronomasia, hipérbole, prosopopeya y toda una gama intensa y exhaustiva de figuras de pensamiento y tropos incesantes: «Durmió tanto que su vida se quedó vagando en el sueño».





Así, Carlos/Pascual, irredento, impulsivo, sonoro y combatiente, hace eco de gritos y clamores por la justicia social.

El sofisticado placer por la comida, el encanto epicúreo del autor al definir las delicias gastronómicas, como buen poeta, convierten en esplendoroso platillo la simple y rudimentaria comida diaria:

*Y el espectáculo culinario crecía al ver al matacuaz enrollar con aquellas manos toscas las delicadas tortillas de maíz, y ver cómo las cazuelas de barro sometidas al fuego de los polines rotos, rebozaban con los hirvientes frijoles negros, que al servirse eran adornados con chiles serranos, bien toreados, y con unas rebanadas de jitomate, unas rodajas de cebolla, y la cabeza de ajo que siempre tenía a modo un comensal. Y las deliciosas burritas con sal de grano no tenían comparación con nada que pudiera ofrecer un restaurante de alcurnia. Bendito banquete consuetudinario donde la lata de sardinas Calmex y el “Jarrito” de limón, o el “Barrilito del doctor Brown” de sabor de grosella, tenían su cita diaria y junto con la Pepsi, ocupaban un lugar primordial en la mesa de ladrillos, sabores y colores y olores que salían de aquel refectorio improvisado entre las rampas y las varillas y entre los bultos de cal y el tiradero de arena.*

*Este mosaico de olores y sabores se ve acompañado con la generosa descripción del comal que hace que se esponjen y levanten airosas su capa más delgada.*

La generosa imaginación de Bracho dibuja y colorea espacios para que nuestra mente los recree. El autor hace de lo común y vulgar un encuentro lingüístico-retórico de excelente factura con sofisticada y bien entrelazada narrativa, original y exquisitamente lograda

El abuelo de «Carlos», el personaje, se despliega como guía –así como en los antiguos tiempos de los diálogos, ya sea los de Platón, los de Juan de Valdés, los de Castaneda o los de Goytisolo o algunos otros filosófico-lingüísticos– y muestra al lector, mediante las enseñanzas a su nieto, la verdad histórica de la realidad de nuestro país.

Una novela imprescindible para quien desee conocer y mirar de cerca algunos de los pasajes más sonados de la historia contemporánea de nuestro país, México, desde la mirada artera de un gladiador, un guerrero, un inconforme, un idealista. La historia contada desde dentro, no por historiadores que a veces están comprometidos con los gobiernos en turno, sino la historia contada por un hombre de letras y de palabras y de hechos y de confrontación y decisión. La historia es contada con determinación desde la presidencia de Lázaro Cárdenas hasta las revueltas estudiantiles de Tlatelolco. La historia se relata con imágenes y letras, con puntos y acentos, es la historia narrada por un excelente escritor: Carlos Bracho.

Larga vida y salud para el escritor Carlos Bracho: vibrante, valeroso, conmovedor, reivindicado, combatiente, siempre en pie de lucha con la palabra y la voz sonora que nunca sucumbe ni se atempera frente a nada y frente a nadie.

Dra. Susana Arroyo-Furphy  
*Honorary Research Fellow*  
The University of Queensland  
Australia









# *El Popocatépetl*

«Pedro» permanece sentado sobre unos ladrillos. Es la barda de la azotea de una vecindad abandonada situada en el Centro Histórico de la Ciudad de México.

En su cara se refleja una cierta nostalgia. Es evidente que aquí, este espacio, le trae muchos recuerdos, este sitio lo conmueve porque este lugar está cargado de historia, de sucesos que fueron vividos muy de cerca e intensamente por él y un grupo de militantes; de esto han pasado ya muchos años. Pero a pesar del tiempo transcurrido todavía en su mente resuenan los ecos de esas aventuras como si hubieran ocurrido el día de hoy. «Pedro», en ese entonces, joven rebelde que era, joven inconforme que negaba la existencia de todo: «Hasta no ver no creer, como Santo Tomás, se decía, y por ende debo verificar todo, analizar todo». Sí, esa era su manera de ser: ver, negar, estudiar, resolver.

No aceptaba, entre muchos ejemplos más que a lo largo de su vida había recibido, lo que su abuelo le decía:

«Recordar es vivir, de verdad, con los años te darás cuenta de la razón que me asiste para decirte tal cosa, y eso es pasado, por lo tanto, es verificable». Hoy, y ante tantos hechos que se le empiezan a hacer presentes, no tiene más que aceptar que sí, que recordar es vivir. Él, «Pedro», se dispone a hacer realidad ese dicho, ahora sí está dispuesto a comprobar lo expresado por su abuelo. Sí, parece que eso es lo correcto, pero, valen bien las preguntas: ¿qué lo trajo hasta aquí? ¿Cuál es la razón fundamental para permanecer en este sitio? ¿Alguna razón poderosa lo impulsa a cumplir con una tarea primordial? Y este «destino» que se cumplirá hoy –lo crea él o no– es el que está trazado para él, pero, ¿y en qué consiste este fin?

12

• • • • •

Con ello auestas, con –el «destino» auestas y como razón fundamental– y con el deseo de cumplir con ese impulso, ¿obtendrá algún beneficio moral o material? Además, él, «Pedro», como un hombre que cumple con cabalidad los principios marxistas que lo guían, no cree en el «destino». «Pedro» lo sostiene así y sólo va construyendo con sus acciones el presente, el hoy, y en esa construcción del hoy no interviene nadie incorpóreo o algo inmaterial de este o de otro mundo. El hombre forja, día a día, golpe a golpe su «destino»; entendido el destino no como fuerza inmanente que está allí para «caer» sobre los mortales, sino como resultado de lo que el hombre y la mujer hacen, deshacen, construyen en la vida diaria.



La mirada de «Pedro» se va al horizonte. Observa con atención lo que sucede en aquella vastedad que se le presenta desde su atalaya en la vecindad. No sufre, ni ha sufrido nunca de un delirio de persecución, no, pero cuando se encaminaba a este lugar fue seguido por un automóvil color oscuro, sin placas, vidrios polarizados –como en los tiempos negros de la DFS–, por ello «Pedro» no logró saber quiénes lo seguían, pero él tomó los caminos que años atrás, con sus camaradas, los recorrieron y que eran en realidad rutas de escape de valor primordial. Se cerciora de que los individuos del auto no rondan ya por esas calles. Los ha perdido de vista. Bien.

Algunas nubes viajan convertidas en figuras de animales –así le parece a él y se divierte con ello– que en su niñez le produjeron sueños, quizá algunos no muy apacibles pero casi todos fueron sueños mágicos. Sueños apacibles, sueños de gratos recuerdos.

Ahora, ante sus ojos, cuando arriba se dibujan esas figuras caprichosas y se le aparecen los «elefantes» o los «cocodrilos» o una «serpiente» y estos animales le hacen guiños y le muestran movimientos encantados, entonces el aire maligno de esa tarde, sin contemplaciones, las desmenuza y las esparce por ese cielo azul y las «borra» para luego crear otras formas no menos caprichosas. Juegos de altura de los cirros y de los cúmulo-nimbos.

A lo lejos una tormenta se debate en un concierto de flamas, agua y sonidos guturales que llegan bramando a sus oídos. A «Pedro» le complace ese espectáculo natural y le agrada ver el contraste de las nubes negras rasgadas por el fuego caprichoso de los relámpagos.



Un poco más acá, al lado opuesto de la tormenta, cerca de su vista e iluminado por el sol poniente, yace el Popocatepetl, ese guerrero antiguo, ese vigilante de blanco penacho que sin sentir celos de nadie vive dedicado a lo suyo –al amor–, permanece atento, observando todo el tiempo a Iztaccíhuatl, su bella mujer que duerme una larga siesta cobijada tan solo por un manto de nieve bajo el cual yace el largo cuerpo amado. Y sí, ambos colosos gozan plenamente su realidad volcánica, se puede decir que para algunos seres de no muy larga imaginación esa es solo una leyenda imaginada por los antiguos pobladores, pero como las montañas ígneas ignoran esa o cualquiera otra historia, uno y otra, mozo y maja, día a día se lanzan nieblas eróticas, cubren sus cuerpos con humos lúdicos, crean fumarolas acariciantes y respiran sus vapores envolventes. Allá en las alturas sencillas, allá, en donde los amantes viven su amor a dúo inseparable, allá en los confines de la sierra su pasión no es perturbada por nada ni por nadie.

En todo caso su lejanía los hace permanecer indiferentes a todo lo que acontece en las tierras bajas del Valle. Para estos amantes es mejor vivir un idilio permanente, sin fin, en esa clara altitud, que el de preocuparse por el carnaval insólito de la metrópoli, lugar éste en donde la maquinaria de la urbe –la moral y la material– se empeña en crear *smog*, ruido y olores que agreden, manchan, desgarran los vestidos de nieve de los enamorados volcánicos.



# *No le temo a la muerte*

Autobuses, micros, taxis y autos y motos y la algarabía peatonal le indican a «Pedro» que aquí, en estas mesetas urbanas, aquí en la megalópolis, aquí en la realidad citadina se vive en el sobresalto continuo.

Aquí en estos lares, como dice la letrilla de la canción –siglo XXI ya, pero las costumbres, las cosas todas poco cambian– «la vida no vale nada».

Sí, es verdad, para muchos individuos la vida no vale nada. Hombres y mujeres, por ejemplo, por profesar una religión distinta a la de un grupo determinado, éste mata a los otros y los otros se matan entre sí. Y lo que sucede en la Tierra, no nada más en el Valle de México, es que la vida y la muerte se dan la mano, caminan juntas, ni una ni otra se llevan la delantera, corren una carrera parejera, viajan tercamente unidas, se pasean sonrientes, hombro con hombro, van la una y la otra pegadas como hiedra a una barda.

¿Y si «Pedro» ha llegado hasta aquí para encontrar algunas fuentes de su origen guerrillero? ¿O sea que viajó miles de kilómetros para hallar lo que le dio el sustento y la vitalidad y la razón moral para seguir viviendo?; pero, ¿seguirá viviendo en medio de tanta violencia?

«Pedro» presta oídos y escucha un son, como si su pensamiento o el recuerdo de «la vida no vale nada» lo hubiera él atraído, de allá abajo sale esta tonada, esta canción popular: «No le temo a la muerte, más le temo a la vida...».

Sí, como si lo hubiera ordenado, como si su pensamiento sobre la vida y la muerte se encadenara a lo que escucha, y como si él lo hubiera pedido, sale, se escucha esa canción de la pulquería del barrio –reliquia viviente en la plena era de la globalización y las fibras ópticas y los satélites– llamada pomposa y burlescamente «Las alegres comadres».

Este título pulqueril es visible para «Pedro» pues ese sitio, aparentemente anacrónico, está calle abajo, a una veintena de metros del sitio ocupado por «Pedro», y está justo enfrente de la azotea en la que permanece sentado.

Pronto comprobará –como lo ha hecho durante toda su existencia– que la vida no vale nada. Al salir un hombre de ese lugar y, claro, después de haber ingerido algunos pulques aparecen, como salidos de la nada, tres mocetones que lo amagan con armas blancas; el hombre quiere huir, pero antes de que pueda hacerlo uno de los asaltantes le hunde su cuchillo en el abdomen y el vecino todavía aturdido por los efectos de la bebida, aún no ha caído al suelo cuando ya el botín obra en poder de los maleantes.

Enseguida desaparecen por las callejuelas solitarias. “Pedro» mueve negativamente la cabeza. México mágico, México, lugar de contrastes brutales y descorazonadores, porque justo al pensar en eso –la vida y la muerte– y al escuchar que «la vida no vale nada», ocurre un hecho de vida y muerte que le explota en pleno rostro.

La ciudad de México es grande, tristemente enorme, bulliciosa, inacabable e incansable, es un lugar propicio para vivir la vida como a uno le plazca, es un sitio en donde no existe la noche ni el día; aquí, en tropel, se mueven impulsados por sus tareas pendientes, por sus quehaceres, por sus asuntos de cada día, y lo hacen por calles y avenidas, ellos, el pueblo bullicioso, los miles y miles de hombres y mujeres. Y al macro sitio, a la gran mancha urbana hay que agregarle luego los innumerables municipios del Estado de México que se le pegan inconscientes a las Delegaciones que son sus vecinas, y al sumar esos millones de habitantes a los otros millones ciudadanos, nos dan cantidades en verdad preocupantes.

Y claro, producen todos, capitalinos y mexiquenses, una sucesión interminable de tropiezos, peleas, problemas viales, conflictos de toda índole, y evidentemente, toneladas de basura, y no faltan los reclamos y las luchas por los límites territoriales. Pero también –claro oscuro, luz y sombra– esa multitud, esa gente también da muestras de solidaridad y unidad infinita como la que ofrecieron aquel 19 de septiembre de 1985.

Pero los robos, los asaltos, los asesinatos están presentes. La violencia forma parte de la vida diaria. Vida y muerte.



A los oídos de «Pedro» sigue llegando el nítido sonido de «...no le temo a la muerte...», que irónicamente, si el hombre que yace muerto fue el que había ordenado poner en la rocola esa canción, con ello había firmado su sentencia de muerte. Abajo, en la calle, aparecen luego unos vecinos llorosos que levantan el cuerpo del individuo y lo llevan al interior de una vivienda. Sí, justo es decirlo: «...la vida no vale nada...».

Ante eso, «Pedro» no tiene otra salida mejor que esbozar una sonrisa amarga, nerviosa, y más cuando escucha la canción que le canta a la muerte de tú a tú, también por ser él testigo mudo de la escena del asalto y el crimen que se acaba de cometer.

Por ningún lado se ven los individuos que al principio persiguieron a «Pedro». Eso es una ganancia. Eso tranquiliza el espíritu de «Pedro». Pero no por ello deja de permanecer atento. Como dicen en su pueblo: «Un ojo al gato y otro al garabato».



# *Recordar es vivir*

Y como la vida debe continuar, con sus altas y con sus bajas, con sus problemas y con sus triunfos y ésta, la vida, debe seguir su curso y pase lo que pase se deben realizar todas las tareas programadas en la mente de cada individuo, y una tarea que no puede esperar, tarea inmediata, y que «Pedro» debe cumplir, es la de revisar algunos pasajes de la historia, su historia y la historia misma de aquella época. Su razón de estar allí es para hacerlo, entonces, y para que ello resulte bien y ese deseo se cumpla, coloca a un lado suyo un vetusto libro que a su contacto le causa «calosfríos ignotos» y al que le dedicará el mejor empeño de este atardecer. Abre luego un fólder que ha traído consigo y que contiene varios recortes de periódicos, al tomarlos parece que los acariciara. Los toma como si viera en ellos el eslabón perdido. Como si al leerlos nuevamente estuviera

leyendo su suerte, ¿buena o mala? Como si al hacerlo encontrara otra vez su pasado y desvelara plenamente todo aquello que le proporcionó una razón de ser. Las acciones que un hombre emprende, las que implican cargas políticas o que tiene un alto grado de fundamentos filosóficos, o que se juega la existencia en ellas, las tareas que tienen un alto grado de responsabilidad social, las que hacen necesario el tomar un fusil y disparar a los molinos de viento, determinan, obténgase o no el éxito, se triunfe o no en el cumplimiento o en el seguimiento de esas tareas. Se obtendrá cero en conducta o diez puntos buenos en esa «lucha». Aunque de sobra es sabido que los luchadores sociales –podríamos decir los intransigentes, los que sostienen sus propuestas de luchas intelectuales, limpias y puras– siempre terminan sus días a dos metros bajo tierra o traicionados por sus mismos compañeros o víctimas de las balas de la «justicia».

20

¿Será este el fin de «Pedro»? ¿hasta aquí podría llegar su aventura?

Todo aquel individuo que es abrazado por el «romanticismo» de una lucha armada dirigida contra gobiernos fascistas, y que está totalmente identificado con los valores pasionales y revolucionarios, sabe que la culminación de su «empresa» será, en innumerables casos, la muerte. Bienvenida la muerte si se da en aras de un ideal alto y caro.

Ya José Vasconcelos había dicho: «Emprendo una batalla, que, en México, los buenos siempre vamos a perder». Grave cosa: «...los buenos siempre vamos a perder».



Con esta reflexión a «Pedro» le llega algo que le es familiar, algo que ha vivido plenamente y que ahora, aprovechando su aislamiento relativo —su azotea— da rienda suelta a esos recuerdos plasmados en los documentos y en los artículos periodísticos que lleva consigo. Pasa la vista por un encabezado, y allí en el grueso de la nota está el periodista sintetizando todos los rumores y documentando las realidades que le dan vida al gran mosaico —del ayer y del hoy, todo sigue igual— de asuntos que corroen e impregnan todo, como la humedad, y que son los dimes y diretes con los que se desayunan políticos de café. Aunque es lógico suponer que abundan temas diferentes, culturales, deportivos, ya que diferentes son los estratos del abanico social que existe en México.

«Pedro» entra de lleno a sus recordanzas. Acerca un bote de lámina, oxidado, destartado, y conforme lee los reportajes que contienen esos recortes, los hace nudo y los echa a ese basurero improvisado.

Lee: «antes, en los tiempos de la “unidad revolucionaria” fueron los priístas los que marcaban el rumbo, los que trazaron la ruta de la república, y ahora en la época del cambio esa tarea la realizan —dando tumbos, lo cual los llevará a la debacle— los panistas y lo hacen con el cinismo que practicaban sus antecesores en el poder.

»Se portan hábiles con la lengua, certeros en sus discursos para justificar, antes a Fox y ahora a Calderón. Pero la realidad es que siempre es el mismo Tlatoani senenal con sus vicios y con sus dobles discursos».

El pedazo del periódico cae a la basura.



La tarde es cadenciosa y suave, el sordo ruido de la capital y el bullicio, hacen que la mente de «Pedro» viaje a lo expuesto por estos editoriales.

Uno es particularmente certero. Lo lee: «...el resurgimiento de las guerrillas que laten como corazón abierto y azotan el horizonte y hacen explotar su voz que suena como lluvia de temporal. Allí están presentes, no solo éste, sino todos los movimientos sociales, están los plantones y luchas de los maestros, y las marchas de los sin nada, las jornadas de hambre de los obreros despedidos y la rabia de los jubilados y de los pensionados...».

«Pedro» sigue leyendo con cierta rapidez, pues lo que desea ahora es llegar, ya, a lo que encierra el «libro» encontrado y que es la llave de su pasado inmediato, la llave que quizá le abra la puerta en donde está un motivo o un porqué de sus acciones en la guerrilla: «...los cabildeos de los favoritos del presidente para enterarse antes que nadie de los beneficios de las transacciones y los "futuros" monetarios trazados desde Los Pinos y así, con este privilegio, con ello, obtener los beneficios millonarios que dicho tráfico de influencias facilita...».

Y la lista de atropellos de los políticos sigue largamente. «Pedro» lee, sin algún orden de fechas específico; toma los recortes tal como se presentan a su mano.

«Pedro» toca con su mano izquierda el «Libro», y en su mente resuena el chasquido de unas balas de gran calibre que pasaron cerca de su cabeza, pero luego corta ese recuerdo de cuando en ese entonces aquel pelotón de soldados se situó en posición y el blanco era evidentemente él. Recordar es vivir, aunque la vida esté en

juego. Deja para otro momento este pasaje cruel. Deja este recuerdo negro en lo negro del alma.

Siguen luego algunas notas en donde aparecen frases como éstas: «Los iluminados por los reflectores del poder, los secretarios del “gabinetazo” foxista que se debaten en la mediocridad –a los que por cierto los habitantes del barrio bravo de Tepito bautizaron como los RCA, por aquello de obedecer la “voz del amo”...».

Y, por cierto, «Pedro», ahora, cuando era perseguido por el auto negro se metió a este barrio y logró escabullirse. Tarea fácil para él. Tarea que muchos años atrás había practicado.

Otra gacetilla daba cuenta de esto: «...ayer llenaban los espacios estelares la inaguantable radio zedillista que hablaba de lo hábil que era para manejar la economía de la nación y que eso era implementar una política salvadora para la nación mexicana».

«Y, ahora, en el hoy truculento –por el comportamiento oscilatorio de diputados y senadores, por los líos judiciales en los que están metidos los hombres y las mujeres que fueron elegidos como representantes populares–, la radio foxista sigue los rumbos cínicos de la radio zedillista...».

«...Y los millones de pesos que gasta en publicidad, Calderón, para justificar su guerra contra el narco y que ha costado a la nación miles y miles y miles de muertos...». «Pedro» sigue leyendo y tirando los recortes ya leídos. Los que lleva en la mano y los restantes que reposan en el folder los debe sujetar con fuerza pues el viento que llega hasta allí, hasta esa azotea, los hace



bailar piruetas malignas. Aunque en realidad, si esos papeles volaran por los aires, «Pedro» descansaría de leer semejantes lugares comunes y pavorosos a la vez de la picaresca de la política mexicana.

«Pedro» sigue saltando en el tiempo, tiempo marcado por los artículos que va escogiendo. Pero todos le dicen que ayer y hoy, hoy y mañana, esta situación cargada de veneno no cambia. México es el país de siempre. El país de siempre lo mismo.

El país de: «aquí no pasa nada». El país de: «se hará justicia, caiga quien caiga», en el que da lo mismo leer una nota de un periódico de 1905, de 1980 o del año 2000 o de 2015.

¿Y, si aceptando sin conceder, que el «destino» de «Pedro» es el de un hombre que ya dio lo que tenía que dar en el mundo actual un hombre que, al descubrir, al releer nuevamente su pasado y al tocar fondo de lo que su vida ha sido, ésta, la vida misma no le ofreciera a «Pedro» nada para un futuro? ¿O sea que la raya final o el «destino» de «Pedro», su raya final estuviera marcada en esta oscura azotea de vecindad? No se sabe eso. Es la «sal» de la vida. Es la emoción que produce el no saber nada de lo que el futuro pueda traer.

Ahora «Pedro» –labor que se había propuesto y que debe terminar a pesar de que es la misma cantaleta de corrupción– toma otro recorte de prensa en donde señala el cronista que en «el secuestro de un personaje, sus familiares pagaron inmensa fortuna por el rescate con vida de la persona, y los “malosos”, a cambio del pago millonario entregan un cadáver».

«Se aplicará la justicia, caiga quien caiga». Y nadie cae.

¿Y sigue con las noticias del «Mochaorejas» en turno, y otra más con los hallazgos mágicos de una osamenta en los linderos de una propiedad fastuosa que pertenecía al indiciado y luego que no, que dicha osamenta siempre no pertenecía al individuo buscado, y que aquella siempre no era la del susodicho sino de alguien que no se sabe quién era...? (¿?) México mágico. México lindo y querido. Como México no hay dos.

México de María Sabina. México de las «Pacas» adivinas. México de las Aguas Blancas. México de Acteal funesto. México país de la impunidad.

México país de los fraudes electorales. México por el cual sus políticos gobiernan para el beneficio del pueblo.

Y otra nota que a «Pedro» le hace mella. Nota que ocupa bastante espacio y que describe cómo un funcionario se suicida de no se sabe cuántas cuchilladas...Y aquella otra nota policíaca que nos informa del habilitado tipo que se mata, se suicida de dos balazos en el corazón... Y claro, mención aparte, el asesinato de Colosio, y la confusión y los enredos judiciales y los enredos y malabares de los políticos en turno para distraer, para confundir, para no encontrar al autor intelectual del atentado funesto ni para dar con el verdadero autor material. México, país surrealista.

La realidad en México es un sueño. Y este recorte a «Pedro» lo lleva a pensar que antaño era el PRI –y que según los vientos podría regresar al poder, y que regresó

a tambor batiente— el que durante decenas de años saboreó las mieles del poder, y marcaba el paso de todo lo que sucedía en el entorno nacional. Ahora el PAN, partido que aglutina a la «gente decente», la gente bien, tan decente que el presidente Fox compra y vende todo, compra —con precios que son un insulto a la humildad republicana pregonada y practicada por Juárez— toallas y sábanas dignas de un sultán, para secar los cuerpos de la exquisita pareja presidencial, pareja que habita la residencia oficial de Los Pinos. Los panistas, como gente católica y decente que son, permitieron la apertura indiscriminada de Casinos. ¡Viva México libre!

Y la pregunta obligada que «Pedro» se la ha repetido durante años y años: ¿Y los mexicanos...? ¿Qué hacen...? ¿Cómo reaccionan ante estos hechos vergonzosos?

26

¿Qué piensan de toda esta podredumbre? ¿Ante el saqueo y venta de las propiedades del Estado, antes la venta de sus minas, de sus aguas, de sus playas... ¿qué hace?

¿Por qué no se levantan en armas —ideológicas o reales— como lo hicieron en su momento Lucio y Genaro y «Pedro» y otros y el EZLN? Y la respuesta viene en otro recorte: «Sería muy interesante hacer un estudio, un profundo estudio sociológico sobre el comportamiento de la población mexicana... ¿Y, ¿para qué?, se pregunta «Pedro». ¿Para qué?

Y remata él mismo: «¿Para qué seguir con esta lectura...?». Varios recortes más caen al cesto de la basura.

Y como si el «Libro» tuviera un imán poderoso, «Pedro» pasa otra vez su mano por la gastada superficie del

forro, y de inmediato aparece la «película» de cuando milagrosamente escapa del acoso de aquellos militares que casi lo atrapan en lo profundo de la Sierra de Guerrero. Él quisiera terminar ya con las lecturas que contienen los recortes que están en ese folder. Pero como él es disciplinado en sus acciones diarias y al llegar a la vecindad se impuso la tarea de releerlos para refrescar su pasado, debe cumplir su promesa.

Y ese recuerdo de la huida salvadora en la Sierra y de las balas que casi lo matan en aquel entonces, hace que sus manos sudaran frío. «Pedro» vuelve a fijar su vista en los volcanes amorosos y comprende mejor que nunca que ese amor limpio, níveo, es lo mejor. Ese amor etéreo que se guardan el Popocatépetl y la Iztaccíhuatl es enorme y duradero. Mayor fidelidad y amor a nadie de los humanos se le puede pedir.

¿Y si la CIA o la INTERPOL o el CISEN lo siguieron puntualmente hasta este rincón abandonado? ¿De otra azotea lo estarán observando con detenimiento y una mira telescópica apunta con precisión a su cabeza? Puede ser. Aquiles Serdán –romántico, idealista, revolucionario– fue abatido en una azotea.

Aparecen luego algunas noticias de sociales. «Pedro» las va a tirar. Pero picado por la curiosidad lee: «...sobre la homilía del obispo, vestido de seda y crucifijo de oro puro, cubierta la cabeza con fastuoso y níveo atuendo, que hace un llamado a los fieles cristianos a la humildad... y el magnífico sermón del jerarca católico que, puro en boca y sonrisa maquiavélica, conmina a todos los feligreses a portarse como Cristo lo hacía, pobremente, sencillamente». El cinismo es común denomina-

dor en muchas personalidades de las esferas políticas y religiosas.

Luego ve las fotografías a todo color resaltando lo abigarrado de la peregrinación insólita de millones de humildes campesinos que a la Villa dirigen sus pasos y que llegan cargados de peticiones para mitigar sus penas ancestrales; y que al estar hincados ante la Guadalupe india, todo se les olvida, los golpes, las injusticias, los robos de sus tierras, la miseria... y allí postrados ante esa imagen expían sus «culpas» y dialogan y rezan y le platican y le piden y le suplican a la Morena que interceda por ellos. «Pedro» sabe que pocas o nada de las peticiones les son cumplidas, pero ellos, los pobres de espíritu –de ellos será el reino de los cielos (¿?)– regresarán el año que viene renovando sus mismas y añejas solicitudes.

28

• • • • •  
«Pedro» sabe que para todo esto hay que tener un hígado especial y una concha de tortuga inmensa. Pero él tiene que seguir leyendo. Ni modo. Es su «cruz».

Y surgen los recortes que hablan del levantamiento del EZLN. Asunto serio. Problema sin resolver el de este grupo armado.

Es un agujijón enterrado en la clase política que no deja de contradecir los discursos de paz y tranquilidad y prosperidad que los círculos del poder manejan con singular alegría.

El bote de hojalata ha recibido un buen número de gacetillas que no merecen, por su contenido, otro destino que el de ser arrojados a la basura.

«Pedro» se impuso esa «penitencia» y la debe de cumplir. Además, leer, y leer de todo es su «castigo». Es un «castigo» productivo, sí, porque el repasar esas



injusticias, al volver a sentir los atropellos, al saber que la cultura del fraude y de la impunidad siguen vigentes en México, hace que en «Pedro» renazca el espíritu de lucha. Su cuerpo vuelve a sentir el deseo profundo de entrar nuevamente en combate. De repente un chirrido y un auto que frena con violencia, atrae la atención de «Pedro». Se cubre. Mira hacia abajo. Nada. No son sus perseguidores, es un automovilista que ha frenado para no atropellar a un perro callejero.

Hace un gesto y sigue: «... hombres y mujeres que con capucha y rifle dijeron ¡YA BASTA! Y que ante ello algunos “comunicadores” oficiales convierten este grave asunto, por su falta de tacto o carencia de ética profesional, o por ser improvisados o por ser pagados por el gobierno, en río de banalidades, en una zarzuela del peor gusto».

«Pedro» ha estado lejos geográficamente de esta «guerra», pero participa difundiendo en sus lares las ideas de los comandantes indígenas levantados.

¿Será esa una razón por la que «Pedro» pudiera estar vigilado? Por su cercanía con los «levantados»; ¿estaría en la mira de la policía?

Lee: «...en lugar de llevar en la mano un bagaje conciliador o algo relativo al espíritu de Zapata, en lugar de llevar propuestas con un poco de aires de Morelos, en lugar de que los funcionarios se acerquen con humildad republicana y así actuar con más dignidad, los secretarios panistas o priístas piensan, por desgracia, como muchos otros mexicanos “decentes» que es mejor aplastarlos, matarlos..., al cabo en México la vida no vale nada...».



«El presidente Fox dijo, refiriéndose a este asunto del EZLN, que «en quince minutos lo arreglo».

Nada.

Palabras de un presidente de la república. Palabras de los presidentes de México.

Y diputados o senadores continuamente se lanzan al vacío con su silencio y su notoria falta de pericia en la acción política.

Y otra nota aterradora que puso a temblar, otra vez, al sensible «Pedro»: «El señor Castañeda, Secretario del ramo, expresa que el gobierno mexicano estaba “incondicionalmente” a las órdenes de los halcones norteamericanos».

El Jet que cruza en esos momentos los cielos de la capital, semeja un rayo de luz, parece un dardo que atraviesa raudamente un horizonte teñido de escarlata.

Los rayos solares, que apenas empiezan a declinar, le dan de lleno en la superficie metálica y con los gases que se alargan en una blanca estela, su carrera meteórica semeja un Halley vespertino.

Esa visión a «Pedro» le da nuevos bríos para soportar el cumplimiento de su tarea. Lee ahora el pasaje del período presidencial de Salinas: «...en el fin de aquel año que le fue funesto, cómo no iba ser así si la bomba le estalló en plena celebración, con las copas de champaña francesa en la mano y las burbujas en la mente, funesto, sí, porque celebraban la triunfal entrada mexicana al Primer Mundo. Sí, el brindis versallesco era porque México salía de lo rural y entraba de lleno a la “modernidad” y a la globalización. Pero, pasmo y coraje, rabia, choque político, fuego brutal provocó el “inoportuno” levantamiento

de los indígenas chiapanecos. Y ante este golpe seco, se aplicó a la herida social algo de hielo en cubitos, se dispuso del mejoral, se prepararon curitas y chiqueadores; a la tragedia le fue aplicada la herbolaria de la abuela, al cáncer colectivo le recetaron compresa de agua fría...».

Una nueva visita al bote del destartado de estos artículos hechos una bola informe por las manos de «Pedro». Luego mete su pie izquierdo y con el zapato, al pisar fuerte, hace que los papeles crujan y se compriman para dejar espacio a los que siguen.

Si con esta acción se arrojara también al basurero el cinismo y la desvergüenza de lo que han dado muestra un sinnúmero de políticos que no tienen en su bagaje intelectual la sabiduría conceptual de lo que debe ser un Estado y que, para colmo de males, cobran salarios espléndidos, todo por sentarse en su curul y pensar, eso sí, en el siguiente peldaño de las jugosas alturas políticas. Si no ocurriera este mal endémico, otra sería la realidad, México podría escribir otra historia distinta a la que hoy está escrita. Ese mandatario hiperactivo, Salinas, armó, como nunca lo habían hecho sus antecesores al Ejército Mexicano, y lo desplazó a los lugares del conflicto chiapaneco, abrumando la tropa a los habitantes nativos de esas regiones.

Hoy Calderón, con su guerra a los narcos repite ese error: sacar al Ejército de los cuarteles y exponerlo al desprestigio.

Las protestas, las manifestaciones populares de apoyo a los levantados la voz oficial dice: «Ni los veo, ni los oigo», y las toma como si fueran cánticos de pastores ecuménicos.



«Pedro» vuelve a hacer el ejercicio mental y se dice: «nada ha cambiado». Hombres y mujeres en el poder hacen las mismas tropelías que hacían en 1580, 1890 o 2011.

Salvo, claro está, lo que Juárez hizo en su período y lo que tiempo después realizó Lázaro Cárdenas. Así, pues, parece que todas las muertes, todos los sacrificios hechos en la revolución de independencia y en la revolución de 1910, fueron inútiles.

Parece que los caídos han sido una simple circunstancia más y un número frío en las estadísticas oficiales. Que la vida, y lo confirma la tonada popular que brota de la pulquería y que estalla en su cara y que le señala a «Pedro» y a todo el que quiera fijarse en ello, que efectivamente en México la vida no vale nada.



La tormenta lejana casi se ha diluido. Uno que otro relámpago dan muestra del poderío que todavía tiene la naturaleza. Las nubes antes negras, ahora, descargada que fue toda el agua, aparecen como mansos, apacibles algodones grises. «Pedro» vuelve al tema que lo apasiona, y no nada más a él, a todo el mundo: «Los “rostros” cubiertos de los comandantes indígenas del EZLN».

Las buenas conciencias, las almas buenas de esa derecha intolerante liderada por el PAN, y junto con ellos otros individuos de la sociedad mexicana; sí, esas personas que se confiesan cada ocho días, y con ellos los curas del alto clero que salen de sus residencias en

«humildes» autos de ensueño sideral y que hacen ver lo ridículo que era el Cristo al desplazarse por los caminos polvorientos, descalzo y vestido con ropa sencilla, y que viajaba, a veces, en un borrico rebuznador.

Ante esa similar actitud provocadora de los indígenas, ante esa humildad ofensiva y loca, los elegantes señores militantes de la derecha imperial, los poseedores de la bandeja del dinero, sienten esos gestos y esa humildad como una agresión directa a su estatus de hombres de bien y de cuentas bancarias gordas y plenas.

«Pedro» termina de leer estos pensamientos de los periodistas y no quiere hacer ningún comentario adicional. Lo que ha leído está más claro que el agua.

Con esa imagen –las montañas del sureste mexicano– «Pedro» se remonta a otras imágenes de su vida en el monte. Imágenes que llenan de emoción su alma. La montaña fue su vida, los ríos lo condujeron a los escondites indulgentes, las cañadas lo salvaron de la metralla, los montes fueron el refugio. Pero su otra lucha fue la lucha por permanecer durante las batallas, despierto, la lucha por no dormir fue implacable.

La disciplina para dominar su cuerpo era una necesidad para poder sobrevivir; y aparejado a ello el hambre, el hambre de cada día. Y con todo esto o a pesar de todo esto llevar en alto los ideales clavados como puñales en su cerebro, en su alma, para sacarlos cuando las circunstancias lo exigieran.

Y, ¿serán estas historias reales –las del EZLN– las que lo hacen decir que sí, que hizo bien en venir hoy a estos lugares? Sí, por estas luchas él tomó las armas, por esas



injusticias siguió en la lucha. Por eso se fue a las montañas mexicanas.

«Sí, más allá, en los vericuetos de la selva, entre lluvias torrenciales que azotan y que dejan los cuerpos helados, en los caminos de lodo y con piedras y con árboles caídos; y con los indígenas olvidados que deambulan con frío y hambre en lo profundo de la selva, llevan, sin embargo, la frente en alto, y con ellos un ejército de hombres libres: el EZLN».

Y acá –contraste propio de gobiernos autoritarios y antidemocráticos– viviendo en cómodos cuarteles, con vehículos blindados, con ropa de combate de primera calidad, con armas de alto poder, con aviones y bombas y helicópteros poderosos, todo utilizado para observar los movimientos de los humildes y de las mujeres y de los niños indígenas, permanece el otro ejército, el mexicano.

34

De la foto contemplada por «Pedro», y del artículo mismo, pueden salir varias versiones, según quien haga el ejercicio: la clase en el Poder o la clase dominada.

Se pueden manejar algunas verdades, pero lo cierto es que de los rostros ocultos destacan unos ojos penetrantes, ojos que claman justicia. Arriba de los paliacates rojos salen miradas rebeldes, del pasamontaña emergen ojos que son conciencias acusadoras.

De pronto «Pedro» detiene su lectura, algo le llama la atención, siente como que alguien lo estuviera mirando fijamente. ¿Hasta aquí llegaría su viaje...?

¿Aquí terminaría su jornada? ¿Entró ya la policía Judicial? ¿Lo encontró el agente encubierto de la CIA? «Pe-

dro» coloca rápidamente unos ladrillos sobre el folder y sobre el otro viejo «Libro» que lleva consigo.

Camina hacia el frente. Despacio, se desplaza con sumo cuidado. Un nuevo ruido sale de un hueco que hay en una barda que está frente a él. Camina casi pegado a la pared en ruinas. Avanza con lentitud. Toma una varilla de acero. Activo en mil batallas, no resultará nada fácil la tarea de atacarlo impunemente. Llega a la barda y siente –pues no lo ve físicamente– cómo un individuo sale corriendo y bajando por lo que queda de unas escaleras metálicas de caracol.

Se queda inmóvil por unos segundos. Escucha con atención y mira hacia el punto en donde el intruso ha desaparecido. Nada. Nadie. Regresa a su sitio.

Voltea hacia abajo, hacia la calle.

En la banqueta, cercana al sitio en donde fue asesinado el cliente de la pulquería y apenas visible a los ojos de «Pedro», aparece de pronto un hombre, «Pedro» deduce que fue el mismo que lo vigilaba y que salió huyendo, ya que alcanza a notar la respiración agitada del hombre. Alcanza a ver cómo se juntó con otros dos sujetos. Uno de ellos alza la vista y la dirige al lugar en donde «Pedro» los observa.

Para «Pedro» esos sujetos son los mismos que hace un momento asesinaron al hombre de la pulquería. En todo caso tienen la misma lúgubre apariencia. Luego se retiran.

Con voz apenas audible «Pedro» se dice a sí mismo que deberá tener mucho cuidado, que ya no debe demorar más tiempo en la azotea de los recuerdos. El peligro acecha siempre.



En México la vida no vale nada. Y, ¿quién determina el final de una vida...?

Ahora el viejo «Libro» que está en su diestra parece llamarlo con insistencia.

Sí, claro, será la siguiente y acuciosa lectura de esa tarde que cae con lentitud. En ese libro está la vida. La de él quizá, y la de otro camarada de la lucha revolucionaria.

Da las últimas pasadas a las notas sobre la lucha indígena.

«Los rebeldes del EZLN no quieren que les vean los rostros. No. La experiencia es madre de todas las suspicacias. Ellos saben por qué».

»...De los agentes ciudadanos, de los ladinos representantes del gobierno, de lenguaje doble y cínico, de esos individuos habrá que cuidarse.

»Cuando se conversa con ellos hay que guardar distancia.

»Son los mismos amanuenses de Santa Anna, son los lagartijos de Porfirio Díaz y son los incondicionales de Calles y son los testaferros de Díaz Ordaz.

»Desde luego esos oriundos de esas tierras, los dueños ancestrales de esas cañadas y de esos cerros muestran su rostro pleno, sin tapujos a sus mujeres, a sus niños, a sus abuelos, le muestran la cara limpia a la selva que los cobija, a los árboles y a las aves que los vieron nacer. Ellos pueden presentarse con la cara descubierta a los venados, al búho y al quetzal; los indígenas están protegidos por los arroyos tempraneros, son ayudados por el sol y la luna que salen y se ponen con ellos, sin condiciones, desde aquellos tiempos idos. Astro y saté-



lite que son de sobra conocidos por sus luces y sus rayos que los han seguido por centurias, los indígenas iluminados por los astros son reconocidos por las comunidades nativas, y son visibles enteramente para quien quiera “verlos” de verdad, para todos los que quieran ver sus ideas democráticas y quieran “leer” su pensamiento. Son visibles sus aspiraciones de libertad y justicia para quien quiera ver y comprender su lucha».

Este recorte de prensa «Pedro» no lo tira. Lo vuelve a guardar. No merece ir a la basura, lo guarda porque «Pedro» está recogiendo y guardando testimonio de la rebeldía indígena para escribir un libro que ya le hace cosquillas en la cabeza.

Libro, además, que le han solicitado para que lo escribiera para una Universidad de América Latina.

«Pedro» hace un recuento y luego de una amplia reflexión termina: «Voces tuyas, legendarias, que emergen como un eco selvático y penetran en algunas mentes abiertas y sensibles ante las injusticias que se ha cometido a lo largo de la historia contra los pueblos originales de América Latina. Son voces de hombres y mujeres muertos desde *endenantes*».

»Sí –se dice «Pedro»– cuando deja de mirar estos escritos para descansar la vista, cuando vuelve a descubrir el horizonte, cuando el avión es ya solo un pequeño punto en la lejanía, es un contraste grosero, vergonzoso el que resulta al consultar los artículos de los periódicos que lleva consigo y compararlos con la realidad de las mansiones y los yates de lujo de los cachorros y de los hijos de los cachorros de la revolución mexicana, y ese contraste, en cuanto al EZLN se refiere, se marca más al



comparar el lenguaje nativo, las palabras montaraces, que son claras como una poesía de López Velarde, claras como el chorro de agua de la montaña, contra el lenguaje que utilizan los secretarios de lujo y que tienen en su palmarés doctorados conseguidos en universidades sajonas o europeas, que como son de calidad y altura extrema, extrema es la cantidad en dólares que cobran esas instituciones a los grandes ricos mexicas.

»Los hombres, las mujeres, los individuos de una sociedad determinada que se lanzan a la sierra para desde allí combatir las injusticias, ¿son héroes, son locos, son soñadores, son románticos...?». Los románticos, lo sabemos, a lo largo de la historia conocida, han entregado su vida, su alma, su todo, sus bienes, a las causas que ellos consideran justas. Se desplazan a otros países desconocidos para combatir al lado de los patriotas y de los insurgentes que emprenden la lucha armada para acabar con el tirano o con el dictador. Quizá son románticos, soñadores imberbes. Quizá ningún bien terrenal los ata. El poseer fortunas y pegarse a ellas con pasión y que se les nuble la vista para no ver las contradicciones sociales o ser insensibles ante el dolor de los pobres, no es precisamente la forma de vida ni la tarea que se imponen estos luchadores.

Sí, son románticos soñadores, definitiva y totalmente.

Y el ciclo negativo y profundo se renueva, se vive cada año, cada día, cada sexenio, los señores curas y ministros representantes de Dios en la tierra viajan en lujosas limosinas; y los discursos presidenciales de paz y bienestar social y que prometen un México libre y democrático, y en donde la justicia y el reparto de la ri-

queza va a ser una realidad; y muchos banqueros quebrando bancos y obteniendo jugosas ganancias de ello, y algunos industriales que hablan en dólares; y de las mujeres que desde la luminosa burocracia dorada y desde el rango que les da un gran sueldo y bonos sexenales y prestaciones y jugosas partidas extras ganadas con el sudor de la frente, logradas con las llagas de la rodilla al practicar la genuflexión cotidiana.

Si, qué enorme contraste resulta de ver estas relaciones.

Pero esta forma de vida, por desgracia, está arraigada plenamente en la vida del mexicano.

No en «Pedro», eso es claro, pues él y otros más tomaron el fusil, se fueron a la sierra y desde allí dieron el grito de la ira. Desde allí gritaron su: «¡Ya basta!».

Ese grito es el rito añejo, inacabable. Rito de soñadores, rito de románticos irreductibles.

Llega un romántico como Francisco Xavier Mina, deja su sangre, deja su vida, pero su lugar, por desgracia es ocupado, según la época, por un Santa Anna. Em prende Morelos heroicas batallas por la liberación de la patria y para poner orden y proporcionar leyes justas y abolir la esclavitud, y al paso del tiempo su lugar lo toma Iturbide, el emperador...

En la historia azteca el mundo moría cada cincuenta y dos años para luego renacer limpio, nuevo. Moría para nacer y empezar la historia en una página en blanco. Para la historia de hoy, todo muere y todo nace cada seis años.

Ahora «Pedro» hace otra pausa. Deja pasar algunos minutos. Deja pasar un tiempo para poner orden en sus

ideas y en sus sentimientos y con ello asimilar la carga emotiva que provocó en él los varios recuerdos que llegaron como un torrente impetuoso; aspira el aire, animoso y confiando en el hoy, ese aire de la tarde lo llena de ilusión, y luego se reacomoda en su barda de ladrillo para centrar su atención en un punto específico, en algo que le quema las manos: el «Libro».

También trata de borrar el pequeño incidente del intruso que hace un momento ha subido a la azotea para observarlo con algún fin. ¿Podría ser un borrachín que buscaba un sitio alejado para dormir la «mona»? O quizá la policía judicial descubrió su paradero y su verdadera identidad. Picado por la curiosidad y por la mera precaución, rastrea nuevamente el sitio. Nada. Todo en calma. Enciende un cerillo y quema los artículos que están en el bote de basura. Buen fin para el mal.

40

Las llamas y el humo lo distraen un poco. Las formas caprichosas del fuego le producen sentimientos encontrados. El fuego y sus figuras alegóricas, sus piruetas, le ayudan a despejar la mente.

Después de esa breve pausa se pregunta si en realidad ha pasado el tiempo de lucha en balde, si lo que ahora ha contemplado, el asalto y muerte del hombre de la pulquería, todos los contenidos editoriales y artículos leídos no son sino un reflejo fiel de asuntos de ayer y por lo tanto ya superados en el mundo de hoy. No. Los periódicos son de hoy. El asalto y la puñalada en el vientre al borrachín es un acto del día de hoy. Los asesinos que acaban de cometer su fechoría son de hoy. Todo lo que pasó por su mente, ¿es de ayer? No. Esa realidad es de hoy.

Como a muchos halcones norteamericanos se le acabaron los argumentos de que los comunistas eran los enemigos a los que había que eliminar, inventaron a los narcos, y estos se convirtieron en el enemigo público número uno de la DEA y todos los gobiernos afines o supeditados a esas políticas se dedicaron con empeño a combatir a los narcos. ¿Lo habrán tomado como a un narco, para eliminarlo...?

Con el ataque brutal y criminal e imperdonable a las Torres Gemelas, el imperio descubrió que los enemigos por combatir y exterminar no eran ya los comunistas ni los narcos, sino que ahora eran los terroristas. Las balas, los tanques, las bombas, los agentes, los soldados se dirigieron ahora a acabar con los terroristas.

En ese orden de ideas, ¿habrán descubierto ya la verdadera identidad de «Pedro»? ¿Lo tomaron como un vulgar terrorista? ¿Ya lo tienen ubicado en esta azotea? ¿A metralla limpia acabarán con él?







# *El libro*

«Pedro» llena sus pulmones del oxígeno que le ofrece esa azotea, no es muy puro, pero de algo le sirve.

Ahora sí, aquí está lo que deseaba hacer. Desde que salió de la tierra que ahora lo cobija, partió a México con una corazonada; quizá encontrar rastros, ver con ojos de hoy, con los ojos críticos de hoy las raíces de su lucha; encontrar otro punto de vista expresado por otro combatiente y que era uno de los sobrevivientes de esa época y del que «Pedro» conocía el lugar en donde podría encontrarlo. Que este compañero le contara más cosas, le diera más detalles sobre el levantamiento de ellos en los años sesenta.

Suspira, porque desde que encontró allí, en la azotea, entre la basura de años y años, entre los escombros ese «Libro», reconoció a la vez al autor de esos escritos, de esa memoria invaluable.

El bote de basura ahora solo contiene cenizas. El fuego redujo a nada, a polvo un trecho de algunas historias. Quemó la baratija política para pasar ahora a ese otro

tiempo, para vivir el contenido del libro. Y también, quizá para encontrar algo de sí mismo. De lo que le ocurrió en aquellos días memorables.

Ahora debe borrar de su memoria todo vestigio de algún otro tema que lo pudiera distraer. Parece que ese «Libro» tuviera un poder especial, como si al tocarlo este le provocara una descarga eléctrica.

Con su mirada recorre una vez más la vastedad del Valle, observa las chimeneas de las fábricas, mira las azoteas contiguas; en las colonias populares las azoteas son otro mundo, tienen vida propia, allí en esos lugares habitan miles de familias enteras, familias con problemas, con gozos, con esperanzas, con logros y congojas.

Se acomoda mejor en la barda que le sirve de asiento; estira un poco los brazos, se concentra luego en el «Libro» que trae ya entre sus manos, y que fue escrito por otro guerrillero. Hace cuentas del tiempo por transcurrir. Sí, tiene todavía dos horas de luz.

Una ambulancia llega a la vecindad, bajan los camilleros y al poco rato salen con la víctima del asalto.

Las mujeres del vecindario han puesto en el sitio donde Tánatos hizo acto de presencia, una improvisada cruz de madera y varias vasijas con ramos de flores y unas veladoras, las piadosas mujeres empiezan a rezar por el alma del difunto, piden a los cielos misericordia para que tenga un descanso eterno.

Sacude su cabeza, al hacerlo sacude esa película macabra que acaba de ver.

Con ese movimiento sacude a su vez todo el cúmulo de efemérides políticas que lo entretuvieron hace unos momentos.





Otra vez respira hondo. Respira tres veces. Ese ejercicio le trae la calma necesaria para emprender esta otra aventura del pensamiento.

Acaricia su «Libro». Con esta acción, ¿acaricia su pasado...? ¿Acaricia lo que fue su lucha tenaz, terca, ¿romántica...?, ¿lucha inútil...?

Lo abre, lee: «Memoria o diario, o un simple escrito que contiene cosas que me han pasado. En realidad (...) su posible (...)».

A la hoja le falta en esa parte un pedazo de papel –en realidad a todas las hojas y en diferentes partes, el tiempo y las ratas y las polillas y la humedad han dejado una huella destructora. «Pedro», picado por la curiosidad, continúa la lectura en donde le es posible hacerlo, aunque en realidad él entiende a la perfección lo que el tiempo ha borrado. Esta historia, a «Pedro» le es familiar y su memoria puede poner las muchas palabras faltantes y llenar los huecos de los agujeros de las polillas.

Continúa: «(...) ¿...y qué es lo primero que se me viene a la cabeza para tratar de encontrar el hilo de esta historia? (...) sin dar muchas vueltas (...) puede que sea este el comienzo. Entro en (...) y aquí va: la otra noche – como sucede, no me lo van a creer, en las peores novelas del siglo pasado (...) llovía, pues, a cántaros, el frío (...) llegaba (...) a los huesos (...). Viento que no dejaba de soltar sus aullidos por todos los rincones y que los fantasmas, para completar el cuadro (...) y de la guerra (...) y la represión rondaban. Yo estuve haciendo un recuento de las muchas aventuras, si así se las puede llamar (...) vivido. Pero (...) recurrente me asalta, me martillea



a cada paso. Sin temor a equivocarme (...) afirmar que yo fui fusilado exactamente cinco veces. De verdad cinco, lo (...) sencillamente dicho. ¿Quince veces? ¿Cuatro? Yo los sufrí como si fueran quince (...) como fusilamientos. En todo caso es una (...) que he pasado en mi corta vida. Vamos (...) ni a mi peor enemigo. El ruido de los gatillos (...) sobre los fusiles vacíos, lo traigo metido en mis oídos (...) atormenta. Casi (...) logro (...) quitármelos de encima, ni para dormir, vamos (...) ni para hacer el amor, ¡carajo! (...) ni para ver con calma una puesta de sol, menos puedo hacer a un (...) cuando tengo frente a una montaña, o las nubes de la tarde, o los ríos (...) margarita deshaciéndose en mis manos. No me deja ese constante martilleo. Ese clic infernal. Pero también (...) y les confieso –dado que no tengo otra alternativa– que ya lo he tomado con cierta “filosofía”, con calma, con resignación (...) o con (...) mucho caso. Ese ruido, lo quiera o no, ya forma parte de mi ser. Lo traigo (...) como si fuera una camisa o un calcetín o una cicatriz (...).

(Nota del editor: evidentemente los puntos suspensivos indican que algunas palabras del original son ilegibles o la hoja está dañada).

Al leer las líneas anteriores, «Pedro» siente en su espalda un viento frío, sabe que la tarde del altiplano requiere de más cobija, pero más fuerte que la necesidad de abrigarse está la lectura de ese «Libro» y, en todo caso –y por eso no se moverá de allí– ese escrito lo remite a un pasado que lo apremia. Un pasado que le dejó huellas profundas. Un pasado que lo hace vivir con más intensidad el hoy que marcha sin rumbo.

Al «Libro» hoy lo ha encontrado y hoy se reúne así con su «destino».

Ese ayer, hoy, le remueve unas cuantas púas clavadas en su cuerpo, pero también revive muchos momentos que fueron invaluable, que fueron fuente de alegría, entre otras cosas más. «Pedro» pues, permanece atado, sumergido en lo que el «Libro» guarda, en lo que encierran esas hojas polvorientas y amarillas.

Lo que hay en esas páginas comatosas lo transportan con emoción a esos días de pólvora y metralla, a esas horas de ideas lanzadas al aire, a los manifiestos contundentes impresos en la clandestinidad, a las marchas por las calles, a las bombas molotov, a ver cómo los impotentes bazukazos destruían cualquier asomo de diálogo o de algún encuentro para pactar alguna paz digna y duradera, a sentir las persecuciones y a promover rebeliones en la clase trabajadora, lucha sin fin que dejó marcas indelebles en cuerpo y alma, de él y de muchos jóvenes que cayeron ante la barbarie gubernamental.

La presencia de algo inmaterial, o más bien, de alguien que está allí presente entre esas basuras, la calidez de los espíritus que rondan por esa azotea lo recoge, esa aura del pasado está hora en sus manos.

Y cómo es posible –«Pedro» se hace esta reflexión– que después de tantos años existiera un documento –el «Libro»– que ahora lo tiene allí. Pero sobre todo era extraño que nadie lo hubiera hallado, no se explica cómo pudo pasar desapercibido durante las pesquisas e investigaciones militares y policíacas, y era por demás lógico suponer que ese lugar fuera rastreado en toda su geo-



grafía, y que extrañamente, con todos esos operativos, ese «Libro» no haya sido encontrado. Pero allí estaba. Su pasado ahora cobra vida.

Allí estaba ese «tesoro» personal, allí en el mismo lugar en el que años atrás fue celosamente guardado, y que por lo visto «Pedro» y el autor, eran los únicos que sabían de ese escondite.

En realidad, «Pedro» no sabía bien a bien que existiera ese «Libro», lo intuía, por eso lo primero que hizo al llegar a la azotea, la primera tarea —siguiendo su corazonada— fue orientarse debidamente, recordar los lugares y colocarse donde antes tuvieron asentada su guarida; removió una docena de ladrillos, quitó las muchas latas. Hizo a un lado los restos de basura añeja, limpió el polvo, los montones de tierra los hizo a un lado, y las láminas oxidadas fueron a parar a otro lugar. Y apareció en el fondo de ese tiradero el «Libro».

Fue una sorpresa mayúscula. Ese hallazgo quizá podría tener un final inesperado o imprevisible, o pudiera contener alguna revelación interesante, como interesante le es a «Pedro» volver a vivir un pasado que conmocionó a la sociedad de ese tiempo.

Sí, porque además en México todo puede suceder. En México, por decir algo, la capacidad de asombro se estira con singular docilidad. En México sucede lo extraño y lo verdadero. Suceden cosas que son imposibles de creer para otras culturas. Y sin ir más lejos aquí en estas tierras, por ejemplo, a un campesino que araba afanoso su parcela, sin más, irrumpiendo en el surco ajeno, sin ninguna invitación, le brotó un volcán que hizo



una erupción gigantesca y lanzó piedras rojas al cielo y humo y polvo y tierra y rocas y fuego que cubrieron las tierras del sembradío.

Aquí, en estos lares mágicos, en plena avenida de San Juan de Letrán pudo aterrizar una avioneta a plena luz del día, y todos los que vieron ese espectáculo, quedaron tan campantes, todos estuvieron felices, lo vieron como si vieran una paloma mensajera posarse en el pavimento.

Y en el colmo de la magia, está indeleble la magia verbal, está el juego malabar de las promesas y de los discursos: el presidente en turno dice –cínico que es en su lenguaje– que «no aumentarán los impuestos porque su mandato es para ayudar a los más necesitados y a los más desprotegidos y debe velar por los pobres». Y los mexicanos, sabios, curtidos en esas bromas sexenales, sabedores de su desgracia eterna, preparan su dinero, rompen su cochinito para cubrir las cargas fiscales pues los aumentos a los impuestos llegarán como castigo divino, puntuales y sin retorno. México mágico. México del nopal y la serpiente.







# *La compañera*

## *«Lidia»*

«Pero (...) de lleno a mi historia. Quiero dejar en este documento algunas (...) juventud primera, de lo que me pasó en los ires y venires, en las caídas y despegues de la fortuna, de nosotros los guerrilleros (...) así que será mejor que (...) principio, desde aquellos momentos vividos en la prepa, cuando abordaba el “Peralvillo-Cozumel” (...) los días que Martha me tomaba (...) y me apretaba como si con ello lograra una protección contra algo o contra alguien (...) caminábamos (...) largo de las mañanas por las calles que nos eran familiares, o (...) aquellas tardes de la Alameda de Santa María La Ribera (...) escuchando el “comenzó por un dedito y la mano tomó...en la voz de Virginia López que (...) clarita y limpia de la rocola del “Kikos” de la esquina, y que (...) Martha se me quedaba viendo casi parpadear yo le decía:

»-Pon atención, Martha, después no vas a saber nada de lo que te pregunten en la clase y van a venir luego las complicaciones con tu mamá. Te lo va a reprochar, tu madre te va soltar el:

»-¿Por qué no estudiaste? ¿Eh? Dime, ¿con quién andas? No. Mejor ni me lo digas, ya sé, has de andar con el Raúl, con ese revoltoso, ese comunista, ese descreído, ese que con su cara de yo no fui cree que va engañarme a mí, como lo hace contigo.



52  
• • • • •  
-Hija, yo creo que ha de tener todos los platos rotos. Sí, hija, sí, los conozco, es de esos que traen la música por dentro. Martha, hija mía, te lo suplico de rodillas, ya corta esa relación, acaba de una buena vez, presiento que...

-Ya, mamá, ya, por favor, no me molestes con eso. ¿Por qué has de estar siempre tomándola contra Raúl? ¿Por qué me haces estos dramas? Él no te hace nada, siempre te saluda con mucha atención. Viene por mí y luego me trae a la casa cuando salgo de la Voca. Además, él me cuida, él me quiere...

-Yo lo que quiero es tu felicidad, hija mía. Martha, comprende que no deseo que te pase lo que a mí... Ya ves, mira... casi lloro... Tu padre...

-Ya, ya, ya mamá, ya basta, por favor, para tu coche, has repetido esa historia de mi papá una y mil veces. Deja en paz a mi padre, ¿quieres? Además, yo guardo un bonito recuerdo de él. Ya. Y por favor, también bájale un poquito a tu radio, ¿sí? No estoy sorda.



–Ay, ay, los hijos, dios santo. Nada más crecen tantito, nada más ven algo de mundo, y luego luego a faltarle el respeto a sus padres.

–Yo no te estoy faltando, mamá, ¿qué no te das cuenta de lo que sucede en nuestro país? Mira, mejor dedícate a hacer tus cosas y déjame a mí hacer lo necesario.

–Yo no te molesto, no te causo problemas. No soy como mi hermana o mi hermanito santo, tan santo que no hace nada y todo el día permanece en su nicho contemplado la nada, pensando en la inmortalidad del cangrejo. Sí, mi dichoso hermano está allí para que lo mimen y lo veneren. Viene. Duerme. Ve la TV, pone su tocadiscos, escucha rock, descansa, y otra vez, al otro día lo mismo. Y en las noches el señorito no sale de «El Caracol» o de «El Gusano» y cuando consigue más dinero se pasa los viernes y los sábados en el Salón Riviera. Y su plática insulsa gira siempre en torno de la Orquesta de Ingeniería y su estilo peculiar, y habla maravillas de los ritmos de Carlos Campos, de los nuevos pasos que aprendió con su amiguito el Chóforo, e insiste en lo pegajoso que es el ritmo de la “Sirenita” de Mike Laure. Yo sé todo eso. Y tú también, no lo niegues, madre. Algún día pregúntale quien es Moncayo o Ponce o Mozart y te dirá que esos changos son los tacleadores del Poli, pero que él les va a los pumas de la UNAM. Madre, deberías de ponerlo a trabajar para que se enderece, para que sea un ciudadano cumplido y no un vago vividor como es él. A ver, pregúntale que de dónde saca dinero para sus bailes, para sus vicios. ¡Hazlo! Y a mi hermanita –que ese es otro caso para Ripley–, ¡por qué no le dices que



haga sus “cosas” con más discreción? Ya todo el mundo lo sabe.

—¿Crees que no me da vergüenza cuando entro a nuestra calle y que todo el mundo me voltea a ver como diciendo: —Mire, doña Chonita, mire, ahí va esa mosquita muerta, ha de ser peor que su hermanita. Yo por lo pronto, no dejo a mi hija que haga ronda con esas... sí, las dos son unas pirusas...”

—¡Cállate, te lo suplico por lo que más quieras, no hables así, hija, no digas esas cosas! Tu hermanita no hace eso que dicen, ella no es capaz. Martha, no hagas caso de los chismes de la gente, la gente es mala... Ay, hija. ¿Ya ves? Ya me hiciste llorar, y eso lo sabes. Tus palabras me hacen mucho daño. Mucho, tal parece que te gusta verme así... en un mar de lágrimas...

Martha no acierta qué decir, ni qué hacer, pues por ella jamás ha cruzado la idea de hacer algún mal a nadie, mucho menos a su madre.

En el radio Majestic, que casi siempre está encendido durante el día y buena parte de la noche, aunque funciona a bajo volumen pues es un «ruido» necesario que ambienta los hechos cotidianos de la casa de Martha.

Sí, el «Mejor, Mejora Mejoral» y el «Siga los tres movimientos de FAB, remoje, exprima y tienda», seguido de las noticias en la voz de Martínez Carpinteiro, o de Luis M. Farías, del noticiero Carta Blanca, y luego la música de los jingles de los comerciales, por lo demás pegajosa, que vende y exalta los productos caseros que combaten toda clase de males y mata cualquier cucaracha o pulga

o bicho rastrero, ese «ruido», ese ambiente, eso ayuda, eso recrea y le otorga una dimensión especial a la escena familiar.

–Toma, mamá, límpiate esa cara, mira nada más, ya se te corrió el rímel... sí, ya sé que te pones muy poquito, sí, pero, mírate–. Y Martha ríe a su pesar, pues el estado facial de su madre es realmente trágico y cómico al mismo tiempo. –Mamá, cuando tenemos estas discusiones lo único que logramos es hacernos daño las dos. Ya. Ya. No pasó nada. A ver esa cara... eso, así te ves mejor, nada de pucheros. Eso es. Mire nomás qué bonita se ve usted cuando no llora.

En el imprescindible aparato de radio, al que doña Juana lo mantiene limpio y bien cuidado, pues lava casi todos los días la carpeta que lo cubre y que está hecha de tela con un precioso deshilado que había comprado en Aguascalientes en unas vacaciones que tuvo, doña Juana, hace ya varios lustros, encima de este radio, en la pared, bien clavada, está una imagen de la Virgen de los Remedios que el padre de Martha se había sacado como premio en el tiro al blanco de la feria que en honor de esa virgen se realizaba todos los veranos allá en su pueblo añorado.

Del aparato sale ahora la engolada voz del Duque de Otranto que establece para su auditorio un diálogo «profundo» de lo que hay escrito en los manuales para comportarse bien en sociedad y normar decentemente las buenas costumbres y tener hábitos enaltecedores, y también llevar a mejores niveles el comportamiento debido en la mesa; y aprender los buenos modales que



hay que tener cuando se es invitado a una recepción en alguna embajada de postín o a la cena de lujo en la mansión de algún dilecto y encumbrado senador.

El Duque determina oficioso cuál debe ser el comportamiento moral de los padres en familia y dicta, además, las reglas para la educación de altura y de calidad que permitirá a las hijas de familias decentes rozarse con la flor y nata de la gente de alcurnia, y así convivir sin desdoro con las familias de prosapia, y el pueblo debe saber que la gente de bien tiene un rango y un abolengo y por lo tanto hay que aprender de ellos y saber comportarse a la altura refinada, como lo hace la alta sociedad.

Afuera se escucha un movimiento de autos. Un chirrido de los frenos de un automóvil rompe el diálogo. Martha queda a la expectativa. Debe poner mucha atención –sin perder el hilo de charla con su madre– con lo que afuera está sucediendo. El peligro está presente. El peligro está allí como si fuera una espada de Damocles.

–Bueno, madre, ya está todo olvidado, ahora voy a preparar un examen y Raúl me va a ayudar.

–Solo te pido que sigas hacia adelante con tus estudios, que no los vayas a abandonar nunca por alguna locura pasajera. De veras, no quiero que sufras, quiero que tú seas una mujer distinta, una mujer fuerte...

–Creí que ya se había terminado esta conversación... Mamá, te contesto: No voy a sufrir. Al contrario, estoy contenta con lo que hago y tengo fe en mi futuro. No voy a sufrir como otras mujeres, te lo aseguro. Soy fuerte, perdón la modestia, pero soy bonita. Además, tengo ideas en la cabeza. Yo no nací para llorar o para

llegar a ser una vieja inútil... No, no hagas esa cara, sabes que no lo digo por ti. Nunca lo haría. En serio, tú, para empezar ni eres vieja, ni eres inútil, eres todo lo contrario. Mamá, me ayudas mucho no haciendo escenas que siempre terminan por ser enojosas. A ver... Calma... Eso es... Ahora puedes subirle al volumen de tu radio. Ya van a ser las doce del día y «Crimen y Castigo» está por comenzar. Escúchala bien. Esa novela es muy entretenida y tiene un alto grado de calidad. El autor es Dostoievski. Ya te he hablado de él, es un gran escritor ruso.

Un locutor entra con «XEW, la voz de la América Latina, desde México» y sigue la identificación de la estación con los sonidos de la pequeña «marimba» que se escuchan por la sala de la casa de Martha, la compañera «Lidia».

Justo en este momento se hace presente el ruido de una puerta de auto al ser cerrada con fuerza. Luego sigue el eco de unas pisadas de hombre. Martha está alerta. Está tensa.

–Hija, mira ya me calmé, mírame... Ya dejé de llorar. Pero, ¿sabes? Hoy no tengo ganas de escuchar ninguna radionovela... Siento un algo dentro de mí... un no sé qué que me asusta... Ay, hija, si supieras cuánto te quiero...

–No necesitas decírmelo, yo sé cuánto me quieres... Anda, todo está bien, descansa, recuéstate un poco. Duerme. Anoche te desvelaste viendo la televisión. Ya sé lo que eres, eres una viciosa de la radio y de la televisión, sí de la televisión y de la radio.



Martha no deja de prestar atención hacia lo que afuera sucede. –Sí anoche te quedaste viendo la película de «Tin-Tan» hasta las dos de la madrugada. No. No mientas, condenadota, pillina. Ya sé que es tu ídolo y que te hace arrancar, aparte de la risa, suspiros... y también sé que quisieras que te diera un picorete con su bocota y que sus bigotes te atraen mucho... no te atrevas a negarlo... Sí yo, le diré a ese cómico que su rival en amores es el tal Barrios Gómez; y para ponerte en un brete le diría al Pachuco que todos los días, a las tres de la tarde, te pones a escuchar al gordo ese. Te voy a provocar un conflicto amoroso, ya lo verás... hasta duelos por el despecho y por los celos son los que aquí va a haber.

Alguien toca. Ese ruido ominoso corta la conversación. Martha corre a la puerta sin hacer ruido.

–Perdón –se escucha una voz al otro lado de la puerta–. ¿Vive aquí Raúl García?

Un joven como de veintiocho años, atlético, de pelo corto, alto, de nariz recta, permanece cerca del marco de la puerta de la entrada de la vivienda de los González.



Los González, los padres de Martha, habían llegado a la capital treinta años atrás. Ellos habían vivido el fenómeno social de la expropiación petrolera, les tocó ser testigos de aquel hecho histórico que marcó la vida nacional en la época del mandato del General Lázaro Cárdenas. Ellos también, los González, como lo hicieran otros miles de mexicanos, llevaron al Zócalo capitalino los dos

pollos y las pulseras de plata y los aretes de perlas de la madre de doña Juana. Esta familia –como otros miles– recibieron en toda su extensión y fuerza la oleada de euforia colectiva. Tuvieron la bella oportunidad de ver la solidaridad del pueblo para con un gobernante que lo era de verdad y que entendía a todos y gobernaba sabiendo del atraso en el que el pueblo se debatía. Esa época los hizo abrigar esperanzas de tener mejores expectativas de vida a las que tenían. Eso mismo les sucedía a millones de mexicanos marginados y pobres. Ese acto soberano los llevó a sentir que el cambio social estaba allí presente en la figura de ese hombre michoacano de cara adusta que enarbolaba la bandera de la emancipación. Los González sintieron que los logros revolucionarios llegaban ahora sí a su puerta. El pueblo entendía ahora que los sueños de Zapata y otros sueños ancestrales por fin se convertirían en realidad.



Luego, el tiempo llevó a los González por otros caminos. La capital los llamaba, la capital los atrajo. La capital los iba a devorar. En la capital no encontraron lo que en su tierra natal habían añorado, todo lo que habían imaginado con Lázaro, allá en su Yuriria se había hecho añicos. Se les había esfumado. La capital con su cúmulo de problemas no debió nunca de ser su destino.

La madre de Martha, doña Juana, pronto perdió a su esposo.

Don Miguel había quedado sin tierras: la trillada, vulgar, repetida hasta el cansancio, historia de siempre que llegaba como latigazo a los pobres, a los marginados, a los campesinos, tragedia que se abatía sobre ellos después del término del mandato de Lázaro Cárdenas. Con

el final del período de Cárdenas empezaba la «derechización» del país. Empezaba el reinado de los cachorros de la revolución. Empezaba el saqueo. Empezaba a crecer la injusticia y se entronizaba la impunidad.

Las intrigas, los contubernios del querido compadre de don Miguel y las malas artes que utilizaba este compadre maligno, y la traición, que era lo que más le dolía, por eso, por el dolor que aquello le causaba Miguel, no contaba a nadie esta historia.

Al contrario, se la callaba discretamente.

Y era que Luis Tinoco, a quien le decían «el Babas», no por lo tonto que pudiera ser, no, sino porque en realidad Luis Tinoco era más listo que un zorro hambriento y que ante la vista de una «presa» jugosa la saliva acudía a borbotones y se le desbordaba por todo el hocico.

Claro que cuando se hicieron compadres, ambos, Miguel y Tinoco eran muy jóvenes y apenas sus personalidades estaban en formación. Tinoco todavía no era «el Babas». En esa época debería de andar frizando los dieciocho años. Y lo que pasó fue que Tinoco, alebrestado y adelantado que ya era, raptó, y se llevó a su novia a casa de su madre. El escándalo fue mayúsculo. Las familias entraron en una confrontación que amenazaba con tornarse peligrosa. Hubo amenazas del padre de la muchacha raptada.

Vino luego la intervención directa del padre Luévano, que era respetado y su iglesia muy querida y visitada, y en un acto que hablaba bien de su conducta cristiana, este cura, aduciendo dispensas y reglas de la justicia canónica e invocando leyes divinas, permitió que la jo-



ven se casara de blanco, como debería corresponderle a cualquiera virgen lugareña.

Esa actitud eclesial logró la conciliación del padre ofendido y logró también que terminara el pleito que parecía no tener fin. Total, los muchachos se casaron y al calor de la fiesta y la música y los moles y del arroz y de las tortillas moradas y de los mezcalitos, toda rencilla fue echada al cajón del olvido. Al nacer el primogénito, Miguel fue elegido como el padrino cabal.

Con el tiempo Tinoco se fue por el camino que no era el recto precisamente. Este «Babas», para no fallar en sus aviesos propósitos y sabedor de los mecanismos maquiavélicos del poder, se había aliado con un diputado priísta, el no menos famoso «Manos de hacha», mote que le venía como anillo al dedo a este espécimen político pues los «sablazos», mejor dicho los «hachazos» los practicaba desde su tierna juventud con asiduidad samaritana y este legislador epónimo, a su vez, sin condiciones, como debe ser un buen negocio, como debe establecerse una «sana» relación político-comercial, compró a precio de regalo la voluntad del presidente municipal en turno, por cierto, este individuo, el presidente, había sido bautizado en la iglesia principal del pueblo con el nombre de Nicasio Arredondo, y este evento, esta celebración, lo recuerdan abuelos, tíos y amigos, duró tres días y tres noches, fiesta en donde los tamales de dulce, de chile y de manteca abundaron y el pulque corrió como nunca por las gargantas de los concurrentes. Y los mariachis que sonaron desde el alba hasta los amaneceres llevaron alegría y jolgorio del bue-



no. Las más de veinte largas mesas que habían colocado en el patio trasero, justo al pie de un gran nogal, hermoso, frondoso, estuvieron los tres días ocupadas y siempre servidas con largueza.

Además, en cada lugar de cada comensal siempre había una botella de un litro de ron y varias *peccis* y hielos al por mayor.

Y lo que son las cosas de la vida, cosas en las que el pueblo se entretenía, cosas que eran parte de una manera de ser de los habitantes: este Nicasio tenía también su respectivo alias: «el Trece». Sí, este apodo, «el Trece» era conocido por toda la región, basta, ancha y populosa ya que eran varios pueblos, unos ranchos más y unas haciendas las que componían esta comarca, y en el que la fama de Nicasio como «el Trece», aseguraban algunos paisanos, ya había trascendido estas fronteras pueblerinas. O sea que hasta la mera capital llegaba el sonido levantado por «el Trece». «El Trece» le fue puesto a Nicasio por sus amigos íntimos, los que todas las tardes se reunían en la cantina de don Tacho para echarse unas copas y jugar innumerables partidas de dominó. Encuentros que duraban hasta bien entrada la noche. A Nicasio, pues, lo habían «bautizado» con ese trece ca-balístico por los trece ejidatarios que había fusilado sin misericordia alguna, sí, fusilado.

Pero, claro está, las averiguaciones y el sonsonete de «...las investigaciones se harán hasta las últimas consecuencias», y el «caiga quien caiga», cumplieron su añejo rito mexica y a la luz pública salió la «verdad» oficial: fue un «suicidio colectivo».

Un presidente municipal que se precie y que además cuente con sus contactos políticos de alto nivel, en ese y otro tiempo y el hoy más cercano, lo convierte en todo un hombre de horca y cuchillo. «El Trece» lo era.

Los cuerpos de los trece desdichados fueron encontrados en el montecillo que emerge junto a la noria del Ahorcado, justo allí donde se cruza el Camino Real con el cauce del arroyo de agua zarca, y para más señas, sitio que está ubicado por los bajos del cerro del «Cuatro». El secretario de gobierno en turno y avalado por el señor juez, don Diego Cueto, alias «don Justo»: –¿Justo? Decían los lugareños... ¿de dónde...?–. Por eso, por ese bochornoso acto, el honorable señor Cueto era para el pueblo «don Justo». Lo dicho, lo que ya sabemos: la afición inveterada de los compadres era poner motes y colgar «San Benitos» a todo y a todas.

Y en verdad era de admirarse la puntería y la habilidad desarrollada por todos para describir inmaculadamente con un apodo determinado al individuo que carecía de algo o le sobraba algo o que tenía algún defecto físico o que era tartamudo, en fin, que este apodo colgado al juez de «don Justo», venía a calificar adecuadamente a este personaje.

«Don Justo» pues, reportó, tras hondas y científicas y legales indagaciones ese hecho –el «fusilamiento»–, que fueron realizadas en tiempo y forma y como lo contempla el Código Penal relativo –Código que era en realidad su Código particular para usarlo a sus anchas pues la Capital estaba demasiado lejos como para que allá se enteraran de estas minucias rancheras–. Y «don Justo» en su



papeleo citaba leyes, reglamentos y cuestiones jurídicas que se utilizaron en el juzgado Noveno de la Criminal, y quedó asentado en todas las actas, firmadas y cotejadas firmemente que «...esos deshonestos campesinos eran unos revoltosos, malosos, torvos, flojos y descreídos; y que para mayor pena y castigo y para la aplicación estricta de la ley, esos endinos durante toda su vida habían sostenido amistad y relaciones misteriosas con comunistas reconocidos y que esos rojos malvados los habían contaminado en cuerpo y alma. Por lo tanto ese grupillo nefasto y negativo para la buena marcha de nuestro pueblo y de la nación mexicana, siempre estaba con la cantaleta de que “la tierra es de quien la trabaja” y monsergas y consignas exóticas parecidas, y que luego de tantos pecados comprobados, y además con el pecado mayor de no persignarse cuando pasaban por la iglesia del padre Luévano, por ese horrible pecado, el Divino, el Señor, tomó nota en sus cielos y lanzó un rayo justiciero, apuntó su espada flamígera sobre las negras y terribles conciencias de estos pecadores, cuyas faltas atroces les fueron llenando de humo sus cabezas, los pecados atormentaron sus conciencias, tanto así que decidieron quitarse todos la vida, pues su presencia física sobraba en este mundo recto. Resultado oficial: “Suicidio colectivo”.

»El médico legista informó que cada cuerpo presentaba orificios de entrada y salida de más de cinco proyectiles, o sea –añade «don Justo»– que se ensañaron con ellos mismos y se mataron ellos mismos con la saña característica de estos hampones».

El documento legal y oficial terminaba con «Firmado que fue por mí, el honorables juez Diego Cueto, el pre-

sidente municipal, y tres testigos de calidad, cuyas firmas están al calce. Se extiende el presente documento con tres copias amarillas, legibles todas. Doy fe». (El acta ministerial, para los escépticos y para los investigadores que quieran consultarla, existe todavía en los archivos de la Presidencia Municipal en el libro IV, tomo II a fojas 123 y 124, incisos a, b y c).

Este era el mundo de Miguel González y este episodio del «suicidio colectivo» de los trece infelices, y otros actos similares por lo inhumano, eran parte de la vida diaria de la familia González. Por eso ellos deseaban fervientemente abandonar para siempre aquellas tierras metidas en el rincón más apartado de la geografía mexicana. Querían salir de aquellos lugares en los que el cura y el jefe político y el teniente de la guarnición determinaban la conducta a seguir. Para salir, huir de esa vorágine, para buscar otros horizontes solo esperaban alguna señal y cuando ésta llegara quemarían naves y partirían a otro sitio más benigno. Ya viviendo en la capital, don Miguel no se halló jamás ni bien, ni a gusto. La urbe con su enorme presión lo hacía una más de sus presas. El desasosiego de Miguel se manifestaba en casi todos sus actos. Si en su pueblo las cosas fueron un rosario de sensaciones oscuras, olvidos, injusticias y cerrazones, crímenes y robos, en la capital los acontecimientos estuvieron marcados por la fatalidad. Como resultado de este Vía Crucis y abrumado por la realidad que lo azotaba, Miguel se fue apagando poco a poco, así como se consumen las velas en los novenarios. Después de algunos años su imagen corporal era ya como árbol de desierto o como flor cortada y sin agua; luego una



mañana se quedó como dormido en el pequeño patio de la vecindad, junto al lavadero, a cubierto de las miradas indiscretas por un regimiento bien alineado de tendederos y ropas multicolores.

De la ventana que estaba arriba del sitio donde Miguel se fue yendo, en la ventana del 5 salía una leve música. Era María Victoria que cantaba en la W y en la B grande de México. ¿Esa era la razón por la que Miguel estaba en ese rincón y a esa hora, la «Hora de María Victoria»? Permaneció allí, quieto, como si soñara en el mundo aquél que imaginó en el rancho que lo vio nacer, o ¿por qué no?, quizá se sentía flotando en el espacio y abrazando la cintura de María; deleitándose en las nubes con los arrullos y los quejidos de la voz de la morena escultural. Hasta una sonrisa amable y seráfica le había aparecido en el rostro.

66

• • • • •  
Miguel, acurrucado allí, así, como soñando, nunca se volvió a levantar.

La portera de la vecindad, doña Dolores, que estaba siempre en todo, menos en misa, que miraba con una mirada fría y seca como de monja vieja, que practicaba la medicina de las hierbas ancestrales, no pudo diagnosticarle los orígenes de la tiricia que fulminó al esposo de doña Juana.

El doctor del barrio, Celso Bracamontes, que fue consultado y que llegó con todo y su maletín de cuero, repleto de libros médicos y de frascos y de jeringas y de algodones, tampoco supo cuál fue la causa de aquel extraño deceso, pues ninguna enfermedad visible aquejaba a Miguel.

–No, si le digo que estaba *re sano*.

–Sí, nunca tuvo nada, ni un resfriado, ¿*verdá*, doña Catarina?

–Pues yo le voy a rezar un rosario durante nueve días. No. Sí.

–Mejor le haremos un novenario todas las señoras de la vecindad y nuestro coro será escuchado por don Miguelito, que Dios lo tendrá en su santa gloria, y por todos los ángeles divinos. Sí, ya lo creo.

–Diosito santo, te lo encargo mucho– exclamó doña Juana. En su dolor, doña Juana no atinaba a agradecer aquellas muestras solidarias.

Su viuda, Juana, permanecía ahogada en un suspiro que venía, como lo hacen los suspiros de a de veras, de muy lejos, lejos.



El joven que permanece en la puerta suelta otra vez la pregunta, y lo hace como aparentando cierta calma o como si al hacerlo de esa manera las personas que lo escucharan pudieran deducir con eso que guarda una estrecha amistad con Raúl.

–¿Está Raúl...?

–No, aquí no vive –dice Martha balbuceando y sin abrir la puerta.

–Es que me dijeron en la Voca 5 que aquí me podrían informar.

Martha siente algo extraño en todo esto. Además, siguiendo un natural instinto, reacciona cortante, aunque trata de forzar una sonrisa.

–Pues no, aquí no vive, joven. Perdone que no le abra la puerta, pero entra mucho aire y mi mamá está muy resfriada. Está muy malita. Adiós. Buenos días.

Martha permanece pegada a la puerta. Por un minúsculo orificio que ella había hecho ex profeso para usarlo en estas ocasiones, trata de identificar al sujeto.

Suspira. Escucha lo que sucede al otro lado de la puerta. Pone luego a trabajar su poder de concentración. Quisiera reconocer al hombre que acaba de preguntar por Raúl. Ella ha tratado personalmente a todos los amigos de la célula de Raúl, a los del grupo especial, a los del partido, a todos, y no, por más vueltas que le da a su cabeza no logra hallar a nadie parecido.

–¿Quién era, hija...? –pregunta en un susurro doña Juana.

–No sé, madre, no sé. Nunca lo había visto. Es extraño... –contesta Martha en un tono de voz apenas perceptible.

–¿Extraño...? ¿Por qué...?

–No, por nada...

–Ay, hija. No me ocultes más cosas. Yo sé más de lo que tú imaginas. Sí, ya sé que Raúl y tú están metidos en eso de la gue...

–¡Cállate! ¡Cállate, por favor...! No digas eso, jamás...Y por favor, baja el volumen de tu voz... el tipo ese puede estar todavía cerca...

Doña Juana la obedece. Continúa con la charla en voz baja que permite escuchar el latoso e inoportuno mensaje radial: «Ungüento Penicilina, ah, qué buena medicina...»; y luego el locutor, que no sabe del drama de Martha, con la respectiva voz de tenor antiguo, endil-



ga a los radioescuchas los beneficios y curas mágicas de ese producto. Las almas buenas y sencillas y caritativas, las más inocentes son los mejores clientes del mercado abierto, son consumidores cautivos.

–Madre, nunca, escucha, nunca vuelvas a decir eso, ¿me entiendes? Nunca. Nunca. Tú, querida madre, no sabes nada de nada de lo nuestro con Raúl. Quien te pregunte algo. Quien se acerque a indagar algo sobre mí o sobre Raúl, tú, mamá linda, escúchame bien, no sabes nada. Ya te lo dije... por favor, mamá, nada. Nada. Y nada es nada, ¿sí?, ¿comprendes...?

–Está bien hija, comprendo. No empecemos otra vez a discutir. No te pongas así. Escucha. Yo no sé nada. Nada. ¿eh? Nada. ¿Está bien...? Nada. Mire, señor, yo no sé nada. Mi hija es estudiante. Sale temprano y llega temprano a la casa. Se la pasa estudiando y no le da tiempo para hacer otra cosa que el estudio. Así que no me pregunte más. Pues no sé nada de nada. Y luego, señor, ella, y pregúntele a los vecinos, es muy buena hija. Nos quiere mucho a todos. Ella es muy hacendosa. Me ayuda cuando puede. Y muchas noches lo hace. Lavar, planchar, barrer y hacer la comida...

Ante ese «discurso» y ante la cara de inocencia que pone su madre, doña Juana, la del 6, ante el enorme esfuerzo y la vehemencia que tiene para la supuesta escena del interrogatorio, hacen que Martha y madre se fundan en un abrazo interminable. Abrazo que sella el pacto de silencio que han expresado.

Nuevos toques a la puerta. Las dos mujeres se separan rápidamente. Se sienten como culpables de algo.



Se miran luego una a otra. Su expresión es de angustia. Luego se recomponen.

–Yo voy, mamá. No te muevas. Tranquila. Yo creí que ese hombre ya se había ido. Calma. Voy a abrir y prepárate para las preguntas. Que tú ya sabes cómo contestar...

Al abrir la puerta Martha se topa con los espejuelos y la sonrisa pícaro de Raúl, la chamarra de piel de Raúl y los pantalones de mezclilla más raídos que la raída chamarra de Raúl.

–Invítame a pasar, ¿no? Llevas una hora allí, como estatua, mirándome. Allí parada. Como si yo fuera el diablo u otra estatua de piedra...

–Ay, ay, Raúl, pero qué susto... Pasa. Pasa... ¡Rápido!-. Y Martha, la compañera «Lidia» jala aire con la boca casi totalmente abierta para estabilizar su alma y su corazón y su cuerpo.

–No se vaya, señora, siempre que llego usted se va. De verdad, solo estaré aquí un minuto, se lo prometo...

Doña Juana, a la que le han llegado demasiadas emociones en un día, con un puchero mal contenido y una vaga señal de la mano, da media vuelta y desaparece entre los pasillos de la antigua casa. Casa que debió haber sido muy elegante en la época de Porfirio Díaz, el dictador o el héroe de la Carbonera, o el caudillo, según lo que se sirva en la mesa de Los Pinos. Y según el gusto del presidente y de la consorte en turno. Sí, agua de chía o champaña o chilaquiles o miñones o chiles rellenos o suflé de pescado.

Raúl lleva a Martha hasta el sillón. Lo hace también para alejarse un poco de la puerta.

–Las paredes oyen, camarada «Lidia».

–Bueno, saludeme bien, de beso, camarada «Carlos».

Los muchachos se abrazan y tres besos en la boca amarran el momento y sellan así su vieja amistad de dos años.

–Oye, «Lidia», ¿quién era el tipo que preguntó por mí...? Yo no lo conozco. Lo alcancé a ver cuando él se dirigía aquí, a tu casa. Me dio mala espina. Estaba justo detrás de ese tipo, a medio metro. Me abroché las cintas de mis zapatos. Permanecí agachado unos momentos y...

–Pero, oye, «Carlos», no seas bárbaro ¿Cómo se te ocurre hacer eso...? Es arriesgarse demasiado. Ya ves cómo están las cosas allá afuera. Todo está que arde...

–Sí, pero sin querer yo traía puesto mi disfraz. El tipo recorrió con su mirada a otros muchachos que estaban junto a mí. Me recorrió luego de arriba abajo. Y no le parecí alguien conocido o al que buscaban y se marchó...

Raúl se quita ahora los lentes, se pone una bufanda pequeña, gris y luego de su bolsillo trasero sale una cachucha que su abuelo usaba en otros tiempos, allá cuando trabajaban en el equipo de mentores del general Lázaro Cárdenas, cuando coordinaba en plena sierra de Jalisco y Michoacán a una sección de maestros rurales. De aquellos maestros que lo eran de la cabeza a los pies... De aquellos maestros que enseñaban a cantar a los párvulos el himno cadencioso a un bien, a una propiedad del Estado, a lo que era propiedad de la Nación, o sea, la propiedad del pueblo:



«Hoy el petróleo, es gran tesoro, es gran tesoro de nuestra nación...». Y también salía al aire el himno de los trabajadores: «Labor potente y fiel que nos levanta para la emancipación...». Sí, maestros que recorrían a pie distancias enormes para arribar al pueblo o a la rancharía que les era asignada e impartir allí a esos niños, a esas niñas gentiles todos sus conocimientos. Y hablaban a los atentos infantes sin jadeos ni estridencias en aquellas aulas de adobe y cal y tejas. A sus cálidos oídos, esos maestros rurales les hacían llegar a los párvulos, les hablaban de las enseñanzas de Martí, que era un gran patriota que luchó para liberar a su pueblo, a su Cuba del alma. Y los niños sabían de las cosas de Juárez y lo que hizo por su México, junto con los hombres de aquella adelantada Reforma juarista. Se enteraban de las luchas interminables de Morelos. Conocían el verbo y las lecciones de Tagore. Discutían las hazañas de Bolívar. Los más pequeños leían el libro «Rosas de la Infancia».

Y estas y otras escenas que el abuelo de Raúl le describía, le parecían lecciones más que valiosas. Y Raúl, también niño, lo recordaba con gusto, por cierto, eran las tardes que en la ciudad de Veracruz pasaba durante sus vacaciones escolares con el abuelo Vicente Espejo, al que los avatares post-cardenistas lo habían llevado a ese puerto jarocho y que esto, esta otra historia constituía una historia aparte.



# *Cedillo*

Vicente Espejo era un hombre al que le gustaba mucho hablar y hablaba de todo.

Y había que escucharlo cuando narraba las gestas de los hombres de la Reforma, había que ver el calor, la enjundia que ponía en cada frase.

Escucharlo era todo un espectáculo. De hecho, cuando tocaba esos temas, se transformaba y parecía un tribuno romano salido de un grabado de Doré.

Sentados en una mesa del Café de La Parroquia, las anécdotas fluían sin cesar.

El café con leche y los panes y la algarabía propia de los lugareños, el son y la música jarocho acompañaban y bien y sin gateos, a estos dos hombres.

Uno de ellos realizado en las ya lejanas luchas revolucionarias, y el otro, el joven, ansioso de saber más, ávido de participar en todo lo que fuera una lucha social por la que Raúl sentía que debía dar su vida, si eso fuera necesario, para gozar con el triunfo de la lucha y ver con

claridad y transparencia los asuntos de la república, y tener como norma de conducta la búsqueda y la aplicación de la justicia social y que ésta se gozara en cualquier nivel –social o económico– en el que se viviera, y que todos, absolutamente todos pudieran beneficiarse con los logros alcanzados por un gobierno honesto y a la vez cobijados para obedecerlo con una Constitución que reflejara en su postulado todas las luchas emprendidas para lograr esa igualdad republicana.

–Mira, Raúl, te cuento. Acomódate bien. Saborea tu café: «El Cedillazo» fue una página en la historia nuestra muy interesante. Me explico, Cedillo fue un pobre diablo, un cretino, un hombre de fuerzas e instintos primitivos, era un asesino a sueldo, como se dice. Y este individuo fue, imagínate nada más, la gran esperanza de los fascistas, era el hombre indicado para encabezar la reacción nacional y hecho a la medida para trazar y lanzar «línea» a los curas despistados.

Nadie, ningún hombre importante y con cinco centímetros de cabeza lo siguió en aquella aventura descabellada que emprendió el 27 de abril de 1936.

Por unos fue visto –sujétate bien a la mesa– como el Franco español, el amigo de Hitler, o como el nuevo Mussolini, y claro, para muchos era el doble de Hitler; y visto por otros como el vengador y restaurador de los intereses afectados de los dueños extranjeros de las expropiadas compañías petroleras. Los mandos financieros y las altas esferas eclesiásticas lo tuvieron como un gran líder. ¡Vaya cosas! ¡Vaya que hay mentecatos en este país! ¡Vaya que hay «vende patrias» a montón!

Ante eso, ante esa barbarie, creo que otros comentarios salen sobrando, ¿no? Y ahora sigue algo bueno, creo yo. Mira, esto es parte de un todo. Sí, voy a adornar estos pasajes. Le voy a poner algo de miel. No me salgo del tema principal, no... Escucha bien, pues no debes olvidar jamás que en esos días José Clemente Orozco pintaba en Guadalajara «El circo y las luchas fratricidas». Cuando tú puedas debes ir a esa ciudad, a la llamada Perla de Occidente y observa y estudia bien ese mural y grábatelo en la mente. Vale la pena hacer ese ejercicio. Es pintura mexicana. Es la pintura del llamado «Uno de los tres grandes». Esos tres grandes, te lo recuerdo, eran Diego Rivera, David Alfaro Siqueiros y el mismo José Clemente Orozco. Y siguiendo este tema de la pintura, Raúl, será necesario que te acerques –sí, hazlo, por favor, no todo es en la historia nuestra torpeza, traición y muerte– y llegues con pasión a Siqueiros y abreves en Diego y en lo que significan para el arte y para la identidad nacional. Son personajes muy importantes para la historia post-revolucionaria. Estudia el muralismo mexicano. Te llenarán de castas ilusiones. Hazlo...

Desde luego que el movimiento plástico era fuerte, que calaba hondo, estos tres mosqueteros lo encabezaban. Pero, en más de un sentido esta llama era avivada, claro, por otros grandes creadores. Sí, nadie iba solo en el camino revolucionario.

Comprenderás que había otros creadores que estaban presente con su obra magnífica. Estaban sus grabados, su pintura, su escultura, su danza, su música, su poesía, su literatura, grandes creaciones que llenaron



aquellos espacios vitales que el pueblo necesitaba para su recreación y para el goce pleno del arte popular.

Ya otra tarde te hablaré de ellos, de sus logros, de lo que significó su propuesta estética que le dio una cara al movimiento social, y de cómo esas –sus propuestas estéticas– contribuyeron, en su medida, a crear una, como te dije, una identidad nacional. Colaboraron para que los mexicanos de esa época tuvieran una idea más clara de lo que era tener una conciencia nacional y para entender un poco más, con esos medios culturales, con esas obras, lo que significaba el ser mexicano.

Así, que, Raúl, como digo, otra tarde de café me entenderé sobre este tema.

Ahora agrego esto: revisando el pasado grande y tormentoso a la vez de estos pintores te enterarás de cómo otros creadores, como Yáñez, como Rulfo o impulsores decididos y dinámicos como Vasconcelos y como Arreola, y como Chávez, y más, muchos más, y mujeres como Frida, y muchas más, digo, forjaron una imagen de la patria. Raúl, te digo que el conocimiento nos lleva de un lado a otro, el saber es como beber agua en un día de calor, nunca te llenas. Y entonces, necesitamos saber todo lo que en el mundo pasa. Es claro que nuestra nación tiene escritas páginas en las que están registrados acontecimientos que pueden ser buenos, otros son negros como el hollín. De toda hay. Las páginas negras las escriben los personajes como el tal Cedillo.

Las páginas blancas las escriben nuestros creadores, como arriba lo cité.

Y todo está ligado, todos deben participar, el cura humilde y sencillo, los hay, pocos, pero los hay, y el lego



y el pintor, el abogado, el escritor y el ama de casa, el sabio y el campesino deben ser los constructores que la nación de hoy necesita.

Ten en cuenta eso. Somos muchos los que estamos en la batalla por tener un México digno. Millones de mexicanos formamos parte de este todo luchador. Con la lucha revolucionaria debemos hacer a un lado a los enemigos de la libertad y de la justicia. No sé si con las armas, pero yo, que no sé disparar con ellas, disparo con mis ideas.

Y ante la narración bien hilvanada y hasta sabrosa, dicha en tono y volumen de tenor de ópera y adornada con movimientos de brazos amplios y poniendo el gesto adecuado según lo que se tratara, de ira o de odio, de calma o de tristeza, de risa y alegría, Raúl, ante ese teatro real y verídico, viajaba a los lugares descritos por su abuelo. Veía a los personajes citados, y las efemérides le sonaban a los oídos como música celeste y dejaba correr su imaginación y ante sus ojos aparecían las escenas narradas como si fueran tomadas por una película a colores y esas escenas tenían, a un mismo tiempo, el realismo y la magia que había en las clases que impartían los maestros rurales y cardenistas del ayer.

Raúl hacía la comparación obligada del hoy y del ayer, el resultado no era el deseado, faltaba –hoy– el estilo bravo y candoroso y entregado del ayer.

Hoy las materias escolares y las formas y la manera de impartirlas por los maestros ya sindicalizados, ya no son rurales, ni viajan a pie muchos kilómetros en la sierra y con un salario bajísimo, ofrecen a los ojos de Raúl un contraste abismal.



Claro que los miles de maestros no son enteramente culpables, no, hay una gran culpa del sistema oficial que agrede las formas y que lleva a esta debacle.

O, dicho de otra manera, la derechización hizo presa a la educación pública.

Vicente, el abuelo, era otro ser cuando hablaba de estos temas candentes. Basaba además sus narraciones en los libros más respetados de la historia y para corroborar algunos de estos pasajes lo hacía con documentos relativos que él poseía, y los sacaba de su saco de mano como lo haría un mago que se respete al sacar los conejos del sombrero.

Vicente sacaba aquí o allá un legajo que tenía en copias facsimilares, y en otras ocasiones mostraba documentos originales, valiosos de por sí, los cuales había adquirido en sus largas correrías por los pueblos de diferentes estados de la república.

78

A menudo el café de Raúl se enfriaba y no le importaba cambiarlo o pedir otro más caliente, pues no quería, por ningún motivo perder una sola de las palabras de su abuelo. Aquella o cualquiera otra de las narraciones le sabían mejor que cualquier galleta embetunada, sí, le eran más sabrosas que las charamuscas y más rica que cualquier concha, hojaldre, sema o café con leche.

—Sigo con el tema que empecé a esbozar, Raúl: esa revuelta inútil, te repito que Cedillo era un general revoltoso e ignorante, fue sofocada en unos cuantos días.

Mira, empezó el alzamiento en forma deslucida, sin batallas propiamente dichas, solo una que otra escaramuza sin valor militar alguno.

Cárdenas estaba fuerte como presidente de la república, además no era lo que se dice un coyón ni nada que se le parezca, sino todo lo contrario, sabía enfrentar y resolver las situaciones por adversas y peligrosas que estas pudieran ser y era un hombre con los valores republicanos bien puestos. No dudaba, no se confundía, él podía dar golpes al timón para enderezar la nave, no era de los que dicen una cosa y luego hacen otra fatal.

Así pues, el tal Cedillo acabó sus días de la manera como a un hombre como él le estaba dado: un pelotón de fusilamiento. La poca tierra que levantó su cuerpo al caer fue suficiente para llenarlo de polvo. Lo cubrió el polvo de la ignominia, y el desprecio popular cubrió para siempre los restos de ese hombre que no supo serlo.

Fue, en todo caso, una vergüenza para el ejército. Sí, ese hombre, Raúl, nos hizo pasar a todos un mal rato. Un mal rato pasajero. Nada más.

Hoy, pasado el tiempo de los levantamientos, de los pronunciamientos de los generales, hoy apaciguados los ánimos, calmadas las envidias, hemos tenido gobiernos encabezados por ciudadanos, los militares ya no han incursionado ni dirigido sus obuses a la presidencia de la república, y ojalá que no vayan a intentarlo porque provocarían un movimiento y un malestar enorme de no muy buenas trazas. Despertarían al México bronco. Mejor que sigan allí, en sus cuarteles y que a nadie se le ocurra sacarlos de allí. El que lo haga sufrirá las consecuencias. Al tiempo, Raúl, hay que estar atentos al tiempo y hacer caso de las lecciones de la historia.



Raúl grababa en lo más hondo de su memoria estas aventuras revolucionarias que lo hacían estremecerse de pies a cabeza y que además le servirían para aplicar lo sustancial y más ejemplar de ellas en las acciones que en el futuro él emprendería. De eso, de que Raúl estaría presente en acciones que conmoverían a la nación, estaba seguro.

Martha, la compañera «Lidia», lo observaba. Y sí, había un cambio sustancial y efectivo en su apariencia. En realidad, aquello era asombroso. Raúl con lentes y puesta su chamarra diluida no era el mismo. Desde luego que no. Nunca, ni fijándose bien. Raúl era otro con chamarra, pero con bufanda al cuello y cachucha y sin lentes. Pocas veces se puede lograr un cambio de personalidad con solo unas prendas como la bufanda y la cachucha. Y Raúl disfrutaba el cambio de personalidad.

80

• • • • •  
Así era el camarada «Carlos».

Martha ríe con esa risa tierna y emotiva de una joven enamorada y entregada a sus ideas revolucionarias. Martha, sin dinero, sin coche, sin maquillaje y sin vestidos nuevos para las fiestas. Bueno, al cabo a ella no le gustaban estas reuniones que no tuvieran un fondo político y detestaba las juntas con música estridente que no permitía cruzar ni oír dos palabras con nadie. Esto solía decirles a sus amigas más cercanas cuando la invitaban a salir.

Lo que a Martha le gustaba era el estar con Raúl, con el camarada «Carlos». Eso le bastaba, eso la llenaba de satisfacción.

Su mundo empezaba con las ideas de lucha, con la necesidad histórica de lograr un cambio profundo en

las injustas relaciones sociales y resolver las contradicciones que la rodeaban a ella y a miles de hombres y mujeres. Para ello era necesario conocer más y entender todo lo que sucedía en el panorama nacional. Había que profundizar lo bastante para apreciar en su justa dimensión el estado de cosas que imperaba en esos cruciales momentos. Por ejemplo, las presiones de los grupos de poder, por el embate de la derecha para minar el espíritu de clase y la unidad de los trabajadores, por ejemplo, y por mencionar solo un aspecto: la lucha; comprendidos estos problemas la hacía clara y casi sencilla, de manera tal que la táctica para contrarrestar esas influencias de las élites en el poder se facilitaba enormemente. Y en el Comité se decía y se argumentaba bien que, si seguía aumentando la explotación irracional y la entrega del país a consorcios extranjeros, la lucha sería más fácil. También pensaban que si esa presión empresarial subía de tono, si seguía el atropello a las conquistas laborales, si se continuaba con el reparto injusto de la riqueza, ello, en alguna medida, generaría en los obreros, en los trabajadores del campo y de la ciudad un movimiento que los lanzara a reivindicar sus luchas y a darles una razón de ser. Sí, estos factores, estas circunstancias pesaría en la evolución de los acontecimientos, porque de seguir imponiendo, por parte de los patrones y la clase en el poder, condiciones desventajosas y duras para el pueblo, eso ayudaría a crear una conducta unitaria de rechazo y quizá, «Carlos» y Martha y todos en el Comité tenía esperanza en ello, esas contradicciones bien pudieran impulsar una explosión profunda. En realidad, ya había síntomas de que se gestaba un gran rechazo a la



imposición de medidas que ataban los derechos ya conquistados. El clima político imperante no favorecía las reivindicaciones sociales y, además, había que agregar ante la descomposición y corrupción, que había en los grupos gubernamentales, ante la represión institucional, ante los despidos injustificados de los trabajadores, ante la impunidad, el resultado era, por necesidad, favorable a la causa.

Para algunos de los miembros del Comité de Lucha solo era cuestión de saber esperar el momento propicio para actuar, y esa espera enriquecedora la tomaban como otra forma de lucha. La espera era para preparar políticamente mejor a todos los cuadros. Otros líderes del movimiento de liberación, y de acuerdo con lo anterior, pedían trabajar sin descanso y moverse y actuar ya por todos los espacios disponibles y dar a conocer por todos los medios posibles los motivos de la lucha. Unificar las múltiples acciones populares, unir a los grupos vecinales y a la población marginada y hacerles ver las enormes contradicciones que estaban visibles. Con esta realidad establecer un frente común.



# *La revolución traicionada*

El mundo feliz de Martha lo constituía el grupo de élite de Raúl «Carlos» que, a fin de cuentas, todos ellos luchaban, cada quien, en la medida de sus posibilidades, por lo mismo que ella luchaba. Y ese mundo era mejor cuando lo tenía cerca, cuando Raúl sonreía. Cuando Raúl hablaba con pasión sobre los motivos de la lucha, era otra, cuando Martha escuchaba los sueños de Raúl, ella soñaba con él. Cuando Raúl le acariciaba el rostro y le decía cosas bonitas con esa voz que le llegaba al alma, voz cálida y envolvente, y esa voz juvenil le hablaba y le explicaba profusamente cómo había que cambiar al mundo. Sí, qué caray, no nada más cambiar a México, no, qué va, cambiar al mundo, cambiar a todos los gobernantes que engañan, que matan jóvenes, que mienten a los campesinos, que reprimen a los obreros por el delito de pedir justicia. Acabar de una vez y para siempre con los

ejércitos y sus generales que roban e invaden tierras comunales, que destruyen ejidos, que tortura a hombres y mujeres inocentes, que ametralla a estudiantes, que golpean a los médicos y a los ferrocarrileros. Y Martha comulgaba con las ideas de los «Raúles», de los ««Pedros», de las «Tanias». Ellos, por la pureza revolucionaria de sus sentimientos, por la dignidad y alcance humano de sus principios, por su valor republicano y por la justicia de sus propuestas se impondrían a la camarilla que se había instalado en el poder desde varias décadas atrás y que, era un hecho más que visible, habían traicionado a la Revolución Mexicana. Para empezar –razonamiento que era compartido por decenas de miles– México ya no era un ejemplo para los países latinoamericanos pues había perdido su prestigio revolucionario, había dejado de lado sus propuestas sociales y su gusto por los valores norteamericanos determinaron un cambio notorio en esas apreciaciones.

Y el camarada «Carlos» y todos, en realidad, decían que cuando se observa la distribución del ingreso y se ven las insuperables diferencias que hay entre la población campesina y las clases dominantes, cuando se aprecia que el ingreso medio de una familia solo sirve para no morir de hambre; cuando se ve que la miseria late en todos lados, es cuando surge la aseveración: la Revolución Mexicana ha sido traicionada. Traicionada, por lo tanto, fracasada pues lo que le dio origen y sustento: el mal trato gubernamental, la desigualdad, la injusticia, la situación trágica de la gente del campo, la explotación de unos cuantos a unos muchos era a los ojos de los jóvenes que lucharían para rescatar los valores perdidos,



sueño difícil, pero que se puede convertir en realidad. Por eso mismo murieron ya millones de mexicanos, pero la lucha final, hoy, ha sido inútil. Hoy las cosas se muestran igual en su injusta dimensión. Pero también los líderes eran conscientes de que, en un análisis profundo, la Revolución Mexicana solo había logrado avanzar del desarrollo colonial al desarrollo nacional, y había que aceptarlo, fue un movimiento semicapitalista.

Sí, decía «Carlos» y todos lo aceptaban, el movimiento revolucionario había logrado salir de un pequeño grupo de empresarios mexicanos y extranjeros, funcionarios, militares y latifundistas, para llegar a hacer más grande, más numeroso ese grupo de privilegiados. Los beneficios a los marginados llegaban a cuentagotas. La Revolución Mexicana traicionada. Ahora, sabiendo eso, el Movimiento de liberación iba a corregir las desviaciones. Y agregaban que la Revolución Mexicana ha regresado al punto de partida, ha arribado, ha «recuperado» –ironías de la irónica vida mexicana– algunas formas porfiristas. La contrarrevolución está presente, gana batallas, se aparece en todos los ámbitos. Los pequeños productores son explotados mediante el binomio banca-gobierno, los ejidos deteriorados, vulnerados, caen presa de los terratenientes y los fraccionadores neoliberales.

Este caos, claro, ayudaría hoy a establecer un frente de combate mucho más amplio y con bases más sólidas para triunfar.

Sabían los líderes que de aquel nacionalismo que protegía al campesinado y a los trabajadores se pasa al maridaje con los designios del FMI y la aceptación lla-



na del gobierno en turno. Del capitalismo mexicano se pasa sin pudor al capitalismo extranjero. De las expropiaciones que constituyeron la forma de capitalización nacional se pasó a la venta al mejor postor, como si fuera subasta navideña, de todos los activos de la nación. De la economía que se sustentaba en parte por el producto de las empresas paraestatales se pasó a depender de la economía norteamericana, endeudando para siempre el país.

Esta exposición de hechos fue tomada como estudio cabal por los compañeros de Raúl y fue una revista, Cuadernos Americanos, en donde el maestro Pablo González Casanova dio a conocer la realidad imperante. Este artículo del maestro fue leído y fue tomada como un faro que iluminaba a los sindicalistas y todos los que formaban el Comité Central. Era un arma formidable.

86

Y agregaba en su escrito el maestro Casanova: «...Y dentro de este proceso de compraventa surge el peculado, que es una de las lacras más comunes y una característica del sector gubernamental, el peculado, la inmoralidad, acompaña a los gobiernos posteriores a la Revolución y llega a niveles más que vergonzosos, pero ellos, los muchachos en pie de lucha, tienen arrestos y tienen la fuerza y el vigor y la organización y las bases construidas con los golpes diarios»; lo que expuso el maestro Casanova.

Ellos sabrán aprovechar la experiencia dejada por todos los revolucionarios que los antecedieron: Martí, Mao, Sandino, Ho, Che. Sus lecciones, sus teorías y sus luchas serían tomadas en cuenta.

Esos hombres que habían dado todo por las causas populares, que dieron su vida y sacrificaron su futuro, no lo hicieron en balde.

Aquí estaban hoy los jóvenes herederos de Morelos, de Zapata. Ellos, hoy, querían otro futuro, lucharían por construir otro país. Lucharían por tener otra realidad mejor que la que los avasallaba, lucharían por implantar un modelo económico basado en el reparto justo de la riqueza.

Y ellos no iban a comenzar una lucha basada en quimeras o en planes flojos o llevados por una utopía. Ellos no podían cometer los mismos errores que echaron abajo los ideales de la Revolución Mexicana. Aprovecharían las tácticas y hechos de otros luchadores sociales. Ellos, se decían así mismos, eran el resultado de la experiencia histórica, del trabajo en equipo, del sano ejercicio de la crítica y la autocrítica que en sus actividades colectivas y personales todos ellos practicaban.

Insistían en que todo en lo que se basaban los gobernantes para la explotación y el saqueo debería ser cambiado. Ellos –luchadores– serían un factor importante para lograrlo. Ellos, con su trabajo tenaz y prolífico y la labor de hormiga en los gremios en los que darían a conocer los puntos medulares de sus propuestas de cambio, provocarían una irreversible toma de conciencia. Les harían saber a todos que su programa de lucha estaba sustentado en todas las contradicciones reinantes y aprovecharían las experiencias de otros procesos revolucionarios que a lo largo del siglo XX se fueron dando. Y que además muchos pueblos de otras naciones



comenzaban a zafarse los yugos que los oprimían. Se gestaba una liberación mundial.

Así que una tarea impostergable era la información. Decían ellos que la peor política es la que no se explica y no se da a conocer profusamente. Insistían en decir que cómo era posible que estando a casi treinta años de finalizar el milenio y con una revolución social –que fue la primera del siglo– que había costado miles y miles de muertos, cómo era posible que el hijo de un campesino llegara a tomar clases en la lejana escuela de la montaña, sin haber probado un alimento sólido; o que la hija de la vecina, que llegaba al salón de clases con un café negro y dos tortillas quemadas en el estómago. O el de aquellos hijos de un obrero despedido que se pasaban el día entero con un taco de frijoles con chile, y así con esa alimentación, nadie, jamás, podría aprender ninguna lección de la maestra, pues toda la mañana esos niños hambrientos se quedaban dormidos sobre el mesabancos para espantar el hambre, para poder soñar, y si el sueño los llevaba a mesas y restaurantes de lujo, como los que salen en las películas y en donde los comensales ya hartos de tanta vianda, llenos sus estómagos de panes exquisitos, paladeando postres maravillosos y hartándose de helados de colores y sabores de cuento, hartos de todo, dejaban luego con displicencia platillos y guisos deslumbrantes casi sin probarlos; y si eso hacían los comensales, qué mejor cosa, habrá algo para comer, habrá comida maravillosa, se decían en sus

sueños esos niños abandonados. El sueño es mejor que la vida. Qué bonito seguir ese sueño, qué alegría sentían las niñas y los niños desvalidos pues todas las sobras, todos los magníficos desechos serían para ellos solos.

Lo dicho, la Revolución Mexicana traicionada.











# *El escondite*

Esa noche había gran actividad en el barrio. Pero eran movimientos algo extraños para los ojos avizores de Raúl «Carlos» y «Pedro», quien, por lo pronto, y para prevenir cualquier sorpresa desagradable, mandó llamar a los integrantes de su célula para que se reunieran en la azotea de la vecindad donde se ubicaba el cuartel de operaciones. El lugar era un sitio ideal –sentimiento compartido por todos–. Era una azotea como las miles que existen en la ciudad de México: tanques de gas doméstico oxidados y amontonados por doquier, basuras, colchones rotos y muebles desvencijados, botes de lámina que en sus buenos tiempos sirvieron para transportar alcohol de 96 grados y que, a su vez, los cargadores y chalanos del rumbo, vertían con fruición en sus vasos de *pecsi* o en las tazas de café negro, y ese «combustible», ese brebaje les caía de perlas en aquellas ma-

ñanas frías del rumbo de la Merced, y ese fuego les daba fuerzas para iniciar las faenas cotidianas.

Luego allí, en el cielo de la vecindad, los tendaderos se curveaban con el peso de la ropa, y los lavaderos con sus jícaras, con el agua de las llaves oxidadas, los jabones, las lejías y unos tablones que hacían que las lavanderas sobrellevaran lo duro del cemento del piso, y las llantas inservibles, los objetos de hojalata, los triciclos abandonados, los envases de refrescos, los cascos de las cervezas, las roídas cajas de cartón, tablas y hierros retorcidos constituían el escondite perfecto.

En esa azotea, en la barda, hoy, es donde «Pedro» está sentado. Y recuerda cómo el sitio era bastante largo, más largo que ancho. Por un costado comunicaba con una vieja casona que era habitada por unas ratas del tamaño de un conejo de engorda; de hecho, cuando el camión recolector de basura recogía los bultos, los estibadores alertaban a su compañero de faena gritándole: –Aguas, ahí va un conejo.

Al final, al fondo, o sea por la parte trasera, la azotea comunicaba con algunas bodegas de frutas que a su vez tenían varias y laberínticas entradas y salidas. Todo eso estaba que ni mandado hacer para la estrategia y cuidado de ellos, de sus vidas. Sí, aquello era el lugar idóneo para conservar el anonimato. La entrada a ese lugar solo la podían hacer por una casa abandonada y derruida y por una especie de pequeño callejón que formaba la pared que daba a la vecindad. Sí, nadie se podía percatar de que alguien pudiera entrar o salir.

Podían salir huyendo en caso de peligro y difícilmente los podrían detectar. Bastaba una carrera por los

recovecos de la azotea y luego bajar y poder salir por las calles y callejones y perderse por la multitud de vian- dantes. Este barrio fue creciendo en la época colonial en donde la línea recta no era el fuerte de los albañiles.

Y luego, ya libres, mezclarse con los vendedores y con los compradores. Y si el dispositivo represivo era fuerte, había que continuar la carrera de escape por entre los otros patios o por las distintas azoteas de las ve- cindades. De una azotea se podía dar un salto a otra y luego un brinco más largo y caerían entre las cebollas y las papas y los plátanos y los jitomates y de allí, de esta correría vegetal, dar unas zancadas y aparecía en todo su esplendor la transitada calle lejana; y mucho ayudaba a permanecer ocultos el que las banquetas estuvieran llenas de puestos de vendedores de todo y de más, de caro y barato, de originales y de copias perfectas.

Así que después de cuatro suspiros y tres sustos y veinte saltos y cincuenta pasos, era un alivio no ver a los «judas», y los jóvenes que huían ahora estaban en los puestos de sopas y garnachas y de chelas y memelas que, aunque la «tira» continuara con su persecución y se pudieran topar con los fugitivos, «Pedro», «José», o «Car- los», permanecían impávidos, sentados y comiendo los sopes y los tacos de carnitas. Claro que ponían cara de «yo no fui». Y sí pedían la comida corrida de doña Chona cuya especialidad eran los nopales enteros rellenos de carne molida, y untados con frijoles refritos, platillo bien picoso y preparado con amor al arte culinario de su pue- blo natal, que con todo y amor, de todas maneras, hacía llorar a los comensales.



Aquellos laberintos tepiteños eran sus ángeles guardianes, y podían escabullirse y esconderse entre la ropa usada, pero ropa hecha, eso que ni qué, en los meros «Estates» de la colonia Juárez. Y para mejor disimular se probarían los zapatos italianos hechos en China o toparse con los perfumes de Francia hechos en la Bondonjito por el compadre de «José», y más allá se podían admirar los collares de plata y perlas cultivadas en Indonesia esquina con Japón; y poder tocar los brocados de la India confeccionados en la colonia Moctezuma, y ver las chácharas, las refacciones usadas, las partes robadas la noche anterior a los autos que ronroneaban por la Ciudad de los Palacios, y los marchantes y las señoras comprando, y luego los ruidos y los gritos de los merolicos tempraneros: «Que no le digan que no le cuenten que la luna es de queso, calcetines de a peso».

96

• • • • •

Y en aquel fantástico barullo las señoritas del lugar o que habían llegado de Oaxaca o del estado de Guerrero vendían placer en cada esquina, como dice una canción. Luego de ese tráfago aparecía plena y pura la gran avenida que cruza la colonia, en donde bicicletas cargadas eran conducidas con rapidez zigzagueante, y los taxis bajaban o subían pasaje, y los camiones de carga rugían con toda su potencia de cientos de caballos desenfrenados, y los autobuses de servicio urbano que se movían a sus anchas, y las motocicletas y los diableros, y una que otra patrulla con los «cuicos» dedicados a la institucional labor del perro. Todo ese mundo de algarabía y de vida citadina a los jóvenes de ese comando los hacía sentir seguros.

No en balde habían estudiado el lugar durante varios meses, y no en balde tenían el sitio como solución alterna para lograr que la huida fuera perfecta. La brava y cercana, la indomable y siniestra zona de la Candelaria de los Patos, estaba situada justo a espaldas de su barrio.

Durante las prácticas de ataque/huida/salvamento, alguno de los muchachos se apostaba en una esquina, habiéndole tocado la mala suerte de ser observador, de ser el «mugroso tira», y otro joven que la hacía también de «judas» practicaban el simulacro de perseguir, y el compa guerrillero urbano era el perseguido, el que tenía que huir, el que tenía que desaparecer. De manera tal que al presentarse el «judas», el compa debía poner los pies en polvorosa. El más nuevo en el grupo era la «tira» perseguidora quien por más esfuerzos que hacía nunca lograba saber por dónde se había escapado el compa. Éste desaparecía como desaparece la cartera de un distraído paseador, sin dejar huella alguna. Sí, ese era el lugar adecuado. Allí estaba el cuartel. Allí podían respirar.

Ese día se mostraba inquieto. Los diarios habían publicado la noticia de que un grupo de muchachos había sido detenido por un pelotón de soldados y que fueron conducidos al siniestro Campo Militar número uno. En los interrogatorios, en ese ambiente cruel, insano, ruin, pleno de arbitrariedades, en aquel maquiavélico lugar de los milicos enfurecidos, y cuando los jóvenes golpeados estaban en una agonía por el dolor, se decían a sí mismos, se repetían como oración salvadora, como vacuna contra ese dolor, como salvaguarda para resistir



todas esas horas mortales: «yo nunca los he visto entrar en el Pedregal, pinches soldados de mierda, ni los he visto con la bayoneta calada meterse a las casas de las colonias de lujo, como lo hacen en nuestras vecindades, en nuestras comunidades, no los he visto invadir las universidades de paga». Los golpes y las torturas eran una realidad latente. Ese era el «precio”» que había que pagar si eran detenidos.





# *El béisbol*

La situación era incierta, peligrosa para «Pedro» y para «Carlos». Cuando ellos se enteraron de lo que había sucedido en el Campo Militar –de la confesión de un compañero– de inmediato salieron de la junta que había en la Voca y quisieron encaminarse hacia la sede del Comité, pero notaron ciertos movimientos en la calle que los hizo estremecer. La escuela estaba siendo rodeada por unas tanquetas verde olivo y con pintura de camuflaje de guerra. En realidad, era la guerra. Quizá esto constituía el principio del fin. Eran, en trágico balance, las bazucas contra las resorteras, las bayonetas contra las mentadas de madre, los rifles contra los ladrillos, los molotov contra los obuses, las granadas contra los puños.

Pasados los primeros segundos notaron que cuatro individuos se acercaban a ellos. «Carlos» reconoció a la distancia al mismo sujeto que lo había buscado en la casa de «Lidia».

A volapié abordaron el autobús Santa María la Redonda y anexas. Por la ventanilla alcanzaron a ver cómo

sus perseguidores lo hacían en un auto negro y sin placas. Después de recorrer unas calles, con el autobús dando saltos, los pasajeros dormitando, el chofer entretenido en mentárselas a los taxistas atrabancados, «Carlos» y «Pedro» tomando una rápida decisión, se citaron para verse minutos después en su guarida. Se despidieron con un leve movimiento de cabeza y escalonando sus bajadas, cada uno fue huyendo del peligro. Enfilaron por rumbos distintos. «Pedro» era bueno para correr. Volteó para atrás. Nadie lo seguía.

Por algún hecho fortuito el ómnibus que los transportaba, ante el caótico tráfico, se había perdido a los ojos de los hombres del auto negro.

«Pedro» respiró profundamente cuando estaba acurrucado en su guarida en su azotea querida, en su quinto cielo. De todos modos, su mente trabajaba con celeridad para adecuar y resolver el problema que las actuales circunstancias planteaban. Necesitaba reflexionar para medir el peligro y tratar de tomar las acciones pertinentes. El tiempo apremiaba y Raúl no llegaba. Raúl era el encargado de hacer el enlace con los demás dirigentes. «Pedro» tenía esperando ya una larga hora. Su respiración se había asentado. De pronto entró en su mente y se congratuló por ello, pues eso lo tranquilizaba un poco y, además, en realidad, ese era el método que él usaba para relajarse y pensar mejor las cosas. Era una disciplina adquirida en las largas hora de tedio en la montaña, esa era su cura, su terapia intensiva: entró en su mente el tema del béisbol, de cómo su afición al *beis* lo había llevado a vivir momentos de angustia, por demás innecesarios. Pero también, se decía a sí mismo,



como para convencerse, de cómo privarse del espectáculo que existe alrededor de este deporte. Y cómo prescindir de las tortas cubanas acompañadas de la espumosa cerveza servida en vaso grande de cartón encebado, y cómo no engullir las papitas fritas salpicadas con chile piquín y un poco de limón y sal, y cómo no sentir la emoción que produce el jonrón con casa llena. Y la algarabía que provoca. Y el sonido seco, sordo del bate al chocar con la pelota, y ver y seguir extasiado la bola que se eleva hasta perderse por las nubes y allí en los cielos tentalea esa pelota a una estrella vespertina y se mezcla con ellas en el horizonte.

Y luego ver la mirada triste del pitcher que ve rotas sus ilusiones de terminar ese juego con la euforia de lo que parecía, antes de ese cruel batazo, un triunfo seguro y ahora tener que conformarse con ser relevado y ser enviado, sin más preámbulos, a las regaderas del estadio. Ese rictus del lanzador golpeado en su orgullo de atleta era la imagen misma de la desolación, y por contraste, la alegría inacabable del equipo contrario puesto en pie y formando la tradicional valla del comité de recepción para el «vuelabardas», para el cañonero cuarto bate. Y los aficionados chocando las palmas de sus manos, riendo, celebrando, deleitándose con un refresco frío o tomando del alcatraz de papel de estraza las pepitas que saben a gloria. Los partidarios del equipo ganador, gozando hasta el cansancio ese momento histórico, lanzando algunos de ellos las gorras al espacio, otros gritando que su equipo era el mero mero, que nadie, ni el «tim» (*team*) –exclamaba el dirigente de la



porra y poniendo énfasis en la pronunciación-, escúchenme bien, gritaba, ni el «tim» (*team*) más pintado y más rico del mundo podría detener su marcha triunfal que culminaría con la obtención del gallardete de la liga en disputa.

Multitud bullanguera, pueblo abigarrado, el del *beis*, que con esta fiesta gana lo que en la vida real pierde. Euforia y triunfo momentáneo que, a esa gente, fuerza es decirlo, le da alimento para la semana que viene, y cuando esta llega, llega con taxis caros y para amolarla con taxímetros arreglados. Y a esto habrá que señalar que los camiones de servicio colectivo, van saturados, llenos de gente, tan llenos que una lata de sardinas es un cruel ejemplo. Y también pululan choferes malhumorados y maldicientes, inexpertos unos y criminales en ciernes otros: –Había un bárbaro feroz y asesino, que por supuesto tenía que ser chofer...–, cantaba muy orondo el cómico Chino Herrera en su programa radiofónico de la W. Y ese pueblo se encontraba después del juego metido en la realidad, una realidad sencilla, cotidiana de policías asaltantes, de patrulleros obtusos, de granaderos golpeadores, de impuestos usureros, de sueldos miserables, esposas gruñonas, de maridos desobligados y borrachos, de hijos vagos y sin escuela, de maestros faltistas y patrones infumables y explotadores; para colmo, para completar el cuadro «edificante» de la realidad mexicana, gobernantes cínicos, insensibles ante las carencias de los campesinos, viviendo y «sacrificándose» con sus altas ganancias, y líderes con sueldos maravillosos de la burocracia dorada.

En todo caso esos momentos en las gradas proletarias del estadio, «Pedro» y ese pueblo, los vivían con intensidad plena y al menos, durante los nueve *innings* olvidaban sus ancestrales desgracias. A los judiciales y a la policía militar que probablemente lo seguirían, «Pedro» los dejaba con un palmo de narices, pues jamás lo pudieron encontrar en los parques y llanos a los que asistía para el disfrute pleno de su deporte favorito. Salvo está, claro, en las que una o dos veces tuvo que salir al notar que su presencia ante la mirada de los «guaruras» era algo conocida.

Bueno es señalar que «Pedro», al ponerse un sombrero jarocho y ponerse un paliacate rojo al cuello, se convertía en otro personaje distinto fisonómicamente a «Pedro» el tenaz combatiente. Por eso lograba salir airoso de cualquier situación de peligro.

Una hora y media había ya pasado desde el momento en que se despidió de «Carlos». En ese rincón construido hábilmente «Pedro» sólo se podía mover lo indispensable durante los noventa minutos en los que se dedicó a observar a las muchachas que subían a lavar y tender su ropa. El escondite fue hecho porque se aprovechó una barda de adobe que se había venido abajo y una parte de ella quedó descansando en la pared contraria, de manera que eso formaba un hueco inexpugnable, pues nadie pensaría que allí dentro alguien pudiera haberse escondido. Unas piernas bien torneadas de la hija de don Rufino, el del quince, que se desplazaba con garbo hacia el lavadero, esas piernas largas y apetitosas, le borraron el juego de *beis* con todo y jonrones y llevaron a



«Pedro» directo a otro pensamiento igual o más agradable. «Pedro» cuando estaba en esos menesteres, en esos ocultamientos, nunca hacía el menor esfuerzo por detener el borbotón de recuerdos que poblaban su mente.

Gozaba con ellos, y sabía que ese pensamiento, ese recuerdo, podría ser el último que tuviera en vida. Las mujeres, el recuerdo de ellas le llenaba el corazón. Le alegraba la existencia. Le daba fuerzas para soportar los peligros.

El trato que tuvo con sus amigas, el tiempo pasado en el juego lúdico que tuvo con sus novias, la charla nocturna con sus compañeras de lucha lo marcaron indeleblemente. Esos pensamientos lo tuvieron ocupado en esa espera de hoy.

Recordó que Amanda fue para él algo pasajero, algo que quizá solo fue un capricho, sí, pero esa muchacha –y un suspiro le salió del alma– si bien no caló muy hondo en sus sentimientos, como sucedió con Esther, Amanda en su tiempo le hizo vivir juegos amorosos y le dejó gratas e inolvidables caricias. Pero Esther tocó su alma con fuerza. Esther llegó. Esther se fue. Esther dejó una huella persistente, fue una página escrita con sangre, y esa relación fue de suma importancia en su trato con las mujeres. Conoció a varias, pero ninguna logró llegar al fondo de sus sentimientos pasionales con la fuerza que Esther lo hizo. Cuando «Pedro» pasó una larga temporada escondido en la montaña guerrerense dormía pensando en ella; en el día de sol quemante y de angustia permanente seguía pensando en ella, en su Esther, la muchacha de los ojos verdes y pelo oscuro.

A lo largo de la historia las personas románticas se han enamorado del amor, no de una mujer en particular sino de todas en general. La mujer representa el amor, el amor es para que los románticos gocen, el amor de una mujer es para entregarse a plenitud sin medir las consecuencias. En las noches cuando el ruido de los búhos y las pisadas de los cervatillos llegaba a sus oídos, «Pedro» despertaba, pero no pensaba que pudiera ser la soldadesca y que esta lo rodeara metralleta en mano. No.

Abría los ojos esperando tener allí junto a él a Esther, la mujer de muslos recios, de ideas libertarias más fuertes todavía, mujer de brazos dulces y hablar pausado. Esther, la que le contaba con sonrisas aladas sus correrías por el rancho que en la Huasteca Potosina poseían sus abuelos paternos.

Esther fue una imagen que no se le borraría jamás.

Era aún una niña cuando vio colgados de un mezcquite y boca abajo y con los ojos pelones, los restos de los hermanos Velásquez, Fernando Guadalupe y Fidel Jacinto, estos cuerpos se balanceaban al ritmo del viento enrachado, del viento frío que bajaba de la cordillera cercana, como si ese movimiento les dijera a los cadáveres que la tierra se mueve, que la tierra no olvida, que la tierra tiene memoria.

Los Velásquez eran los hijos de un padre rico, dueña su familia de dos grandes haciendas: La Mezcalera y El Encino. El padre era un general que en la Revolución estaba enrolado con las fuerzas carrancistas y en sus filas tuvo acción militar por el rumbo en donde los padres y abuelos de Esther vivían. Era más que evidente que a ese general la revolución le había hecho «justicia». Las



106  
• • • • •

haciendas que eran propiedad de unos españoles, pasaron sin más trámites que el fusil y el despojo, a manos de este preclaro defensor de la patria. Era lo que se decía en esa época un señor de horca y cuchillo y que además tenía el derecho de pernada sobre las mujeres de los pueblos de esas haciendas. Cuentan los que de esto saben que sus «cachorros» habían llevado al monte, con engaños, a la hija de Jacinta Pérez. Jacinta, decía por decir la gente del pueblo, que era una bruja, que practicaba las negras artes de Luzbel y que se comunicaba y se entendía con los espíritus de la noche y que la lumbre y el fuego y el azufre eran sus aliados. Pero Jacinta bruja, Jacinta madre, Jacinta mujer, Jacinta ofendida, Jacinta pueblo, Jacinta buena, Jacinta con hambre, Jacinta humilde se vengó de esa afrenta como solo una Jacinta golpeada podría hacerlo: a los hijos del general carrancista, a los vástagos del dueño de las haciendas los durmió con sus brebajes benditos, los amarró con la soga del cubo del pozo de agua y uno por uno fueron llevados al monte en el lomo de la burra que deambulaba todas las noches por el barrio donde Jacinta vivía.

Al despertar los niños ricos vieron a una Jacinta transformada por la ira y por el recuerdo de su hija violada. Los capós sin perder más tiempo. Los gritos de los miserables se escucharon hasta donde el río del Jaral desemboca. Luego Jacinta humillada, Jacinta pueblo, los colgó de los pies en la rama más alta de aquél árbol. La burra jaló parejo y bien. La justicia llegó con la burra.

La hija de Jacinta vaga ahora por las calles de un pueblo cercano hablando incoherencias, cantando con voz aguda, levantando los brazos al cielo como si juga-

ra un juego macabro, estos quejidos los hace de noche, este rito trágico se repite todas las noches lúgubres o por las noches de luna llena. Desde que fue violada realiza este oscuro juego. La hija de Jacinta quedó así, ida, descompuesta, viviendo en otra dimensión, quedó así después de que las patadas que el señor general carrancista le había propinado para que no fuera a tener al hijo no deseado.

A la madre, a Jacinta, le gritó iracundo el valiente general que no se metiera para nada en ese asunto de hombres, que ella, Jacinta, era la culpable por no haber cuidado bien a su hija, que al contrario, había creado a una puta, y que sus hijos eran unos gallos finos y que a cualquier gallina suelta ellos la «pisarían» cuando se les viniera en gana. Después de esos sucesos. Después de que Jacinta iracunda le echó la mala sal, después de que Jacinta madre se hizo justicia por propia mano ya que otra manera jamás llegaría y ni por asomo, los jueces tocarían al señor general y esa familia de ricos hacendados terminó en la nada.

La casa grande del general fue consumida por un voraz incendio que provocó un rayo celestial que en un día sin nubes de tormenta acertó a salir del cielo y fue a caer directo a su regia mansión.

El padre todopoderoso, el gran general carrancista, el pateador de mujeres indefensas, el criador de gallitos pisadores murió de un ataque al corazón cuando se enteró que sus hijos, sus cachorros, estaban colgados del mezquite del cerro de las Lajas.



La madre, cuentan los vecinos, se tiró por la ventana cuando las llamas provocadas por el infernal rayo se la querían tragar.

No murió allí, sino que en su desvarío fue a dar al granero, dio unos pasos más y cayó luego presa de convulsiones extrañas en el aguaje que servía para que los cerdos bebieran.

Hoy las tierras que los campesinos hacían producir y que florecían con los sembradíos de sandías y que los frutales prodigados por las manos de las Jacintas –que daban cientos de ricas naranjas– están ahora secos y nada se da allí, nada brota, solo el salitre impera. No crecen breñas ni arbustos siquiera. Por las noches, desde la hacienda en ruinas mirando hacia el cerro de las Lajas se alcanza a vislumbrar la figura de Jacinta que en cuclillas piensa y llora y acaricia la nada como si acariciara a su hija violada.

«Pedro», definitivamente tenía a Esther metida hasta en los poros de su piel. Por esa razón, cuando Amanda dejó de verlo, cuando él se alejó, cuando pasó un mes y no tuvo noticias de ella; esa circunstancia lo llevó a recordar el momento en que había conocido a Amanda: «Pedro» pensó que esta relación podría ser saludable, podría ser que con esta amiga se sacaría el «clavo» que Esther dulcemente le había asestado y que le ayudaría a borrar de su mente la manera tan trágica en que Esther había caído.

Pero no fue así. Claro que, a veces, cuando la escena final de Esther a «Pedro» lo asaltaba, Amanda y sus cari-



cias, Amanda y su fina manera de tratarlo, lo ayudaban a quitarse de la mente el cuadro duro y negro en el que cayó sobre Esther. La figura de Esther tenía un enorme significado para su vida interior. Y lo asaltaba el recuerdo de cuando Esther cayó en una emboscada que los militares les habían tendido a los muchachos en el recodo de un camino de la sierra Tarahumara. Después de esta triste acción guerrillera jamás nada volvería a ser lo mismo para «Pedro».

Él no estuvo en ese combate y eso también le dolía. Pero no estuvo allí porque él, en ese día nefasto, estaba ocupado en otros movimientos en la Sierra Norte del estado de Guerrero.

La imagen que vio de Esther en la prensa, esa fotografía maldita, lo dejó varios días sin habla. Su silencio no sorprendió a los demás combatientes. Conocían el profundo amor que por Esther tenía.

También pensaba en la hija de Jacinta. Pensaba en el general carrancista. Todos estos avatares no lograron abatir el ánimo de «Pedro». Él era fuerte y esa fortaleza moral y el saber que en las acciones de guerra él era el comandante de la región occidental y por ello responsable directo del grupo «Morelos», hacían que su temple creciera.

Pero lo que pasara, lo que sucedía a diario no lo hacía olvidar a esa muchacha que había llenado con magia y amor sus noches solitarias. Los cuentos y las narraciones de Esther y los besos de Esther y la voz de mujer en celo de Esther y la pasión y entrega de Esther y la fuerza de Esther y sobre todo la determinación y congruencia



política de Esther, lo hacían caer plenamente en aquel recuerdo. «Pedro» la admiraba más cuando imaginaba y reproducía en su mente la acción en la que ella había caído para siempre, cuando pensaba en la desesperación que a ella y a los demás guerrilleros les causó el verse cercados, cuando veía la lluvia de la metralla y los proyectiles infernales que vomitaban las armas de los soldados.

Y la rabia y la impotencia llenaba el alma de «Pedro» al imaginar cómo iban sucumbiendo uno a uno los jóvenes, y caían sin gritos, sin deformar sus rostros sanos y llenos de inocencia revolucionaria, sin la angustia reflejada, fieles a su pacto de no mostrar al enemigo su cara moribunda, sí, no debería nadie caer con un rictus de dolor que los marcara. Caerían con la sonrisa pegada al rostro. Ellos, los revolucionarios, eran las víctimas, los asesinos serían los soldados.

Ante estas imágenes tan crudas, «Pedro», algunas veces, quería pensar en otra cosa, distraer su mente contemplando los recodos del camino de la sierra que serpenteaban y luego se escondían en la lejanía, sí, olvidar las crueles acciones guerreras y mejor el lanzar la mirada a los árboles que dejaban que los pájaros hicieran sus nidos y que allí cumplieran su rito milenario de criar y comer y cantar y reproducirse. Esto y el refugio y el olvido que creyó encontrar en los brazos de Amanda, relación que sí que tuvo algunos bellos momentos, pues su relación fue una relación «fresca», a veces intensa y carnal. Esa joven, Amanda, era periodista. La había conocido en la montaña misma. Allí en esas altitudes, en el

centro de la acción, ella se desenvolvía a la perfección, tenía facultades para establecer reportajes certeros. Era sagaz e inteligente y, claro, comulgaba plenamente con las ideas de los jóvenes que habían tomado las armas para lograr el cambio democrático.

«Pedro» reflexionaba y se decía que lo más probable era que Amanda había sido un regocijado «mal de montaña», pero luego pisaba tierra y esa necesidad interna de olvidar a Esther, esos momentos y las noches pasadas con Amanda no lograban su cometido. Es la disyuntiva en la que algunos guerrilleros se ven envueltos en algún momento de su vida. Amar a la mujer muerta y quererla en el recuerdo o amar a la mujer que está allí, viva.

Sí, Amanda lo amó, Amanda estaba lista para amar. Sí, ella estuvo prendida a él. Ella se enamoró de las ideas de «Pedro», se enamoró de un sueño, de un hombre en armas que luchaba intensamente por hacer realidad sus planes basados en la igualdad y en la fraternidad... Pero quizá se enamoró de un fantasma armado. Quizá se enamoró de lo que «Pedro» representaba. Amanda pasó muchas noches de frío montaraz pegada a él. Platicaron largas horas acompañados solo por el canto de los grillos y por los murmullos misteriosos de la montaña. El peligro latente los unía más. El saber que podían ser descubiertos y apresados y torturados y vejados le daba un valor adicional a su relación.

Amanda, mujer al fin, mujer sensible, mujer entera, quizá notó algo que la pudiera distanciar de «Pedro». Algunas noches le hablaba y le contaba lo que sucedía en las ciudades, pero los ojos de «Pedro» miraban a la



distancia, perdidos. Se fijaban en el horizonte. Pareciera que estuviera contando las estrellas y vislumbrando la inmensidad de las galaxias. La suspicacia femenina tiene siempre una razón congénita y ellas poseen una sabiduría ancestral y casi siempre aciertan en sus sospechas.

Cuando las condiciones imperantes permitieron que «Pedro» bajara a la ciudad empezó el enfriamiento. Empezó el distanciamiento inexorable.

Amanda volvió a sus tareas documentales, a cumplir con la reseña de los hechos cotidianos e ilustrar sus artículos con las fotografías que ella misma tomaba.

Y «Pedro» a correr, a volar, a huir, a atravesar valles, a cruzar ríos, y darse algún tiempo para verla furtivamente, pero esto sucedía cada vez más esporádicamente, hasta que sus inercias y actividades propias los llevó, como era natural, por senderos ajenos y distantes.

Esa noche «Pedro» llenaba la espera de la llegada de «Carlos» con estas historias reales que venían bien a su cuerpo y que a veces calmaban sus nervios.

No quería pensar en los riesgos y peligros en los que «Carlos» pudiera estar metido. No deseaba imaginar lo que sucedería si aprehendieran a su compañero de lucha.

Sí, ¿qué diablos pasaría si lo apresaran y lo torturaran para sacarle los nombres de los miembros del Comité y para que dijera los lugares en donde se escondían? No. «Carlos» encontraría el camino correcto. Él no caería, no, de ninguna manera. Él es listo. Es precavido como pocos. Es valiente a carta cabal. Calma –se inyectaba «Pedro»– «Carlos» llegará sano y salvo.



# *Don Pascual*

El corazón de «Pedro» saltó de alegría. Entre los escombros que permitían ver al exterior, entre los tendederos estaba Rosa.

La vida es así. La vida continúa. La vida no se detiene ante nada ni ante nadie.

La vida no tiene frenos en sus correrías.

Esther permanecía indeleble, pero era un pasado, duro, trágico pero pasado, tiempo ido.

Rosa estaba allí. La Rosa de hoy, fresca y pura aparecía entre los lazos de los tendederos. Las varillas, los deshechos y la basura formaban el vericuetto inexpugnable, era una pila informe, pero por algunas rendijas se había establecido una mirilla.

Por esa ventana mágica se aparecía el mundo de hoy, el mundo de la azotea de la vecindad. El mundo en el que la mujer aparecía radiante y llena de júbilos maternos.

Tanta lucha, tanto dolor, tanta desesperación, tantos días de hambre, tantos días metidos en esa oquedad

sin saber nada de nada, sin saber de nadie. Tanto huir. Tanta muerte. Tantos desaparecidos, tantos estudiantes torturados, tantos guerrilleros asesinados. Tanta represión, tanto odio hacia los humildes, tanta vejación, tanta prepotencia, tanta maldad, tanta impunidad. Pero al salir Rosa salía el sol.

Allí en esa cueva tan feamente bella, tan desordenadamente ordenada, en esa azotea que miraba al cielo, allí, se le aparecía Rosa, su amiga, su novia, su todo de ahora.

Para borrar a Esther había que sumergirse hasta el fondo, o llegar hasta la sima; para quitarla de su mente «Pedro» recurría a todo, para borrarla de su recuerdo echaba mano de lo que el presente le ofrecía, quería con ello borrar a la muchacha de los ojos verdes muerta en batalla.

114

No era fácil el tener siempre en la mente a Esther. Era duro para él recordar aquellos momentos de sangre.

Y él, soportando los días sin pan, las noches sin cobija, las jornadas de hambre, de los trabajos clandestinos, de huir, de esconderse...

Pero el agua pasa, como pasa el agua de los ríos, y el agua que vemos no es nunca la misma.

Esa tarde de inquietud, de esperar al compañero «Carlos», debería ser distinta, debería ser mejor. Se acomodó lo mejor que pudo en esa cueva. Sus ojos no habían dejado de admirar la figura esbelta y bella de Rosa. Y Rosa, ¿no sería Amanda, y Amanda pudiera ser Esther, y todas serían Rosa y solamente Rosa? En todo caso Rosa, hoy, la de la azotea, la de la vecindad salvadora, era su río, era su montaña verde, era su árbol, su ave, su todo, su

tabla para salvar el alma. «Pedro» en algunas raras ocasiones en que podía charlar con Rosa, eso le decía al oído y Rosa sonreía y Rosa estaba contenta. Sí, Rosa lo amaba. Luego, cuando nadie más estaba en los lavaderos, «Pedro» le cantaba –con voz queda y cadenciosa– canciones de amor a Rosa. Y Rosa seguía en su tarea de colgar los calzones verdes y moteados de su hermano y luego colocaba diestramente la camisa, ya bastante usada, pero que era la preferida de don Pascual, el padre de Rosa. Y luego tendía la falda color azul con bolsas de parche y que era con la que «Pedro» quería verla vestida así. Rosa, su novia citadina. Rosa su novia de la azotea salvadora. Y los pantalones de dril de don Pascual se mecían con el aire y la camiseta blanca llena de agujeros de don Pascual, que al respecto y muy orondo:

–Es por aquello de la ventilación, jóvenes –decía el hombre con su humor característico.

Y Rosa tendía luego los calcetines que habían perdido su color original, por el uso intensivo y por el paso del tiempo.

Y la bufanda de lana verde hecha jirones pero que todavía calentaba cuello y pecho de don Pascual. Todos esos ajuares eran colgados por Rosa con cariño, con dedicación, con amabilidad, con gusto, como si al poner al sol la ropa aquella pusiera parte de ella misma, como si esa ropa estuviera aún con vida. Y en esas tareas las canciones que «Pedro» le tarareaba a su novia hacían que Rosa gozara con simpleza aquellas tareas hogareñas.

Ahora la veía, absorto, cómo Rosa tendía y atendía su ropa. «Pedro», sin hacer ningún movimiento ni decir nada, seguía el baile de los brazos de Rosa e imaginaba



que muchos abrazos cálidos le serían dados por ella y le calentarían el alma y el cuerpo.

Rosa, ese era el acuerdo, ese era el secreto que no podía ser violado nunca, so pena de perecer por ello, so pena de morir si se olvidaba esa clave: Rosa no debería, nunca, nunca, voltear o mirar de reojo hacia el escondite de «Pedro» y de «Carlos». Estaba puesta una enorme alcayata oxidada en el agujero que tiene clavados a su vez tres ganchos de ropa torcidos y estos colocados a medio metro del tubo de albañal.

Este escondite está situado justo enfrente de los lavaderos. Si una lavandera mirara hacia este lugar solo vería basura, ladrillos, cachivaches. Rosa cumplía a la perfección con ese pacto, cumplía calladamente con el secreto con una fidelidad pasmosa. Se diría que llevaba consigo misma el secreto con religiosidad monjil, y lo demostraba en este día, en este momento crucial. Sí, la alcayata estaba en el lugar indicado y Rosa, por lo tanto, «ignoraba» mágicamente a su «Pedro» del alma. Sí, Rosa no miraba hacia ese sitio ni de reojo. Rosa era una mujer excepcional. Rosa, la que vivía con toda su familia –siete en total– en dos cuartos. Rosa –y qué coincidencia– era la vecina de los cuartos del 7.

Rosa, la hija de don Pascual que era el trinquetero mayor del barrio.

Aunque ese «San Benito» era en realidad debido a una mala fama que un compadre malora y pendenciero le endilgó al pobre señor. En realidad, don Pascual estaba, según sus propias y claras y precisas palabras: —Jodido pero contento y con la frente muy en alto por mi honradez republicana—. Don Pascual, que había perte-



necido al viejo Partido Comunista, era incapaz de cometer cualquier clase de atropello a la dignidad humana.

Era de esos antiguos militantes, pintoresco, quizá, pero auténtico en sus discursos y en sus juicios sobre los valores de una sociedad decadente.

Cuando invitaba a un amigo –no tenía muchos, pero los pocos que lo frecuentaban lo eran de verdad– y que don Pascual acudía a abrir la puerta de entrada a su casa del 7, lo hacía siguiendo una vieja costumbre: lo hacía de tal manera que el visitante, por fuerza, lo primero que debía ver era un cuadro enorme con una pintura –que se «veneraba» como una reliquia–, y estaba adornado con ramos de cempasúchiles; esta pintura era nada menos que la del compañero Stalin. Y no había manera para evadir este rito. La disposición del sofá y de la mesita del centro y las sillas, obligaban al desamparado vecino a contemplar a «papá Stalin». Y don Pascual aprovechaba esos instantes para cantar los valores profundos del socialismo y los grandes beneficios logrados por la clase trabajadora rusa. Y alababa sin medida los koljoces y las rotundas fábricas de productos para los hogares, y la maravilla de los autos rojos y la potencia y «humildad» –decía don Pascual– de los tractores que servían a las mil maravillas a los campesinos de la Unión Soviética. Y los avances en la medicina rural y en los beneficios sin par que recibía la colectividad entera. Y el impulso a las artes, el empuje para tener escritores, poetas y músicos que dejaran su huella en el universo cultural. Y luego, el colmo, el visitante, que no podía dar la espalda al señor Stalin, debía gritar a voz en cuello: «Que viva la Unión de Repúblicas Socialistas Soviéticas».



Y pobre de aquel individuo que no lo hiciera, recibiría un regaño y un alud, una cascada gigantesca de reproches y rabetas que resonaban en todo el barrio.

Y para rematar esta fiesta don Pascual, el vecino, lo acepte o no, esté de acuerdo o no, debía también de gritar, sí, gritar a todo pulmón: –¡Qué viva Stalin!

Por eso muchos de sus conocidos tenían terror de asistir a la casa de tan utópico personaje.

En el diario discurrir, en la vida diaria, don Pascual, muchas de las veces, sí tenía la palabra adecuada en la boca, sí lanzaba al aire palabras, frases que tenían un valor y una liga conceptual intachables, pero esta habilidad suya, se podría decir que la tiraba por la borda, pues mezclaba lo cierto, lo real, lo bueno con imprecaciones y alguna que otra vulgaridad propia del habla de la vecindad. Don Pascual, en todo caso, cuando hablaba se convertía en un Júpiter tonante pero bonachón. Y si los vecinos le prestaban atención, o si alguno de los presentes deseaba escucharlo, la perorata Pascualina fluía con velocidad vertiginosa y con la pasión en el verbo al rojo vivo.

Pero si algún otro compadre del lugar ponía oídos sordos y mostraba un desdén al discurso, a ese señor, don Pascual le reviraba tenaz:

–A mí me da lo mismo si usted está sordo o padece algún otro mal, pero yo siempre diré lo que tengo que decir y si alguien con tantita inteligencia en la cabeza –que, a usted, sordo pusilánime le falta por completo– me escucha, ese hombre sabio tendría varios motivos para decirle a los que lo rodean que don Pascual le dio lecciones imperecederas y lo puso al tanto de asuntos



graves que afectan a la sociedad, y que después de este encuentro, sus entendederas se han abierto—. Y remataba su regaño con el consabido: —¡Viva Stalin! ¡Viva la URSS!

Hay que señalar que don Pascual, por desgracia, siempre decía lo mismo, su discurso no tenía una variación, los argumentos los repetía sin descanso. Por eso una gran parte de su público, la mayoría de las veces, no tomaba en cuenta los decires de don Pascual. Y Stalin y la misma URSS ya no tenían el peso que años atrás poseían, así que cada día disminuía el número de asistentes a la convocatoria que les hacía el iluso señor del 7.

En su descargo cabe aclarar que desde ese entonces los medios de difusión, la radio, la prensa escrita, la TV y los hombres y las mujeres metidos en la política partidista, ya no eran los mismos de antes, ya no pensaban como los antiguos revolucionarios. Ahora los diputados no viajaban en un autobús colectivo, no, se desplazaban en autos de lujo y transportados por su chofer y resguardados por dos o más «guaruras», y sobre todo, alentados por el bando capitalista, cuyos argumentos: el libre comercio, la globalización, la necesidad de «adelgazar» al Estado, y la venta de las propiedades de la nación, era el ambiente en el que germinaban y crecían, a pasos agigantados, las críticas y el ataque furibundo a los antiguos postulados de la Revolución Mexicana, y claro, esto era un fatal frente contra el nacimiento de algún síntoma socialista. Comentaristas e intelectuales de derecha sembraban con placer la semilla del anticomunismo. Y muchos líderes sindicales sucumbieron —dinero



contante y sonante de por medio– y fueron envueltos en la zalamería gubernamental.

Y también, dentro de la URSS comenzaba a caer el polvo histórico. Era notoria la presión de una gran parte del mundo occidental para eliminar el sistema socialista.

Los enemigos imperialistas se lucían contando historias negras del régimen socialista y ocultando los beneficios y aportaciones y adelantos científicos y técnicos que se habían logrado. Sí, estos logros no se mencionaban nunca, en absoluto.

El autoritarismo que privaba en muchos aspectos de la vida en la Unión Soviética, las eliminaciones físicas de los individuos que tenían otra visión de libertad y de operación política, y otras barbaridades que sí existían, eran publicitadas hasta la saciedad por la prensa occidental.

120

Indudablemente en la URSS había descomposición en la vida diaria, sí, pero esos males no eran mayores que los crímenes y torturas y desapariciones y asesinatos y violaciones que se daban con singular alegría en innumerables países del «mundo libre».

Así que esta situación desfavorable para los efectos positivos que pretendían los discursos de don Pascual, sufrían de un descrédito mayor, empañaban y les restaban valor y méritos a las palabras encendidas del tribuno del barrio. Así pues, la credibilidad de don Pascual andaba un poco por los suelos. Y para agravar la situación –como para echarle más leña al fuego– don Pascual utilizaba las mismas palabras, los mismos métodos, y lo hacía con un tono engolado y oscuro y sombrío y hueco, como el que muchos charros líderes sindicales e in-

finidad de diputados y senadores usan a destajo. Y ya la concurrencia notaba que don Pascual hacía los mismos gestos, los mismos ademanes, las mismas inflexiones, y su escasa concurrencia bien sabía de memoria todo el cuento que hilaba nuestro tribuno, conocía de memoria el discurso, y era evidente el poco caso o la poca respuesta que había a sus postulados marxistas.

Pero él, don Pascual, como Demóstenes ciudadano, como paladín solitario no registraba esos desaires, es más, parecía no darse cuenta siquiera del desdén colectivo, pues seguía tan campante con su discurso, que normalmente duraba unos cuarenta y cinco minutos, tiempo que le fue cronometrado por un compadre matorra llamado Santos Vergara del Valle, que sí era letrado y su biblioteca era la más plena de las habidas en varias cuadras alrededor, además Santos poseía una gran casa con un terreno enorme, y don Pascual, su querido compadre, para vengarse del cronómetro de Santos, le gritaba: –¡Santos, cuídate, ahí viene Zapata acabando con los ricos!

Y otra particularidad de don Pascual era que, en sus discursos de senador de pueblo y tribuno tepiteño, siempre terminaba citando algún pensamiento de Marx. Muchos no se explicaban por qué hacía esto. Y dentro de este maremagno pascualino relucía, y salía de contexto, la mezcla o la inserción en su habla de aventuras personales y hechos personales o cosas que a él le habían sucedido, y mezclaba al compañero Marx con el bolero de la esquina y con el vendedor de periódicos del zaguán, y lo que nunca faltaba eran sus correrías comerciales en el barrio, y luego, sin venir al caso, sacaba de la



manga a su perro. «Firulais» era el nombre del can. Perro fiel que lo había acompañado por muchos años, sobre todo cuando le tocaba a él, Pascual y a D i e g o, hacer las pintas que señalaban los males que provocaban los horripilantes gringos y su no menos despreciable «agua negra del capitalismo» (la Coca-Cola).

«Firulais» era el que con sus ladridos le echaba «aguas» a la pareja de pintores comunistas, mismos que sin tardanza corrían, huyendo como alma que lleva el diablo, sin pensar o verificar que «Firulais» podía haberle ladrado a una suculenta perra de un dueño hacendado y rico, pero ellos, en su carrera de escape dejaban, para colmo, abandonados los implementos de su labor subversiva, o sea, dejaban tiradas la cubeta con el engrudo, la brocha hecha con pelos de estropajo y los carteles donados por el Taller de Gráfica Popular, y la pintura y el chapopote, materiales que con tanto esfuerzo les había proporcionado el partido. Como esta historia salían muchas y muy variadas en las que el famoso perro «Firulais» había tomado parte activa.

–Y a mi democrático perro «Firulais», por el delito de haberse orinado en las faldas del padre Concho –gritaba don Pascual con rabia– y porque mi perro, intuitivo que era, le ladró como les ladra a los vulgares rateros que abundan en estos lares, y sí, mi «Firulais» pudo también haberse confundido porque no sabía si el padre Concho era mujer –por las faldas que le colgaban– o era un rate-ro disfrazado.

Por esta razón ese cura del demonio y en nombre de Dios, me envenenó a mi «Firulais» –cura desalmado, ese Concho es digno representante de su Dios flamígero y

vengador—, fue cruel, le echó a mi querido y santo perro vidrios molidos en su carne. Por eso camaradas, ¡Mueran los curas, muera el padre Concho! ¡Mueran los curas mataperros!

Y aquella plaza pública, aquel foro ciudadano, aquella tribuna popular para enriquecer más su entorno, para crear un cuadro cantinflesco, acudía sin faltar un solo día, y se había constituido en un fiel escucha, el gritón «Tino, el mocho». «Tino» era tonto, pero ah, cómo gritaba y este caballero esparcía saludos a nada y nadie, dirigía señales ostentosas y dialogaba con los fantasmas que llevaba dentro. Don Pascual, ya lo sabemos, ni sudaba ni se abochornaba, él, ante los embates de «Tino, el mocho», seguía con su vehemencia habitual, seguía el hilo indeclinable de su homilía dominical y seguía hablando como si estuviera en un romano foro gigantesco y repleto de personas atentas y afanosas. Don Pascual hablaba como si fuera un gran actor antiguo que conservara todas sus facultades histriónicas: —Ya lo dijo el camarada Lenin: las masas trabajadoras del mundo cambiarán al... «mundo»... (siempre que llegaba a esta palabra: «mundo», Pascual se trababa un poco pues acababa de decir «mundo», y dicho tan junto y tan seguido «mundo» con «mundo», no se oye bien, no está correcto, se decía a sí mismo el bueno de don Pascual), y en el colmo de la confusión en la que metía, en el colmo de su enredo intelectual, pero sosteniendo siempre su actitud de tribuno popular, manteniendo su presencia y su gesto epónimo de analista político, pues se podría decir mucho de don Pascual, pero él, era muy afecto a guardar las formas, y don Pascual salía del atolladero del



«mundo» diciendo: «...cambiarán al mmmmuuuuu... al mmmmmaaayor empuje de la colectividad que siempre está en lucha, y así, señoras y señores, compañeros, los trabajadores del «mundo» podrán, con la guía sabia y profunda de los hermanos bolcheviques, liberarse y ser una clase obrera única y esplendorosa...».

Y por allí, por esos caminos sinuosos del discurso político, don Pascual se iba «tendido» y dando largos pasos. Y él solo, en su interior, se congratulaba por sus habilidades para salir de estas situaciones gramaticales tan molestas y que eran las mismas en las que él caía reiteradamente.

–La vida tiene sorpresas, hija querida, mi Rosa bella, la vida es corta y hay que vivirla con intensidad, y yo, tu padre vive y vivo la vida correctamente y la vida me paga dándome las facultades que tú has visto, y que por lo tanto la oratoria es algo que es innato en mi persona.

Ante algunos errores de su padre, Rosa lo trataba de corregir sin conseguirlo.

Don Pascual, además, simpatizaba plenamente con el movimiento encabezado por «Pedro» y por «Carlos». Ellos representaban un núcleo combativo y tenían unas bases revolucionarias sólidas y bien cimentadas. La sociedad se desmoronaba en pedazos debido a la mala conducción y a un sistema contrario a la convivencia pacífica y negativo para tener una democracia que pudiera permitir la realización plena de sus derechos sociales. Este pensamiento guiaba su relación con «Carlos» y con «Pedro». Así que por esos momentos críticos no cabía otra cosa más que estar con ellos.



Don Pascual, evidentemente, jamás –pasara lo que pasara– los delataría, nunca haría una acción que pudiera descubrirlos. Además, en un caso fortuito, ante una redada y algún interrogatorio policial, don Pascual nada podía agregar, dado que él no conocía el escondite. La traición no formaba parte del léxico o la forma de ser de don Pascual. Esas conductas no entraban en su alma ni en su código de honor de viejo comunista.

El que don Pascual haya tenido que entrar al negocio de comprar y vender chácharas: –Era una circunstancia en el diario devenir, y esta acción lícita en el proceso histórico y no asimilada ni entendida cabalmente por algunos millares de trabajadores asalariados, era una contradicción. Y estos trabajadores no entienden que son manipulados y explotados por los patrones, no entienden que con el producto de su trabajo son generadores de una plusvalía, determinada y analizada correctamente en el capital, amigos y camaradas todos, por nuestro querido compañero Carlitos Marx».

125



Don Pascual sostenía esto con su especial y modo único de hablar y tejer el español. La sintaxis no era su amiga. Todas sus ideas las sostenía con su especial forma de entender las lecciones marxistas y que, a su vez, don Pascual las había recibido de su abuelo paterno, allá por los años treinta del siglo XX.

Don Pascual, pues, era el perfecto pensador e ideólogo preclaro de la vecindad. Aunque en realidad, y ante un caso específico, ante alguna pregunta comprometedor, don Pascual, a sus oyentes, a sus vecinos y seguidores, no los podría sacar de un posible atolladero filosófico.

Su actitud era notable cuando alguien ponía en tela de juicio su solidaridad con los «jodidos»: –Yo, Pascual, el del 7, nunca, escúchenme bien, camaradas proletarios, nunca traicionaría a mi clase, y ustedes, habitantes pobres de la vecindad, ustedes, amigos estudiantes, jóvenes luchadores, son mi clase, son mi gente, son mi pasado y serán mi porvenir–. Y su voz salía como trueno y el eco retumbaba en las paredes añosas. Ese era el sin par don Pascual. Él, que por cierto había visitado varias veces el Palacio Negro de Lecumberri. Timbres de honor claros y motivo de un orgullo natural.

Y las más sonada y espectacular de todas sus «visitas» a las celdas de ese lugar siniestro fue en una ocasión, señalada ya por el libro del recuerdo de don Pascual.

Y decía al respecto: –Allí nos recluyen los cochinos capitalistas a todos los luchadores «cabrones» y duros como yo. Allí estamos los que ofrecemos la vida por la emancipación obrera y campesina, «pendejos» (no se sabía si el «pendejos» lo dirigía a los escuchas presentes o a los represores). Y don Pascual soltaba esto en un tono de DO de pecho que le salía de muy adentro de su dolido corazón. Y les diré por qué caí a esa maldita cárcel:

–Va, agárrense: Fue la noche del quince de septiembre del año de 1957 cuando en plena celebración patriótica, y cuando el desborde patriótico de la gentuza que llenaba el Zócalo con sus gritos y sus silbidos y sus globos y sus banderitas de papel picado que portaban esos falsos mexicanos. Cuando esa falsa algarabía llenaba los rincones del Zócalo, allí entre las serpentinas de

colores y las luces de bengala y las mentadas, y cuando los castillos multicolores estaban prestos para tronar su pólvora, cuando los silbatos y el jolgorio insulso de las masas, la ira, mi ira estaba a punto para hacer explosión, pues Pascual, o sea yo mero, yo el irredento, yo el impulsivo, yo el luchador *floresmagonista*, yo el comunista verdadero, no pude ya contenerme y el coraje guardado por tantos años apareció en todo su apogeo: le arrojé dos huevos con pintura roja y líquida al presidente de la república. Envío que acompañé con un sonoro recordatorio familiar a la progenitora de tal alto individuo. Pero con tan mala suerte y peor puntería que los proyectiles gallináceos se fueron a impactar de esta manera: un huevo le dio de lleno al general que estaba vestido como para un desfile de Porfirio Díaz, pues estaba todo él reluciente y lleno de medallas y condecoraciones que le habían sido otorgadas por las «madrizas» a los campesinos, y el otro huevo tampoco le dio al presidente, sino a su secretario muy particular, y que lloró a mares, pues estaba estrenando un traje de casimir inglés que le habían hecho en Hong Kong en el último viaje presidencial a Oriente, y la mentada respectiva, que me salió del fondo de mi alma, con pena, debo decir que no llegó ni a metro y medio de distancia pues el ruido reinante lo opacó por completo. Ese acto, imperdonable para los corifeos gubernamentales, esa conducta de simio, como dirían los besamanos palaciegos, y esa falta de respeto a las sagradas instituciones de la patria, le valió al horrendo opositor y malcriado y terrorista, o sea yo, camaradas, el dormir durante trescientas treinta noches en un rudo camastro de piedra. La movilización



de los compañeros obreros, la protesta de miles de intelectuales y la petición de perdón y olvido formulada por un grupo de escritores de izquierda, me abrieron las puertas de la prisión.

Don Pascual tomó esta aventura como argumento, como un estribillo, y la contaba con un orgullo placero una vez y otra a todo aquél que se dejara. Don Pascual, como buen cuentero y siguiendo su temperamento sanguíneo que le era característico, le iba agregando más y más detalles, a su narración original le sumaba peleas, torturas policiales, abogados vendidos que lo explotaban, a policías que no le dejaban ni de noche ni de día, y a soldados que lo amenazaban; de su repertorio salían a relucir los desplantes de libertad y de revolución que sostenía ante los interrogatorios de los jueces venales, las huelgas de hambre que realizaba con una frecuencia inaudita, y su remisión a la celda de castigo. Así que después de tantos años transcurridos del episodio de los huevos de pintura roja que eran para el presidente en turno, esa anécdota se había convertido ya en un monumento épico que solo podía compararse con algún pasaje de la Odisea o con alguna batalla de Napoleón.

Una sonrisa, o más bien, un suspiro hondo, largo, selló el recuerdo de las «hazañas» de don Pascual, el padre de Rosa, y que hizo que «Pedro» tuviera un momento feliz ante la angustia de la espera. Esa añoranza, esa vida desordenada y plena de coloridos de don Pascual, le trajeron un rato agradable. Lo calmaron un poco. Pero «Carlos» no aparecía. ¿Llegó la hora de salir rumbo al Comité y dar la voz de alarma?



# *El banquete*

Allí sentado, a la espera que se hacía larga y que podía significar un gran peligro, «Pedro» trataba de componer la historia o, mejor, comprender lo que sucedería si «Carlos» no llegara. Pero también, ante casos como este de peligro, su salida era recuperar algunas historias de las muchas que poblaban su mente. Y encontró un recuerdo grato, de sabor y de olor y de colores que impregnaron sus ocho largos meses –forzados– recluido en un lugar de la ciudad de México. Las pesquisas policiales habían arreciado y las detenciones de muchos compañeros estaban a la orden del día. Así que huir, cambiar de domicilio, evadir cualquier retén, caminar de aquí para allá, fue la tónica seguida durante algunos días. Hasta que por fin encontró un escondite pues todavía no habían hallado en el que ahora ocupan, el de la vecindad. Era un edificio en construcción de varios pisos enclavado en la orilla norte de la colonia Pensil. Ese lugar le había dejado en su memoria muchos e in-

olvidables momentos y una sonrisa apareció en su rostro cuando percibía los silbidos largos y profundos, por ejemplo, y escuchaba los piropos dirigidos a las mujeres que se atrevían a pasar por entre los escombros y materiales para la construcción del edificio, los tarareos continuos de los maestros de obra que eran inspirados en la música de Lara, o de José Alfredo, y la voz ruda de los albañiles que hacían de cada canción una imitación de Pedro Infante. Esas canciones cantadas antes por los abuelos, hoy cobraban nueva vida en la voz de los tenores de la albañilería citadina.

Y los temas de los compositores casi son los mismos: letras en las que el despecho y el coraje que provoca la traición de una morena veleidosa, constituye para estos trabajadores una salida airosa. Son historias de amores fallidos, de la huida de la novia con su otro amante, de la hermosa que tiró al olvido el amor del galán en turno, olvido al que el despechado tendrá que asumir sumergiéndose en la cantina del barrio y en su mesa libar dos, tres y más tequilas. Cada canción que se oye por los andamios es una historia que todos escuchan y que varios de ellos sienten en carne propia, como si ellos fueran las víctimas de esas maldades. Sí, unos quizá se identifiquen con el burlador y otros lo harán con el burlado. Canciones que son un reflejo fiel de la vida amorosa. Y ellos, los albañiles, viven intensamente estas tragedias, tanto que les sirve bien para cargar los adobes y los ladrillos y los bultos de cemento.

«Pedro» había llegado como encargado de obra y allí era conocido como Juan González, un paliacate rojo cubría su frente y cabeza, se dejó crecer los bigotes y

usaba unos lentes oscuros. Gozaba con todo lo que provocaban aquellas canciones de amor y desamor, pero el momento culminante de su forzado retiro llegaba cuando se acercaba la hora de comer, cuando llegaba la hora del rancho.

«Pedro» se solazaba viendo el fuego danzar entre las piedras y las lajas que bien acomodadas sirven mejor que unas estufas que hay en algunos hogares. Y el espectáculo culinario crecía al ver al matacuaz enrollar con aquellas manos toscas las delicadas tortillas de maíz, y ver cómo las cazuelas de barro sometidas al fuego de los polines rotos, rebozaban con los hirvientes frijoles negros, que al servirse eran adornados con chiles serranos, bien toreados, y con unas rebanadas de jitomate, unas rodajas de cebolla, y la cabeza de ajo que siempre tenía a modo un comensal. Y las deliciosas burritas con sal de grano no tenían comparación con nada que pudiera ofrecer un restaurante de alcurnia. Bendito banquete consuetudinario donde la lata de sardinas Calmex y el «Jarrito» de limón, o el «Barrilito del doctor Brown» de sabor de grosella, tenían su cita diaria y junto con la Pepsi, ocupaban un lugar primordial en la mesa de ladrillos, sabores y colores y olores que salían de aquel refectorio improvisado entre las rampas y las varillas y entre los bultos de cal y el tiradero de arena.

Comelitón que huele a todo, que sabe a campo, a cocina pueblerina, que da un fresco olor como de un sembradío de maíz, y allí cerca, adornando todo, el mortero, el agua, la arena que servirán para levantar muros y poner pisos. Y el comal de laja de lujo que permite asar



los chiles sin que se pasen de tueste, lugar primordial en donde se recalientan las tortillas y que hace que se esponjen y levanten airosas su capa más delgada. Y poner luego la olla con café de grano y endulzado con piloncillo. Y beber, y charlar, charlar y comer y recuperar fuerzas para entrarle con singular alegría a la faena, y el velador que siempre tiene la radio encendida y Javier Solís y José José y la Sonora Santanera, se dan «el quien vive» sonoro y con esta música suspirar por la novia ausente o por la dueña de las quincenas del joven albañil. Aquel individuo que haya trabajado entre estos esqueletos de hierro, de tierra, varilla, trabes, castillos y muros y cal y cemento, recordará por siempre los olores singulares que allí se respiran y llevará en su memorial algo de ese México que se escurre con rapidez hacia otros universos. El hombre que haya convivido con el mundo de la construcción y sus albañiles, podrá establecer comparaciones entre el México de Silverio Pérez y Jorge Negrete y de cocinas económicas y de fondas del barrio y del vendedor de camotes al vapor, y ver el México globalizado, en el que las hamburguesas y pollos *Kentakys* y pizzas y *tuinkis* y *churrumaises* y *Fast fuds* tienen su espacio primordial.









# Muerte en la azotea

Unos pasos presurosos, pero de una manera furtivos, sacaron a «Pedro» del ensueño en que Rosa lo había sumido, se esfumó el recuerdo de don Pascual, salió por los aires el *beis* y se escabulleron las comidas con los albañiles. Era «Carlos» el que por fin llegaba.

135

Rosa ya había terminado con su tarea cotidiana de tender y destender desde hacía algunos minutos. Ella, Rosa, no debía enterarse del escondite y mucho menos nadie, absolutamente nadie de la vecindad debería saberlo, cosa que por fortuna para «Pedro» ocurría cabalmente. Por esa discreta y valiosa actitud de su «novia» y por los recuerdos que fluyeron uno tras de otro, «Pedro» no se dio cuenta cuando Rosa terminó sus labores. Ella ya había bajado de la azotea y a estas horas ayudaría en las labores hogareñas.

«Pedro» se congratulaba por lo bien que habían construido su guarida. Bien y bueno como lo habían mantenido en secreto, pues vecinos e inquilinos de la vecindad nunca sospecharon ni descubrieron ese lugar. Tal era el sigilo, tal la secrecía guardada, sí, pero con ello, con ese cuidado la vida iba en juego. Y lo que hacían no era cosa de juego.

A esas horas en su cuartucho, Rosa disfrutaría de las canciones del otro Pedro, quizá estaría tomando un té de canela y comiendo su plato de lentejas que tanto le gustaba y que adornaba con un plátano macho rebana-do, y de postre su boca sabía del sabor de una telera con miel de abeja.

«Carlos», aún jadeante, se sentó frente a «Pedro». Tomó unos segundos para aspirar más aire y sin perder la sonrisa que siempre le cubría el rostro se quitó su disfraz: su cachucha, su bufanda. Se colocó los lentes y allí estaba el esperado compañero «Carlos».

—¿Qué pasó «Carlos»?-, llevo casi una hora esperando. Pensé lo peor. ¡Caray! Ya iba a darme por vencido y estaba listo para ir volando rumbo al Comité. Pero, oye, qué bueno que ya llegaste, y por tu cara parece que todo está bien...

—Bueno, «Pedro», te cuento: cuando me bajé del camión, después de que tú lo hiciste, dos «monos», los del auto negro, corrieron hacia mí... Y «Carlos» explotó en una carcajada que parecía interminable si no fuera porque «Pedro» le indicó que bajara el volumen. Y que tomara las cosas con calma.

—Pues yo —«Carlos» proseguía—, les llevaba como cincuenta metros de ventaja y al llegar a un puesto de

periódicos me la jugué. Me puse mi disfraz de don nadie, me puse el disfraz de don nada: la bufanda gris, la cachucha mágica que mi abuelo me regaló, me quité los lentes y aguanté. Contuve la respiración, di la media vuelta y ¡zas!, que regresé por donde esos «tiras» me seguían. Te lo juro, «Pedro», me fui por donde ellos venían, nos cruzamos, y no me vieron... no me vieron. Pasaron junto a mí como a medio metro y ni se dieron cuenta de que yo era el que buscaban... ¡Qué barbaridad! A medio metro...

Y la risa –ahora ya contenida– de «Carlos» estalló en la azotea de la vecindad, que ya para ese entonces registraba con más precisión la caída de la noche, porque en lo alto se distinguían algunas estrellas vacilantes, y eran visibles los aviones nocturnos que rasgaban el espacio con sus luces y su larga estela de gases.

De pronto se escucharon unos disparos. Saltaron de sus lugares, aunque poco se podían mover por lo reducido del espacio. Se quedaron con la respiración cortada.

Aguzaron los sentidos y la alerta roja se encendió en sus rostros. Abrieron más los ojos para descubrir algo en aquella semioscuridad.

En la azotea del edificio que quedaba frente a ellos unos policías vestidos de paisanos, habían detenido a un hombre que, en su desesperación y luchando con fiereza, alcanzó a librarse de las manos que los sujetaban y emprendió la huida. Inútil fue el intento, pues cayó abatido por la lluvia de balas. «Pedro» alcanzó a reconocer a ese compañero.

«Carlos» y «Pedro» se quedaron helados, petrificados ante esa imagen.



La represión se mostraba en todo su «esplendor». Era ya el camino sin retorno. Se les aparecía el ahora o el nunca. Esto podía ser el principio del fin. Y ellos allí, agazapados, inmóviles. Frente a ellos se acrecentaba de nuevo la violencia, el crimen, la presión. Y ellos sin poder hacer nada todavía.

Otro compañero de lucha caía abatido por la metralleta. ¿Sería otro romántico muerto por sus ideales, asesinado por sus sueños? ¿¡Otro Aquiles Serdán!?

En última instancia esto para ellos no era nada extraño. Menos todavía para «Pedro» que tenía en su haber algunas batallas en la montaña. Ellos ya sabían las consecuencias que sus acciones les acarrearían. Ya sabían el castigo que los esperaba. Estaban psicológicamente preparados para afrontar hechos todavía más violentos como el que tenía lugar a unos metros de ellos. La muerte era la culminación de una carrera revolucionaria. Se aceptaba ese pago en todo su valor, con todas las consecuencias. Claro que, a ellos, a los jóvenes no les importaba perder la vida. Aceptaban con gusto y con gran espíritu todos los riesgos posibles. Y esos riesgos estaban a la vuelta de la esquina, estaban por cualquier lado que ellos estuvieran. Estas crisis eran las que medían el valor y su aguante, era la fuerza y la determinación de un combatiente lo que los mantenía con el espíritu en alto.



# *El Presidente Wilson*

Y esa capacidad, esa manera de ser era lo que los hacía diferentes de los que no tenían coraje o no poseían ninguna profunda convicción revolucionaria. Algunos hombres no podían ceder ante una fuerte presión y tiraban por la borda con ello lo que habían jurado defender. Y esta presión a «Pedro», para zafarse de ella, para sacudírsela, acudía a su saco de recuerdos. Y aparecía Amanda en la montaña o venían más claros que la luz solar los días de los largos estudios del materialismo histórico, o las fantásticas horas plenas que pasaba con Esther o con María o con Juana.

Y sobre la vida y actitud de «Carlos» le aparecía en su mente aquel tiempo que permanecía con su abuelo Vicente Espejo. Aventuras narradas por «Carlos» a su amigo y compañero «Pedro».

Historias de «Carlos», de cuando los tenedores y las cucharas pegaban al vaso de vidrio para llamar al mesero a que este pusiera la siguiente ración del negro café porteño, seguido por el chorro de leche que colmaría el recipiente y con ese bastimento disponerse a escuchar al abuelo:

–«Pues mira, Raúl, acomódate bien y goza tu café. Sucedió en 1914, aquí en esta misma ciudad de Veracruz. Voy a contarte desde el principio, claro: mira, en el mes de mayo de 1913 salió publicado en un periódico norteamericano el *Saturday Evening Post* el artículo siguiente, y que habla sobre a situación que privaba en este país y sobre la política que hacia México se instrumentaba en los Estados Unidos, y que el presidente Wilson ejecutaba a carta cabal –y de su bolsa de cuero sacó un recorte periodístico–:

«Es cosa curiosa que todas las demandas porque se establezca el orden toman en consideración no el orden para beneficio del pueblo, sino para beneficio del antiguo régimen de los aristócratas, de los intereses creados, de los hombres que son responsables precisamente de estas condiciones de desorden.

»Nadie piensa en el orden para ayudar a que la masa del pueblo obtenga una parte de su derecho y de su tierra. Es mi intención, una vez que he comenzado esta empresa, no desistir de ella, si no se me fuerza a ello, hasta que se me den seguridades de que las grandes injusticias que ha sufrido este pueblo están en camino de ser reparadas. Por supuesto que no nos incumbe exigir un procedimiento para la partición de la tierra, por ejemplo, porque eso nos colocaría en la posición de un



dictador, lo que no somos, pero nuestra intención es no cesar en nuestra amistosa oficiosidad hasta que se nos asegure que todo está en camino de arreglo feliz».

Raúl escuchaba con atención lo dicho por Wilson, y se intrigaba y se preguntaba acerca del verdadero contenido y alcance de ese artículo.

Lo expuesto por el presidente que representa los intereses imperialistas y que es la voz cantante de los Estados Unidos no dejaba duda alguna de lo que sabía sobre la realidad mexicana. Con esas palabras Wilson dejaba expuesta una verdad que dolía. Lo dicho por el presidente norteamericano era cierto. Esa era la triste y cruel realidad en la que el pueblo mexicano está situado. Vicente, el abuelo, le decía a Raúl que lo expresado por el presidente Wilson era de una verdad total.

–Pero no admito –decía Vicente– que haya injerencias extranjeras en nuestros asuntos internos.

–Y lo peor de todo, hijo, es lo que aquí en nuestro México se publicaba sobre estas cuestiones tan dolorosas, mira –y de su bolso sacaba otro recorte de prensa–, este es un pasquín que dirigía un tal Paul Hudson, y que era portavoz de la colonia norteamericana y de otras fuerzas intervencionistas y claro, la voz de las empresas estadounidenses que hacían pingües negocios en nuestro México. Te lo voy a leer:

«Estamos absolutamente seguros de que la gran mayoría de los mexicanos inteligentes y las clases propietarias de México preferirían a ojos cerrados ver la intervención americana y no que su país caiga en manos de las devastadoras huestes revolucionarias».



Vicente, en un arrebato de ira republicana arrojó luego a la mesa, que hizo temblar el café de Raúl, aquel periódico. Y con las manos y labios todavía temblorosos, sorbiendo su todavía caliente café, le soltó a Raúl otra andanada de historia.





# *La intervención norteamericana*

143

Ahora, Raúl, te voy a contar, aunque sea brevemente, pues tengo al rato una reunión muy importante con varios amigos de mi generación, la relación que encuentro entre lo dicho por Wilson y por el otro gringo con la intervención norteamericana a nuestro país en el año de 1914. Y cada vez que lo recuerdo, sigue diciendo el abuelo Vicente, la rabia me llena y nubla mi vista, y el tartamudeo no me deja para nada. Va: era el mes de abril de 1914 y en Tampico se libraban las batallas entre los federales, esto es, el ejército federal huertista y los rebeldes, o sea el ejército constitucionalista; acciones que eran dirigidas para tener el control militar de ese puerto. Y ello ante la presencia ominosa de la 4ª. División de la

Flota Atlántica norteamericana dispuesta en esas aguas nuestras para resguardar la zona petrolera norteamericana de la localidad. Pero me voy a ir un poco antes de esto para que te resulten más claros estos terribles hechos. Otros tragos a sus respectivos cafés y Raúl morisqueaba su pan. Lo que en diciembre de 1913 sucedía era que el general constitucionalista Cándido Aguilar se había acantonado en una región muy cercana a la ciudad de Tuxpan, en el estado de Veracruz, y dominando por esa situación estratégica la zona petrolera.

El almirante Fletcher –sí, el mismo personaje que tomaría, invadiría, meses después la ciudad de Veracruz– había amenazado a Cándido Aguilar, desde el acorazado Nebraska con el desembarco de sus tropas para resguardar los bienes de sus compatriotas, y lo haría si el general mexicano no se alejaba de esa zona vital.

144

El general Aguilar, ni tardo ni perezoso, les contestó a esas amenazas imperialistas, que sus tropas habían establecido garantías a todos los extranjeros, pero que en caso de que Fletcher cumpliera su amenaza, estaría en la obligación republicana de atacar a las fuerzas que desembarcaran, procediendo luego a incendiar los campos petroleros y pasaría por las armas a los yanquis que allí se encontraran.

Dicho esto, el abuelo Vicente se levantó de su asiento y con voz plena y potente lanzó al aire un ¡Viva mi general Cándido Aguilar! ¡Vivan los mexicanos de a de veras! Y una furtiva lágrima, que sólo Raúl pudo ver, se escurrió por la mejilla del abuelo.

Y era tal la algarabía que privaba en ese entrañable café de la Parroquia, que un grito más o un grito menos

no merece la atención de nadie. Allí en ese café porteño está claro que cada loco puede tener su tema, de manera que esta manifestación patriótica del buen abuelo de Raúl, tampoco mereció ser escuchada o atendida por los parroquianos que a esa hora atestaban el lugar.

–Sigo –dijo don Vicente–, continúo y perdón, pero estoy un poco eufórico con esa actitud de macho de mi general Aguilar. ¡Ay!, cuántos generales como este necesitamos del día de hoy.

Pues cuando sobrevino la intervención norteamericana de 1914, cuando las tropas invasoras penetraron en nuestra tierra mexicana, y en contraste con la actitud del general Aguilar, el general del ejército federal Gustavo A. Mass, por cierto, claro, sobrino del usurpador Huerta, huyó de la plaza. En su gran prisa por salvar la vida olvidó las condecoraciones, su espada y, esto es insoportable, la bandera del batallón a sus órdenes.

Por fortuna para el honor de la patria, en el puerto quedaban unos cien reclutas para hacer frente a los invasores, y fueron los alumnos de la Escuela Naval quienes ofrecieron la mayor resistencia, y también pusieron su gran grano de arena muchos veracruzanos que no se quedaron con las manos en la espalda.

Al segundo día de la invasión artera, Andrés Montes se dirigió a su mujer y le dijo:

–Aquí te dejo colgado este machete, anoche lo afilé bien para que al primer gringo que se atreva a entrar en esta casa le mochas la cabeza–. Luego de escribir una carta a su hijo menor, Andrés salió de casa para morir en el fragor del combate.



Y aquí, Raúl, cuando te digo esto, no olvides nunca estas muestras de valor y de entrega, estas acciones extremas que toma la gente del pueblo ante un caso así. Tenlo siempre presente, hijo, siempre.

Bien, pues cuando la soldadesca gringa pisaba nuestras banquetas, tiroteaba nuestras casas sucedió un hecho ignominioso, otro más, y qué te digo, más indigno, más aberrante, más afrentoso todavía: el 26 de abril fue izada la bandera norteamericana de manera oficial. Y te cuento esta otra gesta popular en donde se ve que, por fortuna, todavía quedan unos pocos mexicanos con dignidad y con sentido patriótico: el 28 de abril, el ejército norteamericano pidió evacuar la cárcel. Entonces el anciano coronel que era el jefe de la fortaleza, exigió que se le permitiera retirarse con la bandera desplegada, a tambor batiente y con los honores de ordenanza, por parte de las tropas invasoras. Todo lo cual fue aceptado por los norteamericanos. Y mira –de su bolso extrajo otro recorte periodístico– Raúl, muchacho, este recorte nos narra este suceso:

«De la fortaleza salieron libres todos los presos políticos, los pocos soldados sin armas, el jefe del castillo y el jefe de la prisión, coronel Aurelio Vigil, un octogenario que abrazando la enseña tricolor desfiló entre los invasores que le presentaban armas y batían marcha en honor a la bandera, y todos los que formaban el triste cortejo derramaban lágrimas de emoción».

En la mesa del abuelo se hizo un breve silencio. Raúl miraba las lágrimas de don Vicente Espejo que resbaban por su curtido rostro. Lágrimas que secundaban a las que en su tiempo le salían al coronel Aurelio Vigil.

Por supuesto que Raúl, hoy «Carlos», no olvidó jamás esas páginas y retuvo para sí las enseñanzas que florecían en ellas.

«Carlos» ahora sufría la realidad de granaderos y de soldados y judiciales que los torturaban.

Sentía en carne propia cómo la violencia estallaba en las ciudades. Por eso mismo, ante la devastación oficial, ante la agresión y los golpes, ellos no iban a ceder nunca en su lucha revolucionaria.

«Pedro» y «Carlos» observaron cómo era arrastrado el cuerpo de aquel hombre joven, del compañero que acababa de ser abatido en aquella azotea. Y sabían que era de los suyos pues «Pedro» pudo reconocerlo. No recordó el nombre, pero su cara le era conocida. Fue difícil hacerlo entre aquellas sombras.

Una luz potente barría las azoteas de las vecindades. En la tensión en la que estaban sumidos tardaron en darse cuenta que un helicóptero se había detenido justo arriba de ellos. El corazón les dio un segundo vuelco. Contuvieron la respiración. Trataron de hacerse más pequeños en su rincón, que ahora sí, de verdad, estaba a toda prueba. Ellos hubieran querido convertirse en uno más de los ladrillos, ser un desvencijado bote de pintura, y transformarse en puñados de tierra. De las alturas de la nave, al piloto y los soldados, aquello parecía un montón de basura, desde su vista, eso era una masa de deshechos. El aparato, después de unos giros desapareció en los huecos de la noche. Granaderos y soldados, terminada su macabra labor de «limpia», arrancaron en sus vehículos y se perdieron entre las calles de la Ciudad de los Palacios, para fortuna de «Pedro» y «Carlos».









# *El número* **33**

Martha estaba casi al final de la diaria discusión con su madre, doña Juana.

–Hija, por favor, no me tortures. Mira cómo me tienes, estoy hecha un manojo de nervios. Vivo de sobresalto en sobresalto. ¡Dios mío! ¿Por qué me mandas este castigo?

–Dios no te manda nada. Él está muy ocupado en otros menesteres más importantes que los tuyos. Ahora, madre, debo salir con urgencia. Terminemos esto, mamá, por favor.

–Espera, hija mía. Ya, ya estoy bien. Ya estoy tranquila... Déjame verte. Quiero verte. Y no me interrumpas. ¿Sabes? Temo mucho por ti, por tu... Me preocupa demasiado que algo te pueda ocurrir. Por favor, déjame... Te lo estoy diciendo, así como tú quieres, sin «azotarme», como dices. Y mira... Quiero darte una medalla que me dio mi madre, tu abuela, cuando...

–No, no. Por favor. Mamá. No es el momento para que me des esa medalla. Entiéndelo.

–Calla... y obedéceme por una vez en tu vida... Y no vayas a blasfemar delante de mí... y no te vayas a burlar... Escucha bien. Esa medalla le sirvió a mi madre y la salvó de cosas horribles durante los primeros años de la revolución. Voy por ella. No te vayas a ir, por favor, hija... Si lo haces te voy a dar de nalgadas... Te lo juro, te...

Doña Juana buscó afanosa entre los cajones de su cómoda.

Luego abrió el ropero y por fin, en un baúl destaralado, encontró el valioso tesoro mágico: una medalla de la Virgen de los Remedios. Allí estaba esa virgen entre pañuelos bordados que aún llevaban las iniciales del nombre de la madre de Juana: «E G», o sea Epifanía González.

Y un poco, hacia el ángulo derecho de la imagen estaban unos números que indicaban la fecha de nacimiento de doña Epifanía, aunque estaban algo borrosos por el desgaste de los años transcurridos.

–Es de oro puro, hijita, veintitantos quilates... Pero lo mejor de todo es que está bendita. Y confirmó esta bendición, que le había dado en 1908 el cura del pueblo, don Tomás, donde tu abuela nació, y como te digo, confirmó esta bendición el año de 1934, el padre Adrián Luévano, primo a la vez que era de tu abuela. Así que esta medalla está doblemente bendita. Doblemente te podrá salvar, tienes con ellas dos salvaguardas, dos protecciones divinas en contra de los malvados que por el

mundo andan... Hija... Por favor... Tómalala... Abróchala... Te lo ruego... Hazlo por mí...

–Mamá, yo te entiendo, y sé muy bien que lo haces por ayudarme. Pero te debo decir que Raúl y los camaradas que de repente me vean con una medalla al cuello, yo, que nunca he usado nada... Y que, tú lo sabes, nunca voy a misa... Pues, no sé, pero, claro, respeto profundamente esto... Te respeto a ti... Te quiero a ti. Pero, ¿ponerme yo una medalla religiosa...?

–Hija, si no te la pones me vas a matar, de verdad. Es más, te digo que yo la tenía guardada para el día de tu boda. Este iba a ser mi regalo... Soy pobre y es mi única herencia... Es todo lo que yo te puedo dar. Es de oro... Era de mi madre... Ya ves, ya me hiciste llorar. Y tan calmada que estaba hace un momento. Así me quieres ver siempre, ¿verdad? Llorando. Sufriendo lo indecible por tu forma de ser. Yo, tratando de cuidarte, de velar por ti, y tú, mira cómo te portas. Mira cómo me pagas... Si la rechazas sería una ofensa para mí.

Al ver el llanto sincero de su madre, conmovida profundamente por el tono y la verdad que encerraban las palabras de su madre y perturbada profundamente, Martha tomó aire:

–Dámela. Es un regalo inapreciable para mí. Lo recibo como si este fuera el día de mi boda. La recibo, querida madre, con una gran emoción. De verdad. Ah, por fortuna tiene una cadena muy larga y no se notará mucho... Anda, madre, tú misma ayúdame, abróchala. Yo no alcanzo... Eso... ¡Huyyy!, qué bien luce, ¿no? Bien. Ahora ya estarás contenta. Ay, madre mía. Gracias. Bueno, ahora debo partir. Pero antes haré una pausa. Escú-



chame. Yo creo que de aquí en adelante debemos cambiar algo en nuestra actitud, en la forma de tratarnos. ¿No te parece? Mira, madre, a diario hacemos muchos dramas. Parece que estamos haciendo radionovelas. Y luego, cuando salgo a la calle, no me siento bien. Me remuerde la conciencia. Cada vez que salgo de esta casa llevo conmigo algo así como un peso que me aniquila y no me deja mover en paz. Por eso digo que tratemos de cambiar, de no discutir... Mira, si tú quieres ayudarme, que siempre veo que tratas de hacerlo, y si no nos gusta pelear y caer en los enojos y reproches, entonces hagamos un cambio. Ya estamos mayorcitas. Sí, claro que debemos charlar más sobre nuestros asuntos, pero hagámoslo de manera más civilizada, hay que hacerlo de una manera mejor, ¿no te parece? Sí, como ahorita lo estamos haciendo. Razonablemente, tranquilamente. Madre, mira, ya no te voy a decir cosas que te molesten... Es más, por ejemplo, hoy no te he dicho nada, ningún comentario sobre mi hermano el vago, ni te he mencionado la forma indigna de ser de mi hermana. Tú me entiendes a lo que me refiero con ello, ¿verdad?

–Te entiendo perfectamente, hija. Yo sé lo que hay en tu cabeza y sé lo que pasa con tu hermano y todo lo de tu hermana que... Pero tú debes entender que mi cabeza ya está vieja. Está muy cargada de años y a veces me es difícil tomar lo que sucede de una manera más tranquila. Yo... yo estoy sola... solo los tengo a ustedes... y los quiero con todos sus defectos y con todos sus aciertos... Sí, Martha, hija, yo te admiro mucho y te quiero más.

La cara de doña Juana se mostró por primera vez a los ojos de Martha, limpia, tersa. Como si una paz interior la llenara de repente. Esa cara, ese rostro de su madre que reflejaba bien su estado de ánimo, a Martha le había calado muy hondo. Esa expresión de su madre, a Martha, la compañera «Lidia», le trajo un recuerdo, esa cara casi beatífica de su madre, la llevó a recordar una anécdota, la historia que sucedió aquel miércoles de ceniza: su madre se había metido a la iglesia y Martha se había quedado en el atrio comiendo golosinas, y todo esto lo recordaba bien, porque ese día el señor cura sufrió un espasmo, un «váguido» —dijeron todos los feligreses, alarmados por ello— y las ostias que llevaba con tanto cuidado se fueron rodando por el suelo, pero el cura, bien alimentado que estaba, medía de cintura sus buenos 99 cm, se recuperó de inmediato, se sacudió sus faldones, y doña Juana, que presta había recogido una por una aquellas ostias, tuvo tiempo para ayudar al obeso cura a recuperar el equilibrio. Como premio a su acción católica de buena samaritana, le tocó recibir, primero que a todos los angustiados feligreses la ceniza cuaresmal, una ostia, la menos polveada, el cura, agradecido, le dio la menos sucia, acompañando todo con una bendición extra salida de la boca del cura. Al engullir la ostia Juana puso una cara angelical. Esa cara era la misma que ahora, su madre, doña Juana presentaba en todo su esplendor.

Había hoy algunas lágrimas en el rostro de su madre, pero estas no reflejaban angustia ni mostraban el dolor al que se veía sometida la buena de Juana. Su cara era la de una santa. Era una cara, en todo caso, de resignación



ancestral. Tenía un rictus más profundo que de costumbre. Como si en ese momento se repitiera la caída del cura y la ostia recogida.

El acto de entregar la medalla milagrosa y colocarla en el cuello de su hija era un acto supremo para su madre. Ahora, Juana parecía una mujer distinta.

Frente a ella estaba su hija con todo un gran futuro por delante. Además, su Martha era bonita, era inteligente. Bueno, algo respondona, pero buena estudiante, según constaba en sus calificaciones y en los comentarios de sus maestros de la Voca. Pero, aunque nadie lo hubiera dicho, Juana sabía bien a quién había parido.

Martha recorría el parque. La cita con el compañero «Julio César» era la tarea. Día dos de abril 12:30 h frente al número 33 de la calle estrecha del barrio que circunda el deportivo Atlante. Allí en el jardín Estrella de la colonia Libertad y justo enfrente de la banca que tiene una rotura en el centro del respaldo. Allí era el sitio. Como era natural pocos, muy pocos de su célula conocían a «Julo César».

Las instrucciones del siguiente paso le serían entregadas en un sobre de papel de estraza que contenía un documento cifrado. La contraseña que debía dar y que le enseñaron a Martha era por demás ilustrativa y casual: un hombre con una bicicleta, caminando, le diría: –Estás muy buena, mamacita...-. Y la ofendida Martha debería responder: –Buena, tu abuela–; y acto seguido le debería dar un golpe al sujeto y dejando caer su bolsa de mano para que el «contacto» aprovechara ese momento y metiera rápidamente el sobre en esa bolsa al tiempo en

que se deshacía en disculpas: –Usted perdone, señorita, fue un choque sin querer, *ái* muere, ¿no?

Y ni una palabra más ni una palabra menos. La acción debería ser así, casual, así de «inocente», así de simple, para no caer en un error que pudiera tener resultados negativos y fatales para el Comité de Huelga. Así de «inocente» era el montaje y la escenificación para la entrega de tan valioso documento.

Martha, la compañera «Lidia», repasaba todos y cada uno de los pasos que debería de seguir. Y cuidarse bien, pues en la ciudad, y sobre todo los estudiantes, o los jóvenes que parecieran serlo, todos, eran un enemigo en potencia y por lo tanto la vigilancia era estrecha y para el que cayera en el Campo Militar sería éste su último lugar en la tierra.

Sí, decía Martha, el tipo de la bicicleta, el piropo, la bolsa de mano, la caída, el sobre, etc., y así una vez y otra: el tipo de la bicicleta, el piropo...

Martha llegó a la banca. Correcto. Allí está la rotura en el centro de la banca. Bien. Todo marcha bien. Y enfrente, cruzando la calle estrecha debe estar el número 33. Sí, estupendo, allí está visible el número 33. Ese era el lugar. La hora también. No había dudas. Ahora a esperar al tipo de la bicicleta, caminando. El sol pegaba un poco más de lo normal. El sol parecía estar enojado, lanzando con furia todos sus rayos. La caminata y el ajeteo vehicular le habían provocado mucha sed. En la esquina estaba un tendejón. Martha «Lidia» metió mano a su bolsa y las monedas que traía alcanzarían para comprar un refresco. Pero no, no. No debo ir –se dijo a sí misma–. Eso



no estaba previsto, no lo puedo hacer pues algo podría salir mal.

Me quedo aquí, con mi sed. Y Martha se recriminó su deseo de tomar algo líquido. Aguantarse la sed era lo indicado para una luchadora social. Total, en una hora más estaría en casa y se prepararía una deliciosa agua de limón. Sí, bien.

No puedo distraerme con nada. No puedo arriesgar esta operación. Este documento debe ser recibido como se me ha indicado y luego entregarlo sin demora alguna. Debo cuidarlo como si fuera una larga varita de cristal. Es mejor repasar desde el principio todos los detalles, repasar las instrucciones, verificar los pasos que se vayan dando. Y rectificar luego los pasos y las acciones que debería hacer para después de recibir el documento del tipo de la bicicleta: tomar un taxi, irse a la colonia Gertrudis Sánchez, bajarse en el semáforo que está después de la avenida que cruza el mercado popular de La Violeta. Pararse enfrente de la carnicería La Esperanza. Verificar otra vez la hora y esperar quince minutos a que pasara otro taxi con un hombre y una mujer dentro. Él, llevaría una camisa azul, de algodón, muy usada y un pantalón de mezclilla con cinturón rojo. Ella, la mujer, llevaría puesta una falda color blanco y con un estampado de adornos de flores negras. Además, llevaría una bolsa de cuero color amarillo, y esta pareja la invitaría a subirse al taxi diciéndole a Martha:

–Súbete, Juanita, qué milagro que te encontramos. ¿eh? Nosotros también vamos para allá. Vente. Súbete. Aquí andar es peligroso para una joven como tú. Súbete.



Martha sabía que el cuidar todos los detalles, el seguir hasta lo último el plan propuesto era de vital importancia. El único estado viable para ellos era el estar alerta. Toda posible precaución tomada era poco, la situación era tensa y las fuerzas del «orden» estaban desatadas. «Cuídate», le habían dicho en el Comité.

Y allí frente a la banca con la rotura y frente al número 33 Martha se repetía el siguiente paso: –El taxi, la pareja, el «súbete nosotros también vamos pa...».

No había terminado de decirse esta última parte de la contraseña cuando una mano le tomó el hombro derecho. Quedó petrificada. Eso no era lo convenido. ¿Quién podría ser? Evidentemente no era nadie de su célula. ¿Y si fuera un asaltante? ¿O un galán inoportuno? Las preguntas se le amontonaron en la mente. Recordó –y no era el momento adecuado para ello– cuando los federales llegaron a su pueblo y cómo a don Jesús Balandrán, el que era el líder de los campesinos, el que les daba la voz de justicia y los representaba ante los amagos policiales, el que redactaba las quejas, el que los defendía a carta cabal de los desmanes de los terratenientes y de los ataques de los diputados oficiales y de la presión de los presidentes municipales del PRI, aquel hombre de lucha y que se había ganado la amistad y el respeto de los hombres del campo, por su valor y por su claridad de miras y por su firme bandera zapatista; y ese hombre de aspecto bonachón, que los domingos le daba a la niña Martha unos succulentos elotes asados espolvoreados con chile rojo y untados con limón, a este hombre de plena convicción revolucionaria, Martha vio con angustia cómo era subido con lujo de fuerza a una



camioneta negra, sin placas y que cuando arrancó dejó una estela de polvo. Ya nunca más se supo de don Jesús. Ya nunca volvieron a ver por esos lares a don Jesús Balandrán. Desapareció para siempre. Se fue el hombre bueno. Se fue por el camino de nunca jamás.

Martha, esperó inútilmente que el hombre llegara algún domingo para ofrecerle a la niña su ración de elotes de la temporada. Muchos compañeros de lucha habían dicho que los soldados lo torturaron y luego su cuerpo fue arrojado al mar. Cuentan que don Jesús nunca les dijo a los milicos los nombres de nadie. Ahora, por las noches de frío y niebla, dicen las mujeres más viejas de la comunidad que don Chuy Balandrán sale todo él allá junto al nogal que hay en su parcela, y que desde allí les grita a los soldados que un día se podrá vengar de ellos.

—¿Cómo estás, Martha? ¿Ya no te acuerdas de mí?

Pero la mano era de hierro y no le permitía voltear para poder ver al intruso. Esa voz, en todo caso, ya la había escuchado. Pero, ¿dónde? Por su cabeza circularon, como en una pantalla, los salones de clase, las casas de los vecinos, los puntos de reunión de los compañeros, el lugar de sesiones del Comité. Por sus ojos desfilaron rostros de los policías que estuvieron asignados en los pelotones de la muerte... Y no encontraba en ese repaso a la posible persona que tuviera el timbre de esa voz. Esa voz imperativa se dirigía incisivamente a ella, y cosa grave, la llaman con su nombre. ¿Sería su turno? ¿Sería su última aventura revolucionaria?

—¿No te acuerdas de mí, verdad Martha?—, insistía el individuo que la tenía sujeta de su hombro y que el dolor le empezaba a molestar ante aquella presión que

esos dedos ejercían. Esa mano era muy fuerte, pensaba Martha, esa mano es dura. Fría, como si manejara fierros, acero... fusiles... rifles... metralletas...

El temor empezó a invadirla cuando llegó a estas conclusiones. Cuando repasó las palabras, rifles... metralle... Se armó de valor y de una fuerza sacada de quién sabe dónde, logró voltear su rostro. Quedó muda. Petrificada. Una sonrisa más que cínica salía de un tipo joven, alto, fornido y con el pelo cortado como militar, nariz recta... Sí, era el que semanas atrás había preguntado en su casa por Raúl. Esa era la voz que ahora recordaba. Demasiado tarde. El mundo se le vino encima. Su vista se nubló.

En medio de un grupo de paseantes, un hombre caminaba llevando a su lado una bicicleta. Buscaba con discreción una banca con una rotura en el centro del respaldo y comprobaba que al cruzar la callejuela estuviera enfrente una casa marcada con el número 33. Y el hombre se decía que una joven guapa, con vestido gris y con rayitas amarillas, y suéter guinda y con una bolsa de mano lo estaría esperando.

A ella, y nadie más que a ella le debería entregar el documento...







# Ceci

La música del danzón deleitaba a la nutrida concurrencia del salón de baile. *Nereidas* sonaba con sabor, era el rico sabor tropical. Acerina y su danzonera constituían la cumbre musical de aquel lugar. Las parejas de bailarines sacaban a relucir su buena escuela, mostraban su estilo, su técnica impecable y ponían corazón, cuerpo y alma en cada movimiento y para mostrar su sapiencia dancística en el baile, movían con cadencia la cadera y cuerpo, porque este ritmo, el danzón, se debe ejecutar con medida, nada debe estar o verse exagerado, solo hay que hacer los movimientos indispensables, solo debe imperar el estilo sobrio, como lo dictan las clases de los maestros. El brazo izquierdo del barón debe estar a cierta altura, sin pasarse de ella, tomando como referencia el hombro de la dama. No. Nada de tomar las cosas a la ligera, hay que dar la debida importancia a las reglas.

Los cuerpos deberán estar muy juntos dejando, en todo caso, unos diez o quince centímetros de espacio entre pecho y pecho, justo la distancia que determine el brazo del caballero extendido lateralmente y tenerlo siempre paralelo al de la pareja. No más. No repegarse. Mirar siempre al frente, como quien mira a lo lejos. No mandarse en los movimientos. No exagerar nada. Y que sea ese un todo, sus siluetas, que luzca estéticamente bien. La vestimenta deberá ser sobria, elegante pero sobria. El caballero puede usar smoking o traje negro impecable, moño o corbata que combinen con el color del traje y zapatos de charol, muy limpios, muy chéveres, muy relucientes. Y la dama, si trae vestido de coctel de chaquiras negras y puntos dorados que lancen destellos cuando cruce alguna zona del salón que tenga una luz intensa, qué mejor. Los bailarines deberán concentrarse en el ritmo impuesto por la orquesta y hacerle caso a la melodía. No distraerse con nada. No andar «pajareando». No ver de reojo a otras parejas. Sí, cada quien con su peculiar estilo. Sobre todo, el caballero no debe mirar a la dama de otro bailarín, eso es de mal gusto y no se ve ni se recibe bien. Cumplidos estos requisitos, habrá que meterse luego a la sabrosura y a la profundidad y a la cadencia rigurosa del son.

El danzón está hecho a la medida de los que sienten una pasión genuina por el baile. Está que ni mandado hacer para los que aman el ritmo y tienen un gran gusto por este deporte social de salón. A la dama, en fin –y lo mandan los cánones– se le tratará con finura y con decencia, con cariño y con respeto. De lo que se trata es

de bailar y bailar bien, con todas las de la ley. Algunos individuos que llegan allí para «ligar» tomando como pretexto el baile, están perdidos. Allí no tienen un lugar. Salen sobrando. Son rechazados. Claro que ciertas veces sale un prietito en el arroz. Pero son casos aislados.

Ivonne, que por supuesto llevaba puesto un vestido largo y adornado con chaquira negra y zapatos de charol y tacón alto, descansaba en una mesa después de bailar una larga «tanda» y charlaba animadamente con Ceci.

–Pues para mí, Ceci, tú eres muy coqueta. Esa falda que traes puesta está muy corta. Los caballeros aquí presentes se sentirán provocados y algunos apenas podrán contener alguna mirada libidinosa que los obligará a que te la lancen. Y perdóname, eso está mal. Ya van veinte veces que te lo digo, pero por una oreja te entra y por la otra te sale.

163



–Ay, Ivoncita, pero ya para tu barco. Hoy, amiguita, querida Ivonne, quiero estar contenta, así que no me cortes la inspiración. Mira, fíjate bien, ayyyyy, parece que ya ligué con el cuate aquél, el del traje gris brillante.

–Ay, Ceci, mira con quién te metes. Ese es un pachuco paranoico, que yo, te lo digo, no sé cómo lo dejan entrar a este sitio. Tú no entiendes que aquí a este sano lugar de esparcimiento no se viene al ligue.

Además, ahora que me acuerdo, tú estás de luto. Sí, ya ni la amuelas. Tu mamacita se murió hace una semana y tú dándole vuelo a la hilacha. Me decepcionas. No me parece bien lo que haces. Pórtate como gente decente. Hazlo por el recuerdo de tu madre.

–Oye, manita, no vengo aquí a recibir sermones. Para eso está la iglesia, ¿no crees? Y mírate, tú también tienes la música por dentro, no te hagas la mosquita muerta. Mira. Mira cómo me está viendo mi galán.

–Sí, te está echando ojos como para desnudarte. Pero, ¿qué no te das cuenta? La vas a regar bien feo si te enrolas con ese tipo. Yo, como amiga, te lo advierto, después no vayas a salir con domingo siete.

–¡Huy!, con ese choro hasta te pareces a mi mamá.

–Que en paz descanse, aunque te pese.

–Sí, que descanse en paz, pero mientras descansa, yo voy tras ese «mono». Míralo, está requetebién.

–Ceci. Al menos deja que él venga aquí, no la riegues, no seas tan fácil. Que al menos se tome esa molestia.

–Bueno, mi querida Ivonne, te voy a hacer caso. Pero que conste. Si no llega a mi mesa en cinco minutos, o cuando termine este danzón, yo me lanzo al ataque.

–Pues ultimadamente, haz lo que quieras. Vive tu vida. Yo tengo que vivir la mía y la tengo muy diseñada ya. Así que lo que hagas o dejes de hacer me tiene sin un maldito cuidado. Es más, no sé por qué sigo siendo tu amiga. Pensándolo bien, tú y yo no tenemos nada en común. Siempre que nos vemos es para puro pelear.

–Bueno, ahora viene el sermón de la montaña. Mira, Ivoncita querida, estoy, por si no lo sabes, harta de tus pinches sermones. Quiero decirte que si eres mi amiga en realidad lo eres porque te gusta como soy, no lo niegues, mosquita muerta. Un día te enojas conmigo por culpa de mis galanes, que a ti ni te pelan, y al otro día



amaneces tan contenta... Ah, ya caigo, pienso que tú quisieras estar en mi pellejo y gozarla como yo gozo con los chavos de la calle donde vivimos. Sí, te conozco mosco dijo un zancudo. Pero tú ya sabes que así como eres con tus altas y tus bajas y tus berrinches y tus regañadas, yo te aprecio. Me cae. Sí, te quiero a pesar de esos sermones tuyos propios de una vieja fodonga. De verdad. Eres como mi hermana mayor, y muy mayor, ¿eh? Que conste.

Ante la sonrisa cínica y ante la «cómoda» explicación hecha a la manera de expresarse de su amiga Ceci, Ivonne no tiene más remedio que aceptar las cosas que vienen de la amiga y tomarlas así como son, sin mayores complicaciones; y tratar de vivir la vida sin echarse más cruces sobre la espalda, que ya bastantes tiene Ivonne en su casa.

Un mesero llegó hasta donde las amigas discuten y ponen a prueba su amistad. Como es conocido de ellas y de confianza se sienta en su mesa.

—¿Y qué pasó, mi Ceci? ¿Cómo van las conquistas del día? Bueno, acá entre nos te felicito pues los encargados de este antro no se han dado color de lo que haces, si no ya te hubieran puesto de patitas en la calle. Aunque, ya sabes, yo siempre que puedo te echo la mano y te cuido, ¿no? Sí, mi Ceci, eres una chica lista porque he visto cómo haces tus ligues y, ay, condenadota, siempre «agarras» uno distinto, eso habla del poder que tienes para seducir... te tengo envidia de la buena...

—Qué quieres mi Emmanuel, qué le voy a hacer, manito, la vida me trata así. O sea, me trata bien y le doy



gracias a Dios. Ah, y no me vayas a decir que alguien muy importante y con coche nuevo a la puerta viene a preguntar por esta rorra.

–Ay, amiguita, qué comes que adivinas. Sí, mi Ceci. Sí. Un cuate muy *nais* pregunta por ti. Y no está mal el maldito, está como para comérselo.

–Hummm, mi Emmanuel hermoso, como tú eres bien «puñal» te parece que todos los hombres están muy buenos. Pero, bueno, yo debo ver antes de vender. No creas que con cualquiera me enredo. También tengo mis preferencias y mis gustos. Tengo mi corazoncito, ¿verdad, Ivonne?

–A mí no me metan en sus porquerías. Primero te quieres lanzar sobre el tipejo que está aquí, enfrente, y ahora sales con la novedad que te interesa el otro tipo, el que dice Emmanuel, y vergüenza te debe dar a ti, «conseguidor» barato... Yo vine a bailar y a divertirme sanamente. No me interesa la clase de vida que ustedes han escogido.

–Ay, qué carácter, chulita –le susurra Emmanuel.

–Bueno, contigo no se puede. A ver, mi Emmanuel hermoso, ¿quién es el fulano? ¿Le viste la facha de que pagará bien? Recuerda que, si es así, tú después de que me paguen te llevas tu buena mochada. Dime, ¿se ve que tiene lana, que es de «caché»?

–Pues mira, mi adorada Ceci, agárrate. Ahí te va la descripción: Es... es... es...

–Ay, canija Emmanuela, te ha de haber gustado mucho, condenada mujer fácil. Mira, no sabes ni cómo describirlo...

–No, manita, mira. Va: es joven, como de unos veintiocho años. Atlético. De pelo corto. Como de militar, alto. De nariz recta y tiene un...

–No sigas Emma, no sigas, ya con eso me basta, ¿dónde está?

–Allá, mira. Junto a esos señores que traen eso «guokitokis». Ha de ser muy importante. Parecen ser sus «guaruras». Que también están re buenotes...

–Ceci, te suplico que no vayas. Ya vi a esos señores y me dan muy mala espina. No sé por qué sentí algo malo en ellos. Fue como una corazonada... No sé... Algo me llegó... Algo malo presiento... por favor, no vayas...

–Ivo, cómo me dices eso, ¿solo porque te latió algo malo? Eres muy negativa.

–Voy para allá. Allí debe haber mucha lana. Vamos, acompáñame Emma de mi vida, y chance y tú también te liganes a uno de sus «guaruras», ¿no?, y que esta niña buena y refunfuñadora se quede aquí sola. Sí, Ivonne, pareces una vieja cotorra, y para que veas cómo te aprecio, te cedo, te dejo a mi admirador de enfrente. Vamos, mi Emma...

La música, pegajosa y envolvente, termina y un ligero murmullo de voces la reemplaza. El público aplaude a todos y cada uno de los ejecutantes, y más fuerte el aplauso dirigido al director de la orquesta, que lleva, por cierto, un smoking color cedrón y con un moño guinda que le adorna el cuello de toro. Sus zapatos lucen charolados y están impecables. El maestro agradece a nombre de todos los músicos el cariño y la aceptación del respetable público.



–Hola, yo soy Cecilia, y tú, ¿cómo te llamas?

–Eres muy guapa Ceci, estás muy bien. A ver, amiga, date una vuelta, te quiero ver toda. Cecilia obedece. Lo hace sabiendo que tiene un cuerpo estupendo al cual pocos hombres podrían resistir su atracción. El hombre que tiene enfrente no va a ser la excepción.

–¿Qué tal estoy, ¿eh? ¿Te gusto?

–Me gustas mucho. Nomás de verte me dan ganas de... Creo que tú y yo vamos a hacer muchas cosas muy buenas. Ya lo verás.

–No sigas, porque luego a lo mejor no me cumples. Y pues, me podrías dejar muy picada, ¿no?

–Ceci, antes de hacer planes y antes de hacer un buen arreglo entre tú y yo, debo decirte algo un poco delicado y necesito tu comprensión. Quiero que me ayudes en esto, ¿sí?

–Pues dime, para qué soy buena. Tú nomás me dices «hebras» y nos enredamos.

–Primero quiero preguntarte si tu apellido es González y si tu mamá se llamaba Juana? La que por cierto murió hace una semana.

–Ahhh, me tienes bien checadita. El joven no quiere arriesgarse así nomás. Bueno, sí, mi mamá, que en paz descansa, la pobre, se llamaba Juana y se apellidaba González. Oye, pero, ¿qué onda? Por qué tanto rodeo. Háblame derecho y no hay bronca de nada. Y si eres una «tira» tampoco hay fijón. Yo estoy sana y soy mayor de edad. Y yo no acostumbro a jugar chueco a ninguno de mis amigos, mi boca se cierra y no «recuerdo» nada ni cómo era quien estuvo gozándola conmigo; si no que te lo diga aquí el Emma...

–Calma Ceci, la cosa es calmada. Vamos bien. La pasaremos mejor, ya verás la divertida que nos vamos a dar... Oye, y tu hermana se llama Martha, y esto es de ella, mira –y le muestra una medalla de oro de la Virgen de los Remedios.

–Échale, sí, es de mi hermana y ese que dices es el mero nombre de ella. Martha. Pero, por favor, no quiero saber nada de ella. Mira, acá entre nos desapareció o más bien hace ya más de diez días que no llega a la casa y creo que ni se enteró la muy canija de la muerte de mi madre. Esa condenada malagradecida siempre estaba hablando mal de mí. Y si algo te dijo, si rajó algo de leña, si te dijo algún chisme, espero que tú no lo vayas a creer, ya te lo dije que yo soy derecha y no ando con cuentos. Me decepcionarías si le hiciste caso a algo que te dijo. Así que yo no sé nada de ella, ni a dónde se ha ido ni nada. Esa Martha era una mosca muerta. Mira, acá entre nos, a lo mejor esa monjita se fue, se «pintó» con su noviecito. Pero, oye, qué onda, ¿qué hay con ella?

–Quiero que vayas conmigo para que me ayudes.

–Sifón, dime, ¿en qué te ayudo?

–A identificar su cadáver.







# *La Virgen de Guadalupe*

Con esas últimas palabras se cortaba gran parte de la narración escrita en el libro encontrado por «Pedro» en aquella azotea de la vecindad. Estas imágenes del pasado y que ahora «Pedro» las vive plenamente allí sentado en la azotea que años atrás fue su refugio, hoy quizá vea las cosas, todo lo sucedido, con otra visión. Para él los años no han transcurrido en balde.

Se levanta, camina un poco, se cerciora de que nadie está por esta parte de la ruinosa vecindad. Toma asiento. Luego una música alegre y pegajosa sale de la pulquería que está cerca del lugar que ocupa «Pedro». Esa melodía de hoy, las historias del libro andrajoso, lo remiten otra vez a su pasado. La tarde le había traído innumerables recuerdos. De la lectura iba luego a los momentos históricos allí narrados. Todas las aventuras descritas fueron vividas con intensidad y hoy quiere leer lo más que

pueda. Además, la polilla y la humedad habían hecho su obra y varias páginas eran totalmente ilegibles. Pero «Carlos» y lo que le había acontecido –la «película» de esa parte de su vida– «Pedro» había sido testigo. Sí, ha pasado por varias emociones. Un ligero dolor de cabeza venía a completar ese cuadro desgarrador. Toda esa carga emotiva era una carga para su cerebro. Pero a estas alturas, «Pedro» no podía detener la lectura y el alud de hechos y sucedidos caían en tropel.

Aquel día fue de fiesta. Las banderitas de papel picado cruzaban el patio de la vecindad y los colores de los vestidos de la gente y la gente misma se movían al son de la música que salía del tocadiscos Garrard de don Pascual. Y lo que salía era la bien timbrada voz de Jorge Negrete.

• • • • •  
172  
–Y no me vayan a decir que ponga a ningún otro cantante, ¿eh? Que les quede bien claro: ninguno –bramaba con su gutural voz el amigo Pascual, al tiempo que iba poniendo uno a uno, conforme terminaban de girar, los discos de pasta de 78 rpm que contenían las favoritas del charro cantor.

–Y antes de que empiecen las protestas, que las puede haber, no lo niego, les digo que yo prefiero estos discos y que me gusta escuchar estas grabaciones originales y no esas cosas nuevas, esos elepés, dizque estéreos y de *jai fideliti* y demás menjunjes. ¿Me entienden? Sí, señores, mis discos tienen vida, tienen sabor. Desde luego que nadie osaba contradecirlo. De hecho, a toda la familia, incluida su hija Rosa, le gustaba escuchar el que fue un cantor muy popular. Y les gustaba



porque esa presencia brava de Jorge les decía que allí en sus canciones había un México que se iba hundiendo poco a poco. Ese México al que ya se notaba que se lo iban tragando, lo iban devorando los adelantos científicos y técnicos del mundo capitalista. Los tiempos que corrían no eran buenos y ya se anunciaba con trompetas maquiavélicas los tiempos de la globalización. Negrete les traía el grato olor del terruño. Le recordaba a la yunta para sembrar y el mezcal y el ganado que era arriado a los corrales de la hacienda. Les recordaba la campaña zapatista. El traje de Jorge era el de la faena y del trabajo cotidiano, su sombrero de ala ancha, traía consigo los ecos del azadón febril trabajando en la parcela ejidataria. Y la voz del charro los llevaba sin remedio al sonido de la barranca, los transportaba a donde podían escuchar el aire pasando entre los nopales cuyas tunas cardonas se caían de maduras. Esa música los llevaba directo al olor de los rosales, al deslizarse de la soga por el brocal del pozo. Total, en ese momento cuando Jorge decía: «Dicen que soy hombre malo y mal averiguado...», los ponches calientes y con su piquete de ron pasaban por las gargantas de los amigos y amigas y los demás invitados al cumpleaños número setenta y cinco de Pascual, el comunista aguerrido, el mexicano hasta las cachas y el vendedor de cachivaches. Y el adorador de «Carlitos Marx».

Y aquí, al recorrer el vetusto libro, «Pedro» no puede contener una leve sonrisa. Esa historia era para eso y más.

Por la ventana principal de la casa de don Pascual se alcanzaba a ver lo que era toda una provocación monu-



mental: el rostro y la figura de la Virgen de Guadalupe. Sí, la mismísima Virgen de Guadalupe. Ya no lucía el cuadro monumental de papá Stalin. No. Ya no estaba allí el hombre que había forjado tantas historias en la URSS. Evidentemente que esta historia merece una completa explicación:

En días pasados, los vecinos, alarmados por el ateísmo errabundo de Pascual, los compadres y los curiosos amigos y las beatas del vecindario, en fin, casi todos los que habitaban la vecindad, le habían regalado un cuadro de buen tamaño de la Patrona de América, presente hecho con la condición única e insalvable, so pena de que si no lo hiciera así, Pascual, en castigo divino recibiría castigos inimaginables y todos ellos fulminantes y sin escapatoria posible, y que era nada menos que colocar en la sala principal aquella Virgen todopoderosa. Y tirar a la basura, casi, el cuadro del horrendo diablo llamado Stalin. Desde luego que don Pascual en aquella tan señalada ocasión, gritando, renegando, refunfuñando, aceptó cumplir con tal tarea, cosa turbia que contradecía claramente su posición político-filosófica. Rosa, su hija, ni nadie del círculo de compañeros y amigos cercanos a don Pascual, podían dar crédito a lo sucedido en aquella tarde aciaga e infausta, terrible y horrenda para los sentimientos profundos de aquel hombre colocado en la mera izquierda de los asuntos políticos y, además, él, que era un comecuras incurable, tener que aguantar aquella afrenta.

Pero así sucedió. Esa era la verdad. Esa es la historia, cruel, pero verídica.

Es más, los mismos oferentes, a los que, por cierto, y en honor a la verdad, el cura de la iglesia del barrio, que era el verdadero y principalísimo instigador de acto tan vil, no creían lo que sucedía. Sí, el cura, y nadie más que él, a los vecinos todos los había alebrestado y con sus rezos y ruegos convenció a todos para que cometieran ese acto tan deleznable. Y ni el cura ni nadie habían creído, durante la maniobra de gestación, que aquel comunista tan reacio fuera a aceptar esa imagen. Y más todavía obraba en contra el que tenía que colocarla en su sala principal. Así que fue una sorpresa mayúscula que provocó, entre otros «milagros» el que doña Concha, la del 15, organizara, en secreto y encabezados por el pícaro cura citadino, una peregrinación de acción de gracias a la Villa de Guadalupe, para agradecerle a la Virgen ese milagro tan grande.

Y fueron a la Villa todos descalzos para rendir pleiteoría a su poder divino que logró –milagrosamente– que el ateo ese, tuviera su salvación eterna, teniendo en su casa aquella imagen divina.

La otra realidad era que a don Pascual la edad, los años, le habían caído de repente. De pronto había perdido algo de su ímpetu natural. Se notaba que le había disminuido la fuerza. Ahora parecía un anciano. Sí, así fue. La mañana de aquel sacro y memorable día, don Pascual estaba sin ganas de levantarse de la cama, tuvo que hacer un esfuerzo monumental para abatir la cobija y quitarse la sábana. Pensó y repasó todos los discursos que de Lenin sabía y que éste había pronunciado contra los mencheviques. Por la memoria de don Pascual pasa-



ron los días aciagos en los que él y otros obreros habían sufrido de manos de granaderos y soldados los golpes y las torturas, pasaron por su mente los días de las huelgas en contra de los explotadores dueños del dinero, y repasó a todos los que habían defendido los postulados de la Revolución Mexicana.

Sus ojos saltaron de felicidad cuando trajo a su memoria la noche aquella en que le lanzó los huevos al presidente. Y sus días de cárcel y su liberación. Solo esas imágenes le pudieron proporcionar alguna fuerza para dejar la cama, y justo cuando se sacudía la modorra, cuando se preguntaba a sí mismo que qué le estaba ocurriendo, cuando se hacía cruces por la debilidad de su cuerpo, y que aquel malestar pudiera ser producto de alguna ensoñación y que quizá ya se encontraba en las mismas puertas del infierno pues ya casi sentía las llamas que lo tatarían; no aguantó más y cayó otra vez en cama, fue presa de algunas convulsiones y con la fiebre que había subido varios grados, el sudor perlaba su frente, y su cabeza giraba, no por este mundo, sino por el mundo perdido de los sueños. Justo en ese momento de pesadilla y de perturbación mental iba la procesión, con el cura ladino que enarbolaba un Cristo en una mano y en otra agitaba a la Virgen de Guadalupe, mientras otras almas piadosas llevaban consigo el cuadro de la Santa Patrona y se lo mostraban a los enceguecidos ojos de don Pascual.

Pascual creyó, de verdad, que se encontraba en pleno sueño maligno, que aquella era una pesadilla siniestra enviada por sus enemigos mortales, uno de ellos que

le saltaba y sobresalía era el cura gritón, y eso le confirmaba al pobre Pascual lo hundido que estaba en lo más rojo y profundo del averno. Sí, apenas alcanzaba a razonar en su mente afiebrada, y se decía que aquella era una venganza de las persignadas mujeres de la Adoración Perpetua. Luego, en su trágico sueño, recordó que la noche anterior había estado tomando unos tequilas con Jacinto, el del 5, y que luego remataron con unos ricos tamales de mole y de chile verde, comelitón que había sellado aquella diversión nocturna, y que ahora su estómago protestaba también, así como también recibía las brujerías y las malas vibras y el mal de ojo y los encantamientos que maquinaban sus enemigos y que todo aquel aquelarre era la orquestación de la venganza de los fúnebres catoliquillos. Así que don Pascual, creyendo que seguía en la región oscura de un limbo y que estaba en la cumbre de un sueño macabro, dijo, sin ser él mismo, que sí, que sí, que todo lo haría con gusto. Que cumpliría lo que aquí le habían pedido. Total, decía para sí, dentro de un rato despertaré de esta pesadilla horrenda y todo quedará en el olvido.

Después de haber dado su consentimiento y que aquellos seres malignos salieron festejando tal milagro, don Pascual, se cobijó nuevamente y prosiguió con un sueño reparador. Por eso aceptó todo, porque recordó a Calderón de la Barca cuando escribió que la vida es un sueño y los sueños, sueños son.

Aquella «ceremonia» en realidad duró como una hora. Y Pascual, en su derrumbe mental, sólo atinaba a emitir uno que otro gruñido, entre pausa y pausa del



cura merolico y de los evangélicos seguidores. Estos gruñidos sonaban más a un sí; de esta manera fue como ocurrió todo este maremagno. La realidad era así. Y pasaba en la decisión el que don Pascual era un hombre de palabra. Y don Pascual había aceptado todo. Se había comprometido, y lo cumpliría, con aquella carga que hoy lo hundía en el dolor más intenso. Ese fue el día más trágico en la vida de don Pascual. No todos los sueños se convierten en realidad. A don Pascual, le jugaron una mala pasada y su sueño se volvió una rotunda pesadilla. Ese fue el principio del fin.

Rosa, su hija, había notado que la salud de Pascual se había venido para abajo a partir de aquella infausta gesta y que su padre desde aquel negro día permanecía horas enteras cavilando, meditando, rumiando su pena y su calvario que era tener enfrente aquella Virgen. También solía repetir los mismos gruñidos que emitiera cuando las huestes cristeras y virginales le entregaron la imagen sacrosanta. Quizá por esa circunstancia y esa jugada histórica se hacía el desentendido y cuando pasaba por la sala principal de su casa, don Pascual se desplazaba como cangrejo, sí, como cangrejo, de lado para no ver a la Guadalupana.

Don Pascual en sus ratos libres se repetía gozoso: «Lo bueno de todo, es que no hay mal que dure cien años».

Así pues, esa otra tarde de sol y música, de alegría, de canciones cantadas por su charro preferido, por el cantor mexicano Jorge Negrete, don Pascual se sentía recobrado. Por eso su voz se había recuperado y chaceaba-

ba con todos y brindaba con todos. Esa actitud le ayudaba a olvidar aquella pesadilla dantesca.

La fiesta terminó cerca de las dos de la mañana. Muchos discos de Negrete se habían rayado de tanto tocar. Pascual había quedado profundamente dormido, como hacía tiempo que no lo había hecho. Durmió tanto que su vida se quedó vagando en el sueño...

Lo enterraron allá arriba, paradoja extraña, suceso irreversible, cosas de la vida y la muerte, jugarreta del destino, en el cementerio de Dolores el día doce de diciembre.











# *La realidad*

Quizá impulsado por lo que el libro aquel contenía, tomó a su vez un papel y pluma y algo comenzó a escribir:

–Al terminar de hacer esto lo haré pedazos, y veré cómo el viento se los llevará por el aire. Será como arrojar mis cenizas en este Valle de México. Aquí seguirán reposando mis recuerdos.

Escribió esto:

«Ahora voy a revelar algo. Yo soy el comandante «Pedro». Hace algunos días llegué a la capital mexicana y como era de esperarse me fue imposible sustraerme al pasado, pero también, lo puedo decir, deseaba encontrar mi otro yo. Llegué directo a este lugar. En aquellos días de turbulencia y durante la represión inabarcable desatada contra todos nosotros, yo emigré a Centroamérica, al El Salvador, allí fijé mi residencia. Allí, ayudado por otros compañeros de lucha, me cambié mi nombre real. Ahora tengo otro. En realidad, ahora creo que soy otro. Otro distinto, me refiero a que hoy que he

madurado, veo las cosas con más calma, las analizo a profundidad, y sin olvidar para nada, ni hacer menos mi educación marxista, creo que se debe hacer un estudio amplio de las contradicciones actuales de la sociedad en general. Hoy soy menos impulsivo. Allá, en esa hospitalaria tierra, en esas tierras de calor humano contraje matrimonio. Tuve hijos. Y hasta la fecha nadie ha descubierto mi verdadera identidad. Bueno, eso creo. Allá me integré de lleno y con toda mi pasión a las luchas de liberación nacional que por los años setenta tuvieron lugar en esa hermana república. Hoy, la CIA, debe tenerme fichado. Estoy en plena comunicación con un grupo que quiere radicalizar la lucha. Pero, bueno. Esa podría ser otra historia.

184

»Un buen pretexto para las autoridades migratorias en mi estancia mexicana es que llegué aquí para cumplir una tarea mundana: arreglar unos asuntos legales relativos a mi esposa y que necesita ella para poder tramitar todo lo concerniente a su tesis. Ella estudió aquí en la UNAM. Y bueno, siguiendo los pasos de antes, y huyendo, recordando los vericuetos que nos habían salvado, llegué a esta vecindad que fue nuestra guarida. Por cierto, en la pared de la calle hay un letrero que dice: *Esta contusión será demolida el diez de mayo. Se le ruega a los inquilines que todavía viven aquí que saquen sus pertenencias. No nos hacemos responsables si no.* Sí, lo anoté con todo y faltas de ortografía. Hago esta mención porque yo había creído que, en este año de 2015, México no tendría más analfabetos, pero...

»Y bien, esta azotea que, si bien antes se encontraba en un estado lamentable, hoy este escenario es más patético. Hay más ratas y más nidos de palomas por todos lados. Polvo y suciedad y abundante basura llenan el espacio que antes ocuparan los tendederos, allí en donde Rosa hacía su trabajo...

»Estoy aquí, otra vez, después de tantos años. Aquí, donde solíamos hacerlo el comandante «Carlos», aquel joven Raúl García, aquel entrañable compañero, al que por cierto no pudo salvarlo su disfraz mágico, y cuyo cadáver no fue encontrado jamás. Desde aquí, «Carlos» amigo, entrañable y recordado «Carlos», te envío un saludo revolucionario... Y perdón por esta lágrima que se me ha escapado. Te saludo conmovido hasta los huesos por tu actitud de entrega».

«Pedro» sigue escribiendo.

»Muchas cosas parecen no haber cambiado y haber marchado hacia adelante. Claro que México ha avanzado en muchas áreas, ha tenido un crecimiento material enorme y se gozan de más libertades que nosotros no teníamos. Pero, por otro lado, existen millones de pobres, millones de marginados, millones de obreros despedidos, el país ya no tiene en propiedad ni el petróleo ni sus mares ni sus aguas, ni sus minas.

»Y cosa impensable, la derecha se entronizó en el poder. ¿Fue inútil nuestra lucha? Porque hoy México está totalmente entregado a los intereses norteamericanos. Es un país que ha perdido soberanía y dignidad, carece de la humildad republicana, valor que ha pasado a



la historia escrita. Yo, cómo Diógenes, ando en busca de intelectuales críticos. En el verdadero pasado, enterradas, se encuentran las luchas, las nuestras y las de Lucio y las Genaro. Tu vida, «Carlos» fue sacrificada en vano.

»Pero, bueno. Ya haremos algo. Todavía tenemos fuerza y valor y coraje. Me voy. Bueno, sólo quiero decir, por último, y con ello rindo homenaje a miles de mujeres que, como ella, desde aquí, desde este lugar en el que estoy parado, desde esta azotea, en donde escribo esto, que solía yo contemplar a mi novia Rosa, la que tendía por las mañanas la ropa de su familia, le digo que su humildad, su discreción ante el despotismo, ante la represión, no valió nada. Fue acosada, ella no era católica y tuvo que salir, tuvo que huir de este guadalupano país. En fin, no he vuelto a saber nada de ella. A decir verdad, no la busqué jamás. Estuve ocupado en la organización de otras luchas sociales. Ya se escuchan algunos tambores de lucha. Voy a eso.

»En fin, aquí, como hemos visto, en este montón de ladrillos y en esta basura de siglos, asomaba la punta de este libro, de este diario. «Carlos», que por más esfuerzos que hago no logro recordar cuándo lo empezó a escribir. Sí, nunca me di cuenta de cuándo se ponía a escribir estas notas. Lo ocultaba bien. Él no me hizo ningún comentario. Lo que sí recuerdo, aunque remotamente y esa puede ser la clave, es que una noche de plática y descanso y mientras las estrellas se movían en círculos lejanos, y que, además, restablecíamos las heridas de las múltiples caricias policiales, algo me comentó sobre un libro que dejaría en el hueco del segundo ladrillo de la

barda que daba a la pared de la casa de doña Inés. Pero no le di ninguna importancia. Ahora esa barda está totalmente caída».

«Pedro» termina de escribir. Acaricia el papel. Lo huele, lo aspira, lo acerca a su pecho. Lo pasa por su frente. Empieza luego a hacerlo pedazos. Lo lanza al aire, que el viento en esos momentos sopla con mayor intensidad. Las hojas vuelan. Vuelan por las ruinas de la vecindad. Vuelan como pajaritas de papel picado.

Un ruido distrae a «Pedro» de esta acción. Tres individuos, navajas en mano, lo amenazan. Son los mismos matones que robaron y asesinaron al hombre que quizá en la pulquería, en donde cayó abatido, había forjado sueños mejores, tomaba su «tornillo» o su «maceta» y se deleitaba con aquel neutle curado, el parroquiano no imaginaba que al salir no iba a realizar todo lo que allí dentro del antro se había imaginado, quizá salió algo eufórico y contento con sus planes. Sí, al salir estaba la luz, estaba la libertad para conseguir aquello que añoraba. No pudo llegar a ningún lado, su sonrisa se trocó en una mueca de muerte.

«Pedro», acostumbrado a enfrentarse a peligros mayores, acostumbrado a eso y más, levantó un brazo. Algo iba a decirles, algo...

En la poco transitada calle lateral de esa vecindad en ruinas unos curiosos se arremolinan para ver a unos paramédicos de la ambulancia que llevan una camilla.

—Órale, *pa'* qué corren —dijo uno de ellos—, no ven que este ya está más *pa'llá* que *pa'cá*. O sea, está bien muerto.



Por entre la blanca sábana que cubre el cuerpo se alcanza a distinguir una mano que se aferra hasta el último momento a un libro casi deshecho, de hojas amarillentas, destruido por la lluvia, por los días, por el aire, por el olvido...

El *No vale nada la vida...* volvió a salir de la pulquería. Quizá ahora la repetía en la rocola algún amigo del hombre asesinado aquella mañana, y quizá lo hacía en su honor, quizá la repetía hasta el cansancio para recordarse a sí mismo que él, el bebedor vivo, pudiera ser la siguiente víctima propiciatoria. Pudiera ser el siguiente en la lista de la Parca. Pudiera ser el próximo cliente que llenara los bolsillos de los asaltantes.

Algunos chiquillos juegan atrapando pedacitos de papel que vuelan por la calle. Así que, aunque ya corre raudo el siglo XXI, esa pulquería, esos bebedores, esos asaltantes, esos asesinos permanecen allí, en ese lugar como un símbolo nostálgico, triste, ignominioso, brutal, de un México antiguo, pero tercamente presente.

Esa noche el «Popo» lanzó una gigantesca lluvia de humo blanco, de piedras incandescentes y su furia la acompañó con un temblor de tierra.

El espectáculo fue hermoso. En la noche, que era ya una boca de lobo, destacaban los fuegos exorbitantes del amante solitario que le hace los juegos fatuos a su Amada inmóvil e iluminan, como nunca, el Valle de México.

La vida no vale nada.



# Índice onomástico



19 DE SEPT. 1985

(Pág. 8): Un gran terremoto azotó a la ciudad de México: 8.1 grados Richter. Destruyó un sinnúmero de casas y edificios y causó la muerte de una gran cantidad de 35,000 personas.



ACERINA Y SU DANZONERA

(Pág. 116): Consejo Valiente a) Acerina. Uno de los más y mejores representantes de El Danzón. Música cadenciosa y romántica la de este grupo musical. (16 de abr. 1899, Santiago de Cuba - 6 de jun. 1987, Ciudad de México).



ACTEAL

(Pág. 14): el 22 de diciembre de 1997 un grupo de paramilitares, tolerados por el gobierno, realizó una matanza de miembros de la organización civil de lucha «Las Abejas», cayeron 45 indígenas tzotziles. El lugar es Acteal está en el municipio de Chenalhó, en la región de los Altos, Chiapas. «Las Abejas» son simpatizantes del Ejército Zapatista de Liberación Nacional.



«AGUAS BLANCAS»

(Pág. 14): Crimen de Estado. Masacre de 17 campesinos muertos y 21 heridos, perpetrada por la policía del Estado de Guerrero. Este crimen precipitó el surgimiento del ERP.



ANTONIO AGUILAR

(Págs. 6-7): Cantante muy popular. Gran jinete. Actor de cine, productor y argumentista. (17 de may. 1919 - 19 jun. 2007).



GRAL. CÁNDIDO AGUILAR

(Págs. 103-104): Cándido Aguilar Vargas. General que participó en la Revolución Mexi-

cana. (23 de feb. 1889, en Rancho de Palma, Ver. - 30 de mar. 1960, México, DF).

ALADINO

(Pág. 29): Aladino es una las muchas historias que animan *Las mil y una noches*, obra de las más famosas de la cultura oriental. El cuento que más ha trascendido es «Aladino y la lámpara maravillosa».

ALAMEDA DE SANTA MARÍA LA RIBERA (Pág. 34): Ubicada en la colonia de Santa María la Ribera, en la ciudad de México. Tiene un quiosco moderno muy bello.

JUAN JOSÉ ARREOLA

(Pág. 54): Escritor, fundador de talleres para el conocimiento de la literatura. Su prosa fina y profunda nos llega todavía con aires nuevos y frescos. (21 de sept. 1918, Cd. Guzmán, Jal. - 10 de dic. 2001, Guadalajara, Jal.).

LA «B» GRANDE

(Pág. 46): Radiodifusora que inició sus transmisiones en 1923.

AGUSTÍN BARRIOS GÓMEZ

(Pág. 39): locutor, periodista. Controvertido comunicador. (22 de dic. 1925, México, DF - 15 de mar. 1999).

LUIS G. BASURTO

(Pág. 14): Dramaturgo, periodista, empresario, director teatral. Autor de muchas y muy celebradas obras teatrales. Fue un gran promotor del Teatro mexicano. (11 de mar. 1920, México, DF - 9 de jul. 1990, México, DF).

BOLCHEVIQUES

(Pág. 90): «miembro de la mayoría». Grupo mayoritario dentro del Partido Obrero Socialdemócrata de Rusia, dirigido por Lenin. Pugnaron por la lucha del proletariado.

SIMÓN BOLÍVAR

(Pág.51): Simón José Antonio de la Santísima Trinidad Bolívar Ponte Palacios y Blanco. Militar, político. Fundador de las repúblicas de la Gran Colombia y Bolivia. Luchó contra el imperio español. (24 de jul. 1783, Caracas, Venezuela - 17 de dic. 1830, Santa Marta, Colombia).





- BOMBAS «MOLOTOV» (Págs. 32-69): Bomba incendiaria que consiste, generalmente, en poner gasolina u otro líquido inflamable en una botella de la que sale una mecha.
- BONDOJITO (Pág. 66): Es un barrio ubicado en la Delegación Gustavo A. Madero de la Ciudad de México. Tiene un gran movimiento vecinal.
- LUCIO CABAÑAS (Págs. 15-132): Lucio Cabañas Barrientos, maestro rural. Egresado de la Escuela Normal Rural de Ayotzinapa. Líder del grupo armado Partido de los Pobres. Murió en un enfrentamiento con militares. (Atoyac de Álvarez, Gro. 12 de dic. 1938 - 2 de dic. 1974. Tecpan de Galeana, Gro.)
- FELIPE CALDERÓN (Págs. 11-19): Abogado. Presidente de México del 1° de dic. 2006 al 30 de nov. 2012. (18 de ago. 1962, Morelia, Mich.).
- CALDERÓN DE LA BARCA (Pág. 128): Sacerdote católico. Escritor barroco del Siglo de Oro. Destacó por sus magníficas obras teatrales. Una de sus obras más famosas es *La vida es sueño*. (17 de ene. 1600, Madrid, España - 25 de may. 1681, Madrid, España).
- PLUTARCO ELÍAS CALLES (Pág. 23-): Francisco Plutarco Elías Campuzano. Llamado el «Jefe máximo de la Revolución». Figura clave de los movimientos políticos de México. Fue presidente de México de 1924 a 1928. Fue expulsado a Estados Unidos por Lázaro Cárdenas, en abril de 1936. (25 de sept. 1877, Guaymas, Son. - 19 de oct. 1945, México, DF).
- CARLOS CAMPOS (Pág. 35) Orquesta formada en los años 30 y que tuvo en gran auge durante varios años. Fue muy popular. Y ahora, sin su fundador Carlos Campos, ya fallecido, sus músicos siguen con esta orquesta.



- CANDELARIA DE LOS PATOS (Pág. 68): Desde los tiempos virreinales se le conocía ya este barrio. Con el tiempo se convirtió en refugio de ladrones y asaltantes. Y fue considerado como el más peligroso de la zona.
- EL CAPITAL (Pág. 91): Libro fundamental del filósofo Karl Marx. Es una crítica de la economía política. Analiza el proceso de producción del capital, el de circulación del capital y el proceso global de la producción capitalista.
- CAPÓ Del verbo capar.
- EL CARACOL (Pág. 35): Fue un centro nocturno de la Ciudad de México, de la época de los años 50.
- LÁZARO CÁRDENAS (Págs. 20-40-41-50): Lázaro Cárdenas del Río. Presidente de 1934 a 1940. En 1913 se incorporó a la revolución en Apatzingán. Después de la Convención de Aguascalientes se unió al villismo y al constitucionalismo. De 1920 a 1930 ocupó diversos cargos militares en su estado natal, en el Istmo y en la Huasteca en donde conoció los problemas de los asuntos relativos al petróleo. En 1928 fue gobernador de Michoacán en donde estuvo inmerso en los asuntos agrarios, educación y organización de obreros y campesinos. Como presidente de la república dio apoyo al gobierno republicano español y en 1938 se llevó a cabo la expropiación petrolera. (1895 - Jiquilpan de Juárez, Mich. 19 de oct. 1970, México, DF).
- JORGE CASTAÑEDA (Pág. 18): Jorge Castañeda Gutman. Fue Secretario de Relaciones Exteriores de 2000 a 2003. Estudió en la Universidad de París y en la Universidad de Princeton. (24 de may. 1953, México, DF).
- CEDILLO, GRAL. (Págs. 52-54-56): Saturnino Cedillo. Militar que tomó parte en la Revolución Mexicana. (29 de nov. 1890, Rancho Palomas «Ciudad



- del Maíz», San Luis Potosí, -11 de ene. 1939, San Luis Potosí).
- CARLOS CHÁVEZ (Pág. 54): Carlos Antonio de Padua Chávez y Ramírez. Compositor, director de orquesta y periodista. Fundador de la Orquesta Sinfónica de México. (13 de jun. 1899, México, DF - 2 de ago. 1978, Coyoacán, DF).
- CHE (Pág. 63): Ernesto Guevara. Político, militar, escritor y médico. Ideólogo y comandante de la Revolución Cubana. Su entrega a los altos ideales humanos lo han hecho ser un símbolo universal. (14 de jun. 1928, Rosario, Argentina - 9 de oct. 1967, La Higuera, Bolivia).
- «CHELAS» (cerveza) (Pág. 66): Coloquialmente a la cerveza se les dice: «Chelas».
- «CHINO» HERRERA (Pág. 71): Daniel Herrera. Actor de cine, teatro y TV. Toda su familia estaba dedicada al espectáculo. «El Chino». Su nombre está escrito —brillantemente— en la historia del cine, de la radio, el teatro y la TV. (3 de ene. 1903, Mérida, Yuc. - 29 de sep. 1983, México, DF).
- CIA (Págs. 15-22-130): La Agencia Central de Inteligencia fue fundada en 1947 por el presidente de Estados Unidos, Harry S. Truman.
- CISEN (Pág. 15): El Centro de Investigación y Seguridad Nacional, es un órgano de inteligencia al servicio del Estado Mexicano.
- LUIS DONALDO COLOSIO (Pág. 14): Economista. Nació el 10 de feb. 1950, Magdalena de Kino, Son. Fue asesinado el 23 de marzo de 1994, en Tijuana, B.C., en plena campaña para la presidencia de república.
- COMETA HALLEY (Pág. 18): Es un cometa que orbita alrededor del Sol cada 76 años, en promedio. Fue descubierto en 1705 por Edmund Halley. En 1985 pasó por la Tierra.



«COYÓN»	Se usa en algunos pueblos de Jalisco para calificar algún individuo al que le falta valor para emprender.
<i>CRIMEN Y CASTIGO</i>	(Pág. 38): Novela del autor ruso Fiódor Dostoyevski aparecida en el año de 1866. Es un escrito, novela, de carácter psicológico. Es un clásico al que recurrir siempre.
«CUICOS» (policía)	(Pág. 68): Los «Cuicos», así se les llama, despectivamente, a los policías de la ciudad.
DAMOCLES (espada)	(Pág. 38): Se utiliza para referirse a un peligro inminente, aludiendo a una espada que pende sobre nuestra cabeza y que en cualquier momento puede caer sobre nosotros. Y es el precio que se puede pagar por ser ambicioso del poder.
DEA	(Pág. 27): Administración para el control de drogas. Agencia del Departamento de Justicia de los Estados Unidos. Lucha contra el contrabando y el consumo de drogas.
DEMÓSTENES	(Pág. 87): Político ateniense. Fue uno de los más destacados oradores de la historia. (Atenas, Grecia, 384 a.C. - Calauria, Grecia. 322 a.C.).
PORFIRIO DÍAZ	(Págs. 23-50): José de la Cruz Porfirio Díaz Mori, militar mexicano. Ejerció el cargo de presidente de México en nueve ocasiones. La primera del 24 de nov. 1876. Durante sus mandatos la agresión a los periodistas, la ley fuga, la cárcel para los que discrepan de su forma de gobernar y la represión ejercida con mano de hierro, trajo como consecuencia su derrocamiento. (15 de sept. 1830, Oaxaca de Juárez - 2 de jul. 1915, París, Francia)
GUSTAVO DÍAZ ORDAZ	(Pág. 22): Lic. en Derecho. Secretario de Gobernación de 1958-1963, presidente de la República (1964-1970). Reprimió el movimiento de los Médicos. Encarceló a militantes de organizaciones políticas acusándolos



de «guerrilleros» en 1968; el 29 de julio entró la fuerza pública a la Preparatoria, derribando la puerta de un tiro de un disparo de *bazooka*. Cientos de jóvenes fueron golpeados y se ignora el número de muertos. Se integró luego el Consejo Nacional de Huelga. Las demandas del movimiento Estudiantil eran: libertad para los presos políticos, indemnización a los familiares de las víctimas, renuncia de los jefes policiacos, y derogación de los artículos 245 y 245bis. El 23 de septiembre fue ocupada Ciudad Universitaria por la tropa. El 2 de octubre se realizó un mitin en la Plaza de las tres culturas, Tlatelolco. La fuerza pública y el batallón Olimpia dispararon sobre la multitud inermes. La prensa extranjera —presentes ese día— indicaron que hubo muchas decenas de muertos. Carlos Fuentes señaló en la publicación *Tiempo mexicano* (1971): «salido de los bajos fondos del cacicazgo avilacamachista en Puebla, acostumbrado a ascender cubriendo los crímenes de sangre y dinero de la plutocracia poblana, aprovechando las infinitas posibilidades de lacayismo que ofrece la política versallesca y confidencial creada por el PRI, escogido para la presidencia por discutibles méritos de servicial amistad hacia su predecesor Adolfo López Mateos...». (Cd. Serdán, Pue. 1911 - 1979 en el DF).

DIÓGENES

(Pág. 132): Diógenes de Sinope, también llamado Diógenes el cínico, fue un filósofo griego. (Sinope, colonia jonia del mar Negro hacia el año 412 a. C. - 323 a.C., Corinto, Grecia).

GUSTAVE DORÉ

(Pág. 52): Paul Gustave Doré. Pintor, grabador, escultor, ilustrador de innumerables libros. (6 de ene. 1832, Estrasburgo, Francia - 23 de ene. 1883, París, Francia).



DOSTOYEVSKI

(Pág. 39) Fiódor Dostoyevski, es uno de los grandes escritores rusos. En sus obras explora la psique humana. (11 de nov. 1821, Moscú, Rusia, - 9 de feb. 1881, San Petersburgo, Rusia).

DUQUE DE OTRANTO

(Págs. 37-38): Carlos González López. Fue un cronista de sociales y personaje excéntrico que tenía acceso libre a las residencias de las familias ricas del país.

EZLN

(Págs. 15-16-18-20-21-23-24): El Ejército Zapatista de Liberación Nacional. Ejército que lucha por tener un mundo nuevo: lucha por el trabajo, tierra, techo, alimentación, salud, educación, independencia, libertad, democracia, justicia y paz. Salió a la luz pública en Chiapas, el 1° de enero de 1994.

FAB

(Pág. 36): Jabón detergente, introducido en México en 1952.

LUIS M. FARÍAS

(Pág. 37): Locutor de radio y TV y político destacado del siglo pasado.

ALMIRANTE FLETCHER

(Pág. 103): Frank Jack Fletcher. Estuvo en las invasiones del ejército norteamericano a México en la época de la Revolución Mexicana y en la invasión de Veracruz. (20 de abr. 1885, Marshalltown, Iowa - 25 de abr. 1973, Bethesda, Maryland).

HNOS. FLORES MAGÓN

(Pág. 92): Los hermanos Flores Magón son oriundos de Oaxaca, opositores férreos a la dictadura de Porfirio Díaz. Son considerados como los precursores de la Revolución Mexicana de 1910. Ellos eran: Jesús: 1871-1930, Ricardo: 1874-1922; Enrique: 1877-1954 y Carmen.

FMI

(Pág. 62): Institución Internacional que fue fundada el 27 de diciembre de 1945 en Bretton Woods, Nueva Hampshire, Estados Unidos. Su objetivo es fomentar la cooperación monetaria internacional.





- VICENTE FOX (Pág. 11): Presidente de México por el PAN, del 1° de dic. 2000 al 30 de nov. 2006 (Ciudad de México, 2 de jul. 1942).
- FRANCISCO FRANCO (Pág. 53): Francisco Paulino Hermenegildo Teóduo Franco Bahamonde. Militar, y dictador. Se hizo llamar el «El caudillo» y «El Generalísimo». Hitler le otorgó una medalla «La Gran Cruz de la Orden del Águila Alemana». (4 de dic. 1892, Ferrol, España - 20 de nov. 1976, Madrid, España).
- FRIDA (Pág. 54): Magdalena Carmen Frida Kahlo Calderón. Pintora, cuyos temas son el dolor y la angustia. Pareja inolvidable de Diego Rivera. (6 de jul. 1907, Coyoacán, DF - 13 de jul. 1954, Coyoacán, DF).
- «GARNACHAS» (Pág. 66): Tortilla más bien gruesa, con bordes a todo alrededor y se rellena, generalmente, con queso, frijoles, cebolla y crema.
- PABLO GONZÁLEZ CASANOVA (Pág. 62): Importante sociólogo y crítico. Fue condecorado por la UNESCO, en 2003, con el Premio Internacional José Martí por la defensa que ha sostenido a favor de los pueblos indígenas de América Latina. (11 de feb. 1922, Toluca de Lerdo, Edo. de Méx.).
- EL GUSANO (Pág. 35): Centro Nocturno de la Ciudad de México. Fue muy frecuentado durante los años 50.
- HITLER (Pág. 53) Adolf Hitler. Lideró un régimen totalitario. Exterminó a los judíos en donde estos se encontraban. Sus afanes de conquista llevaron a la Segunda Guerra Mundial. Millones de muertos fue el terrible saldo de esta guerra. El pueblo ruso tuvo más de veinte millones de muertos. El Ejército Rojo fue el que entró primero a Berlín y acabó con los últimos resabios nazis. Los aliados triunfaron y cayó el nazismo y cayó la barbarie. (29 de



- abr. 1889, Braunau am Inn, Austria - 30 de abr. 1945, Berlín, Alemania).
- HO CHI MIN (Pág. 63) Fundador del Partido Comunista de Vietnam. Luchó contra la invasión de los franceses y de los Estados Unidos. Líder honesto y amante de la paz. (19 de may. 1890, Kim Lien, Vietnam - 2 de sep. 1969, Hanói, Vietnam).
- VICTORIANO HUERTA (Pág. 104): José Victoriano Huerta Márquez. Militar. Presidente de México. Después del caos provocado por el asesinato de Francisco I. Madero y José María Pino Suárez, Huerta toma el poder. Exiliado, murió en la prisión de El Paso, Texas. (22 de dic. 1850, Colotlán, Jal. - 13 de ene. 1916, El Paso, Tex.).
- PEDRO INFANTE (Pág. 94): Un emblema de la llamada época de oro del cine mexicano y uno de los mejores representantes de la música ranchera. (18 de nov. 1917, Mazatlán, Sin - 15 de abr. 1957, Mérida, Yuc.).
- INTERPOL (Pág. 15): Organización Internacional de Policía Criminal. Fue creada en 1923. Es la mayor organización de policía internacional.
- IPN (Pág. 36): Instituto Politécnico Nacional, es una institución pública de investigación y educación en niveles medio superior y posgrado. Fue fundada en la Ciudad de México el año de 1938 durante el mandato del presidente Lázaro Cárdenas.
- AGUSTÍN DE ITURBIDE (Pág. 26): Agustín Cosme Damián de Iturbide y Arámburu. Militar, controvertido. Luchó contra los insurgentes y después fue aliado de ellos. Se hizo coronar Emperador de México en 1822. Abdicó en marzo de 1823. Al regresar a México fue fusilado. (27 de sept. 1783, Morelia, Mich. - 19 de jul. 1824, Padilla, Tamps.).



- IZTACCÍHUATL (Págs. 5-15): Del náhuatl Iztac: blanco y Cíhuatl: mujer. Volcán inactivo. 5,238 m. También ubicado en el centro de México.
- JOSÉ ALFREDO JIMÉNEZ (Págs. 6-7-8-94-133): *La vida no vale nada*. Canción popular del compositor guanajuatense José Alfredo Jiménez. Autor de innumerables canciones populares. (Dolores Hidalgo, Gto. 19 de ene. 1926 - 23 de nov. 1973).
- JOSÉ JOSÉ (Pág. 96): José Ramón Sosa Ortiz. «El príncipe de la canción». Una voz que arrulló a millares de jóvenes y no tan jóvenes de todo el mundo. Actor de cine y de TV.
- BENITO JUÁREZ (Págs.14-20-51): Benito Pablo Juárez García. De origen indígena. Nació en San Pablo Guelatao, Oaxaca, murió en la Ciudad de México. Quedó huérfano a los tres años de edad... Luego fue abogado y presidente de México. Es conocido como el Benemérito de las Américas. (21 de mar. 1806 - 18 de jul. 1872).
- «JUDAS» (policía) (Págs. 66-68): Entre los habitantes de los barrios de «a pie» los «judas» son los policías.
- KOLJOS (Pág. 84): Granja colectiva de la Unión Soviética.
- AGUSTÍN LARA (Pág. 94): Ángel Agustín María Carlos Fausto Mariano Alfonso del Sagrado Corazón de Jesús Lara y Aguirre del Pino. Compositor e intérprete de canciones y boleros que tuvieron una repercusión internacional. Su música todavía es escuchada.
- MIKE LAURE (Pág. 36): Miguel Laure Rubio. Músico mexicano. *Tiburón a la vista* la escuchó todo México. (1939-2000).
- LECUMBERRI (CÁRCEL) (Pág. 91): El Palacio de Lecumberrí está ubicado al noroeste del Centro de la Ciudad de México. Fue una penitenciaría y es desde 1978, sede del Archivo General de la Nación. Fue inaugurado como prisión por Porfirio



Díaz. Y allí fueron remitidos todos los hombres y todas las mujeres que estaban en contra de los gobiernos antidemocráticos y represores de México. Hay historias de venganzas de los políticos priistas y sucesos que le dieron el nombre de Palacio Negro.

LENIN

(Págs. 89-126): Vladimir Ilich, Lenin. Político, revolucionario, teórico y comunista ruso. Durante su juventud fue apresado y enviado de castigo a Siberia. Ya en el poder, inició la transferencia al Estado o a los trabajadores soviéticos del control de la propiedad y tierras que estaban en manos de la aristocracia. (22 de abr. 1870, Uliánovsk, Rusia - 21 de ene. 1924, Gorki Léninskiye, Rusia).

VIRGINIA LÓPEZ

(Pág. 34): De familia puertorriqueña. Cantante que llenó toda una época. (Nació en Brooklyn, N.Y. en 1928).

ANTONIO LÓPEZ DE SANTA ANNA Págs. 23-26): Antonio de Padua María Severino López de Santa Anna y Pérez de Lebrón. Político y militar. Presidente de México en 11 ocasiones. Polémico personaje. (21 de feb. 1794, Jalapa, Ver. - 21 de jun. 1876, México, DF).

RAMÓN LÓPEZ VELARDE

(Pág. 24): Ramón Modesto López Velarde Berumen. Poeta que llegó a ser considerado como el poeta nacional. Apoyó lo que Francisco I. Madero proponía para tener una política más democrática. La *Suave Patria* es un poema épico que descubre a un México con todas sus carencias y sus necesidades y sus logros. Sus restos reposan en la Rotonda de las personas ilustres. (Jerez, Zac., 15 de jun. 1888 - 19 de jun. 1921, México, DF).

«MACETA»

(Pág. 133): También es un recipiente que determina la cantidad de pulque de su contenido.



- MAO (Pág. 63): Mao Zedong. Uno de los grandes dirigentes del Partido Comunista Chino y de los fundadores, con su incansable lucha, de la República Popular China (26 de dic. 1893, Shaoshan, República Popular China - 9 de sep. 1976, Pekín, República Popular China).
- JOSÉ MARTÍ (Pág. 51): José Julián Martí Pérez. Pensador, escritor, periodista, filósofo, poeta. Creador del Partido Revolucionario Cubano y combatiente y organizador de la guerra de independencia cubana. Héroe nacional cubano. (28 de ene. 1853, La Habana, Cuba - 19 de may. 1895, Dos Ríos, Cuba).
- MARTÍNEZ CARPINTEIRO (Pág. 36): Ignacio Martínez Carpinteiro. Fue un importante locutor de radio y TV.
- KARL MARX (Pág. 88-91-124): Filósofo, militante comunista alemán de origen judío. La obra de Marx es el resultado de la filosofía hegeliana y del socialismo francés, y de la economía política inglesa. Con ellas en la mente y con otros estudios de otros pensadores, Marx desarrolló su filosofía, que contemplaba los aspectos políticos y sociales y del desarrollo del pensamiento y de las contradicciones en todos los campos humanos a través o por medio del materialismo dialéctico y el materialismo histórico. Una obra fundamental en la historia de la filosofía es su aportación total en *El Capital*. (5 de may. 1818, Tréveris, Alemania - 14 de mar. 1883, Londres, Reino Unido).
- GUSTAVO A. MASS (Pág. 104): Mientras las escuadras estadounidenses cañoneaban desde el Golfo a la ciudad de Veracruz, el militar Gustavo A. Mass se retiró a La Soledad sin cumplir con su deber de estar al frente de sus soldados defendiendo nuestra patria.



«MATACUAZ»

MEJORAL

«MEMELAS»

(Pág. 95): Ayudante de un maestro de albañil.

(Pág. 36): Nombre comercial de una aspirina.

(Pág. 66): Comida que parece ser originaria de Veracruz. Es una tortilla, grande, ovalada, se prepara con manteca de cerdo, lleva chicharrón de cerdo, frijol molido, queso, salsa de molcajete verde o roja. Y claro, según el estado en donde esta delicia es preparada, hay cambios en su composición.

MENCHEVIQUES

(Pág. 126): Fue la minoría en partido que dirigía Lenin, y estos mencheviques se oponían a los planes leninistas. Fueron derrotados por los bolcheviques.

LA MERCED (mercado)

(Pág. 65): Situado en el extremo oriente del Centro Histórico de la Ciudad de México y en el barrio de La Merced. Es el mayor mercado de alimentos al menudeo que hay en la ciudad. Tiene su actividad desde los primeros tiempos de La Colonia.

202

FRANCISCO XAVIER MINA

(Pág. 26): Martín Xavier Mina Larrea. Militar y guerrillero español que tuvo una participación directa en la Guerra de la Independencia de España, y en la independencia de México. Sus restos descansan en la Columna de la Independencia, en la Ciudad de México. (1° de jul. 1789, Otano, Navarra, España - 11 de nov. 1817).

«MOCHAOREJAS»

(Pág. 13): Daniel Arizmendi López. Llamado el «mochaorejas» porque a sus víctimas las mutilaba de las orejas para pedir dinero a los familiares.

JOSÉ PABLO MONCAYO

(Pág. 36): Maestro, compositor y director de orquesta. *Huapango* sigue vigente hasta nuestros días. (29 de jun. 1912, Guadalajara, Jal. - 16 de jun. 1958, México, DF).

JOSÉ MARÍA MORELOS

(Págs. 17-26-63): José María Tecio Morelos Pavón y Pérez, fue sacerdote, militar insurgente y gran patriota mexicano. Organizó y

fue el que tuvo a su cargo la segunda etapa de la guerra de independencia de México. Los Sentimientos de la Nación son un compendio de leyes, un ejemplo a seguir. Este «Siervo de la Nación» mantuvo en jaque a las fuerzas españolas. (30 de sept. 1765 Morelia, Mich. - 22 de dic. 1815, Ecatepec, Edo. de Méx.).

MOZART

(Pág. 36): Joannes Chrysostomus Wolfgang Theophilus Mozart. Compositor y pianista austríaco. Está considerado como uno de los músicos más influyentes y destacados de la historia. (27 de ene. 1756, Salzburgo, Austria - 5 de dic. 1791, Viena, Austria).

BENITO MUSSOLINI

(Pág. 53): Benito Amilcare Andrea Mussolini. Militar, político y dictador. Admirador de Adolfo Hitler, se alió con los alemanes. Fue fusilado cerca del Lago Como por partisanos comunistas. Su cuerpo fue llevado a Milán, en donde la multitud lo ultrajó. (29 de jul. 1883, Predappio, Italia - 28 de abr. 1945, Giulino, Italia).

NAPOLEÓN

(Pág. 93): Militar francés, general republicano durante la Revolución. Luego dio un golpe que lo convirtió en primer cónsul en 1799, finalmente se proclamó Emperador en 1804. Durante su mandato estableció la libertad de culto el sufragio universal masculino y muchas mejoras en lo cultural y en lo social de la vida francesa. Su carrera militar fue fulgurante. Conquistó varios países. Su derrota en la batalla de Waterloo, el 18 de junio de 1815 marcó su declive. (15 de ago. 1769, Ajaccio, Francia - 5 de may. 1821, Longwood, Santa Elena).

JORGE NEGRETE

(Págs. 96-123-124-129): Actor y cantante que poseía una voz privilegiada con la que le dio vida de gran número de canciones



- populares –rancheras en su mayoría–. Fue así que nació «El Charro Cantor», clásico representante del hombre de campo, bravío y soñador, hombre emblemático de la época de oro del cine nacional. Líder sindical, fundador del Sindicato de Actores. (30 de nov. 1911, Guanajuato, Gto. - 5 de dic. 1953, Los Ángeles, Cal.).
- NEUTLE (Pág. 133): Del náhuatl neutli, miel: pulque.
- ODISEA (Pág. 93): Libro atribuido al poeta griego Homero (siglo VIII a.C.). Está compuesto por 24 cantos. Narra la vuelta a casa, tras la Guerra de Troya, del héroe griego Odiseo.
- JOSÉ CLEMENTE OROZCO (Pág. 53): Espléndido muralista. Sus grandes murales causan admiración a quien acuda a verlos. (23 de nov. 1883, Cd. Guzmán, Jal. - 7 de sept. 1949, México, DF).
- ORQUESTA DE INGENIERÍA (Pág. 35): Orquesta fundada a finales de los años 50 por estudiantes de la Facultad de Ingeniería de la UNAM. Tuvo su auge y permaneció vigente hasta el año de 1961.
- LA «PACA» (Pág. 14): Francisca Zetina. Fue acusada de sembrar un cadáver en una finca de Raúl Salinas de Gortari. Estuvo en prisión varios años.
- PAN (Págs. 14-20): Partido Acción Nacional.
- LA PARCA (Pág. 134): Es común, para designar la muerte, utilizar «la Parca», que viene de la mitología romana.
- PARICUTÍN (Pág. 33): En 1943 Nació el volcán, e hizo erupción y destruyó el pueblo de San Juan, Michoacán. Es el volcán más joven del mundo.
- CAFÉ LA PARROQUIA (Págs. 52-104): Se origina en la ciudad de Veracruz desde los años 20, y sigue deleitando con su inigualable café con leche. Ha sido vi-



- sitado por las grandes personalidades de la cultura, del arte, de la política y, claro, por el público en general.
- ENRIQUE PEÑA NIETO (Pág. 19): Inicio de su mandato: 1° de dic de 2012. (20 de jul. 1966, Atlacomulco, Edo. de Méx.).
- PERALVILLO-COZUMEL (Pág. 34): Fue una ruta del transporte público de la Cd. de México.
- SILVERIO PÉREZ (Pág. 96): «El faraón de Texcoco», torero que fue el último de los grandes de la época de oro del toreo mexicano. Triunfó con todas las de la ley en España y en otros países. Dejó huella por su valor, su arte y su entrega. (20 de jun. 1915, Texcoco, Edo. de Mex. - 2 de sep. 2006, Texcoco, Estado de Méx.).
- LOS PINOS (Págs. 11-50): Residencia oficial de los presidentes mexicanos desde la época de Lázaro Cárdenas.
- MANUEL M. PONCE (Pág. 36): Músico, compositor que tiene en su haber música que ha trascendido nuestras fronteras. Su canción *Estrellita* la han cantado las más grandes intérpretes. (8 de dic. 1882, Fresnillo, Zac. - 24 de abr. 1948, México, DF).
- POPOCATÉPETL (Págs. 5-15): Náhuatl: El cerro que humea. Volcán activo. Se localiza en el centro de México y limita con los estados de Morelos, Puebla y México. Tiene una elevación de 5,426 m.
- PRI (Pág. 14): Partido Revolucionario Institucional.
- RADIO MAJESTIC (Pág. 36): Su origen fue en los Estados Unidos. Pero en México, a finales de la década de los cincuenta del siglo pasado, don Emilio Azcárraga, para impulsar a los radioescuchas a que sintonizaran su estación clave, la XEW, lanzó una fabricación masiva de radios Majestic, baratos y de buena calidad.



- RESMAS Conjunto de veinte manos de papel (500 pliegos).
- RIPLEY (Pág. 36) «Aunque usted no lo crea». Ahora una franquicia estadounidense que trata de acontecimientos extraños o curiosos sucedidos en el mundo.
- DIEGO RIVERA (Pág. 53): Otro de los grandes muralistas mexicanos. Y como las obras de José Clemente Orozco, sus pinturas tienen un gran sentido social. (8 de dic. 1886, Guanajuato, Gto. - 24 de nov. 1957, México, DF).
- ROCOLA (Pág. 133): Es una máquina de tocar discos que funciona mediante unas monedas que se le colocan.
- ROSAS DE LA INFANCIA* (Pág. 51): Lectura para niños de María Enriqueta Camarillo de Pereyra. Poeta, pianista, escritora (19 de ene. de 1872, Coatepec, Ver. - 1968, México, DF).
- JUAN RULFO (Pág. 54): Juan Nepomuceno Carlos Pérez Rulfo Vizcaíno. Escritor, guionista y estupendo fotógrafo. Su obra —monumental, pero corta en cuanto a volumen— ha sido traducida a muchos idiomas. (16 de may. 1917, Sayula, Jal. - 7 de ene. 1986, México, DF).
- MARÍA SABINA (Pág. 14): Chamán, curandera, nacida en Huautla de Jiménez, Oaxaca. Conocía el uso ceremonial de los hongos alucinógenos y su cultivo. Recibió las visitas de personajes muy famosos. (22 de jul. 1894 - 23 de nov. 1985).
- CARLOS SALINAS DE GORTARI (Pág. 19): Fue presidente de México entre el 1° de dic. 1988 y el 30 de nov. 1994. (3 de abr. 1948, México, DF).
- SALÓN RIVIERA (Pág. 35): Durante más de cincuenta años fue un lugar para pasar las tardes y las noches bailando. Fue inaugurado en 1952.



- «SAN BENITOS» (Págs. 43-84): Colgar San Benitos, quiere decir que le achacan a un individuo el haber hecho algo malo. Difamación, descrédito. Aunque muchas de las veces, el ofendido es inocente.
- SANDINO (Pág. 63): Augusto César Sandino. Patriota, revolucionario nicaragüense. (18 de may. 1895, Niquinohomo, Nicaragua. Asesinado el 21 de feb. 1934, Managua, Nicaragua).
- SANTA MARÍA LA REDONDA (Pág.69): Línea de autobuses.
- AQUILES SERDÁN (Págs. 15-99): Aquiles Serdán Alatrístre. Revolucionario, anti-reeleccionista. Madero le encomendó el levanta-miento armado en Puebla el 20 de noviembre de 1910. Pero el 18 ocurrió un enfrentamiento con la policía. Fue abatido. (Puebla de Zaragoza 1° de nov. 1876 - 18 de nov. 1910, Puebla de Zaragoza).
- JAVIER SOLÍS (Pág. 96): Gabriel Siria Levarlo. Cantante y actor. Fue conocido como el Rey del bolero ranchero.
- SONORA SANTANERA (Pág. 96): Agrupación musical de las más importantes y populares de México. Poseen un estilo singular.
- JOSÉ STALIN (Págs. 84-85-86-125): Iósif Vissariónovich Stalin. Presidente del Consejo de Ministros de la Unión Soviética desde el 8 de mayo de 1941 hasta el 5 de marzo de 1953. Con mano férrea logró convertir a Rusia semifeudal en una potencia económica y militar y que con ello contribuyó plenamente a la victoria aliada en la Segunda Guerra Mundial. (18 de dic. 1878, Gori, Georgia - 5 de mar. 1953, Moscú, URSS).
- RABINDRANATH TAGORE (Pág. 51): Poeta, filósofo, dramaturgo, músico. Recibió el Premio Nobel de literatura en 1913. (7 de may. 1861, Calcuta, India - 7 de ago. 1941, Calcuta, India).



- TALLER DE GRÁFICA POPULAR (Pág. 89): Es un colectivo de grabadores que fue fundado en 1937. Con sus carteles mantuvo informada a la gente de los movimientos de liberación de los pueblos, y de las luchas de los médicos y de los campesinos, de los maestros y de los ferrocarrileros que eran víctimas de un Estado autoritario.
- TÁNATOS (Pág. 30): En la mitología griega era considerado como la personificación de la muerte sin violencia.
- TEPITO (Pág. 12): Barrio de los más antiguos de México. Situado en la colonia Morelos. Famoso por su tianguis al aire libre desde tiempos prehispánicos.
- WILSON THOMAS (Pág. 100): Thomas Woodrow Wilson. Político. 28° Presidente de los Estados Unidos (del 4 de mar. 1913 al 4 de mar. 1921). Se distinguió por su política intervencionista en los asuntos latinoamericanos. (28 de dic. 1856, Staunton, Virginia, EE.UU. - 3 de feb. 1924 Washington, DC).
- TIN-TAN (Pág. 39): Germán Genaro Cipriano Gómez Valdés Castillo, gran actor cómico, comediante que, con sus canciones y sus comedias, llenó toda una época en el cine nacional. (19 de sept. 1915, México, DF - 29 jun. 1973, México, DF).
- LA «TIRA» (policía) (Págs. 66-68-98): En el hablar de los barrios de la ciudad, a la policía se le dice, despectivamente: «la tira».
- TIRICIA Enfermedad producida por la absorción de la bilis, que causa la amarillez de la piel y las conjuntivas.
- TLATOANI (Pág. 11): Del náhuatl: el que habla, orador. Gobernante que ejercía funciones militares y religiosas.
- «TORNILLO» (Pág. 133): Es una medida de una especie de tarro en el que se sirve el pulque.



TORRES GEMELAS	(Pág. 27): <i>World Trade Center</i> , en Nueva York, Estados Unidos. Fue destruido en un ataque del 11 de sept. 2001.
UNAM	(Págs. 36-131): Universidad Nacional Autónoma de México. La más grande del país y de América Latina. Es una universidad pública. Fue fundada el 22 de septiembre de 1910. Su lema: POR MI RAZA HABLARÁ EL ESPÍRITU fue ideado por José Vasconcelos.
URSS	(Págs. 84-85-86-87-125): UNIÓN DE REPÚBLICAS SOCIALISTAS SOVIÉTICAS, fue un Estado Federal marxista-leninista. Se fundó el 30 de diciembre de 1922, y fue abolida el 26 de diciembre de 1991.
«VÁGIDO»	Coloquialmente se dice, en algunas comunidades, «vágido» en lugar de vahído, que es una breve pérdida del sentido a causa de alguna indisposición.
VALLE DE MÉXICO	(Págs. 6-29-130-134): También llamada Valle de Anáhuac. Región que se ubica en el centro sur de México y la Zona Metropolitana del Valle de México, está comprendida por el Distrito Federal y 60 municipios del Estado de México.
JOSÉ VASCONCELOS	(Págs. 10-54): Abogado, político, filósofo, escritor, educador, funcionario público. Apoyó la obra de los primeros muralistas. En 1929 se lanzó como candidato a la presidencia de la república. Fue víctima de un gran fraude electoral. (28 de feb. 1882 - 30 de jun. 1959).
GENARO VÁSQUEZ ROJAS	(Pág. 15): Egresado de la Escuela Normal Rural de Ayotzinapa. Fue líder de la Asociación Cívica Nacional Revolucionaria. Esta guerrilla fue combatida ferozmente por el Ejército Mexicano. El 2 de febrero, se estrelló en el auto en que viajaba, con el segundo en el mando de ACNR, José Bracho. La versión oficial señala que murió a raíz de este choque,



pero José Bracho sostuvo que Genero no tenía lesiones graves y que quizá los soldados, al enterarse de quién era, lo ultimaron. (10 de jun. 1931, San Luis Acatlán, Gro. - 2 de feb. 1972, Morelia, Mich.).

MARÍA VICTORIA

(Pág. 46): Cantante, actriz de Radio, cine y TV. Llenó toda una época con su modo peculiar de cantar. (28 de feb de 1933, Guadalajara, Jal.).

LA VILLA

(Págs. 16-126): Es un barrio del DF y allí está el Cerro del Tepeyac. Lugar en donde el 9 de diciembre de 1531, una virgen de tez morena se la apareció al indígena Juan Diego, iniciando así la historia, casi mágica de esta zona.

VIRGEN DE GUADALUPE

(Pág. 16-): Nuestra Señora de Guadalupe es una advocación mariana de la Iglesia católica. Esta imagen tiene su culto en la Basílica de Guadalupe en el norte de la ciudad de México. Miles y miles de mexicanos y de otras nacionalidades acuden en peregrinación cada año.

210

XEW

(Págs. 39-46-72): Comenzó sus transmisiones el año de 1930. Fue «La voz de la América Latina desde México». La fundó Emilio Azcárraga Vidaurreta. Por sus micrófonos han pasado todos los grandes personajes de la cultura, de la política y de los deportes de todo el mundo.

AGUSTÍN YÁÑEZ

(Pág. 54): Agustín Yáñez Delgadillo. Novelista, ensayista y político. Un gran expositor de la novela posterior a la Revolución Mexicana. (4 de may. 1904, Guadalajara, Jal. - 17 de ene. 1980, México, DF).

EMILIANO ZAPATA

(Págs. 17-40-63-88): Símbolo de la resistencia campesina. Líder campesino y militar más importante de la Revolución Mexicana. Instigado por el gobierno fue asesinado

ERNESTO ZEDILLO

a mansalva. Los agraristas de todo México quedaron desamparados para siempre. (8 de ago. 1879, San Miguel Anenecuilco, Mor. Fue asesinado el 10 de abr. 1919).

(Pág. 12): Economista. Presidente de México del 1° de dic. 1994 al 30 de nov. 2000. (27 de dic. 1951, México, DF).





**Muerte en la azotea.**  
**de Carlos Bracho**

se terminó de imprimir  
en el mes de febrero de 2016  
en la Ciudad de México.  
El tiraje fue de 1,000 ejemplares.  
La corrección de estilo y la edición  
estuvieron al cuidado de la  
Dra. Susana Arroyo-Furphy y de  
Grupo Editorial BENMA, S. A. DE C. V.